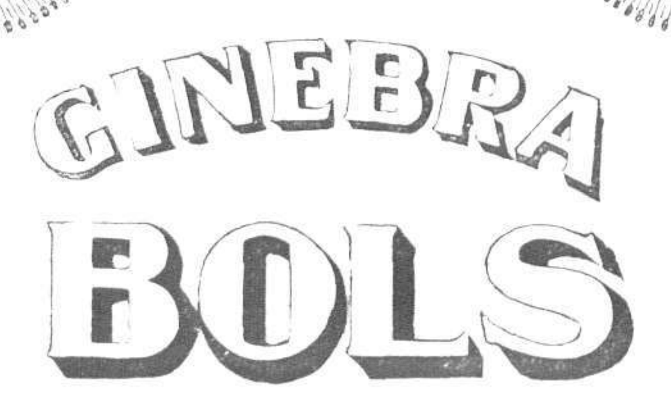
CARAS y CARETAS



UN RETRATO Y UN COMENTARIO

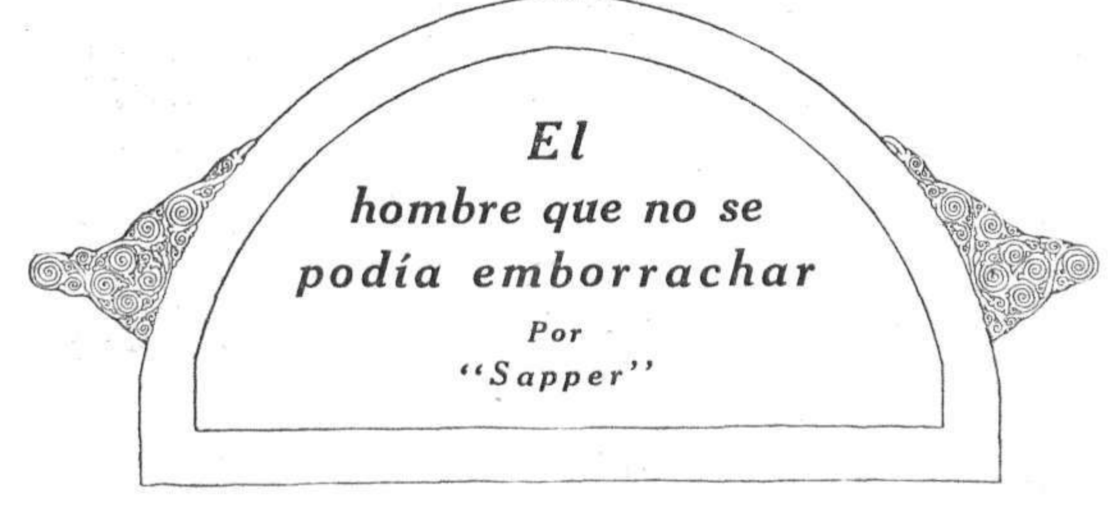
Don Hipólito. — Siempre está con los brazos cruzados. Pero, ¿y si los descruza?



LA BEBE
TODO
EL MUNDO

EN TODAS PARTES
Y EN CUALQUIER
MOMENTO
SIEMPRE ES BUENA.

UNICOS IMPORTADORES:
MOSS y Cía. Ltda. S. A.
ALSINA, 641
BUENOS AIRES



El hombre que no se podía emborrachar

Por "Sapper"



Sí; es una hermosa mujer, no hay duda. ¿Cómo dijo usted que se llamaba?

— No he mencionado el nombre — respondí. — Pero no es un secreto. Se llama Sylvia Clavering.

— ¡Ah! Sylvia. Claro, ahora recuerdo.

Terminó su copita de coñac y se recostó en la silla, mientras su mirada seguía a una de las más hermosas mujeres de Londres que pasaba entre las mesas en dirección a la entrada del restaurante. Y hasta que la puerta se cerró tras ella y su acompañante, mi interlocutor y compañero de mesa no volvió a hablar.

— Supongo que ese saludo que dió al pasar era para usted — dijo con una sonrisa sospechosa.

— Posiblemente — le contesté. — A no ser que usted la conozca. Yo tengo ese privilegio.

Su sonrisa se acentuó. — ¿Conocerla? No, no puedo decir que la conozca. La única relación que puedo tener con ella es por haberla llevado una noche obscura tres millas sobre el hombro como si fuera una bolsa de patatas... Pero no la conozco.

— ¿Usted hizo qué? — exclamé mirándolo con sorpresa.

— Suena un poco raro, lo admito. Sin embargo, fué así.

Ahora, cuando un hombre manifiesta que ha cargado con una mujer por tres millas, sea en la obscuridad o no, y que ella al verlo más tarde no lo reconoce, es caso tan raro que encubre seguramente una historia. Sobre todo tratándose de una mujer como Sylvia Clavering y de un hombre de la catadura de mi compañero de cena.

Merton era uno de esos caracteres indefinibles que excitan el interés. Entonces yo no lo conocía bien. Aquella cena era nuestro tercer encuentro y nos limitamos a tratar sobre el negocio que había originado nuestras entrevistas. Pero aun en tan corto tiempo me había dado cuenta de que Merton era un hombre en todo el sentido de la palabra.

— ¿Está dispuesto a contarme la historia? — le pregunté después de una pausa.

— No creo que pueda haber razones que lo impidan — me contestó. — Es una historia vieja... hace más o menos diez años.

— Esa fué la época más o menos en que ella se casó — agregué yo.

— Sí; estaba en su luna de miel cuando sucedió eso. ¿Conoce usted algo de Africa?

— Egipto — le contesté. — Partes del Africa del Sur; nada fuera de lo común.

— Ello sucedió en la costa del oeste de Africa — dijo después de encender un cigarrillo. — Y aunque he estado en muchos rincones del mundo dejados de la mano de Dios, nunca he encontrado algo que pueda compararse con aquel lugar. Nivambi se llamaba... Sólo unas cuantas chozas levantándose frente al mar, con algo que llamaban una tienda y un bar... un bar que hacía las veces de hotel, pero que Dios guardase a las personas que trataban de instalarse en él. Y lo puedo saber... El bar era de mi propiedad y yo mismo lo atendía.

La única razón de la existencia de Nivambi era que la profundidad del agua en la costa admitía fondear a buques de regular calado, y la mayoría de los productos del interior eran conducidos allí para embarcarlos. Entre los exportadores había un tal Mac Andrew, quien se presentó en el bar tan pronto yo me hice cargo de él. Había bajado por cierta cuestión de fletes.

«— Usted es nuevo aquí — dijo recostándose sobre el mostrador. — ¿Qué la ha pasado al otro? ¿Se ha muerto?

«— Tal vez — le respondí. — ¿Qué se va a servir?

«— Gin... doble. ¿Cómo se llama usted?

«Le dije mi nombre, y reflexionó mientras bebía su gin.

«— Bueno — dijo al cabo; — yo previne a su antecesor y le prevengo a usted también: Tenga mucho cuidado con mi administrador, un tal Mainwaring. No le aconseje que se aparte de la bebida porque le costaría caro. El mismo se está matando, pero eso es asunto de él.

«Precisamente en aquel momento se abrió la puerta y entró un individuo alto y delgado, vestido con todas las reglas del aseo.

«— Mi administrador, Jimmy Mainwaring — dijo Mac Andrew en forma de presentación.

«Mainwaring me miró por un momento; después encogió los hombros.

«— Usted parece sano; sin embargo, si viene aquí no lo puede estar. Gin doble... y otro para usted.

«Hablaba con débil, casi dificultosa pronunciación, y mientras yo le servía el gin lo observé disimuladamente. Al entrar lo creí un hombre joven; después no estaba seguro. Era su mirada la que hacía dudar sobre su edad... completamente fatigada. Si realmente estaba matándose con la bebida, no había arrugas en su cara, y su mano era perfectamente firme cuando levantó el vaso. Pero aquellos ojos... me parece verlos. La amargura cínica, las torturas concentradas del infierno se reflejaban en ellos.»

Merton se detuvo un momento para llevarse la copa a los labios.

— Nunca supe cual era su verdadero nombre —

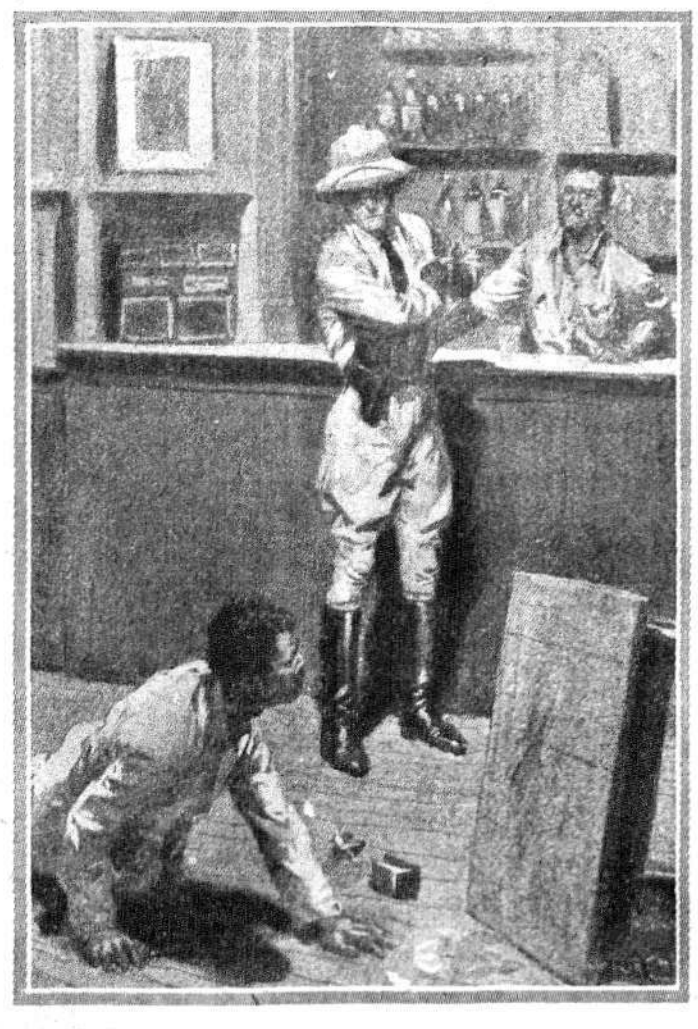
continuó. — Respondía a Jimmy Mainwaring y eso era suficiente para mí. Creo que jamás recibió una carta o leyó un diario, y me parece que llegué a conocerlo mejor que todos en aquel maldito rincón del mundo. Cada mañana, con toda puntualidad, aparecía a las once en el bar para tomarse tres gins dobles. Siempre se hacía notar por su acicalamiento; el casco sin una mancha, una camisa blanca de seda, y sus botas tan brillantes que uno podía verse la cara en ellas. Recuerdo que una mañana, después de llevar un mes allí, empecé a bromearlo sobre las botas.

«—Debes emplear un buen tiempo todas las mañanas para limpiarlas, ¿no, Jimmy? — le dije cuando se acercaba al mostrador en busca del tercer gin.

«— Sí — respondió él acercando su cara a la mía al recostarse sobre el mostrador.— ¿Tienes algo más que decir sobre mi apariencia?

«—Jimmy— repliqué, — tu apariencia poco me importa, pero por ser los dos únicos británicos que estamos en este bar... no peleemos.

«— Espero que no — dijo haciendo una mueca.



« Y así continuábamos, un día tras otro, abrumados de hastío hasta que casi nos volvía locos el horrible aburrimiento. Algunas veces me metía detrás del bar y empezaba a maldecir con la estupidez de una criatura, pero nunca pude oir a Mainwaring haciendo tal cosa. Lo que sucedía en aquellas calurosas noches en su habitación, cuando, como el resto de nosotros, luchaba para conseguir dormir, es otro asunto.

« Tres meses después ocurrió el incidente que fué la causa indirecta de su muerte. Una tarde llegaron a Nivambi tres plantadores del interior que bajaban por asuntos de negocios. Uno de ellos era Salves, un mestizo, el producto más degenerado de la humanidad que he visto en mi vida. Los tres estaban sentados alrededor de una mesita cerca de la puerta cuando apareció Mainwaring... y entonces las palabras de Mac Andrew vinieron a mi memoria. Los mestizos habían estado bebiendo. Jimmy no aparentaba estar de mal humor. Se detuvo en la puerta y los miró a uno por uno; después les dió la espalda y se dirigió hacia mí.

« Al momento comprendí que algo iba a suceder Los de la mesa habían estado murmurando y refunfuñando toda la tarde, aunque en el momento no puse mayor atención. Pero Salves, con una torva expresión en su horripilante cara, se levantó para acercarse al mostrador.

« — Si uno tan indigno como yo — dijo en tono insidioso — puede aventurarse a hablar con usted, le recomendaría que no tirara a la calle los retratos de su amada.

« Tenía algo en la mano, y Jimmy se dió vuelta como una pantera llevándose una mano al bolsillo de la camisa. Entonces vi lo que el mestizo tenía en la mano: era la miniatura de una joven. Después de esto poco pude ver; casi no tuve tiempo de comprenderlo. Parece que el rápido movimiento de la mano izquierda de Mainwaring y el terrible puñetazo de la derecha fueron simultáneos. La cosa es que un segundo después volvía a meterse la fotografía en el bolsillo, y el mestizo, gruñendo como un perro, se revolcaba por el suelo entre restos de botellas. Esta fué la primera fase; la segunda fué tan rápida como la primera. Sonó el estampido de un revólver, y en el mismo instante un cuchillo se clavaba en las tablas, cerca de mi cabeza, con una vibración.

« Jimmy tenía el revólver aun humeante en la mano, y Salves, con un brazo ensangrentado, estaba al lado de la puerta, mientras sus dos compañeros se acurrucaron detrás de la mesa, esperando como gatos salvajes el momento de saltar.

« — La próxima vez — dijo Jimmy — tiraré a matar. ¡Pongan los cuchillos sobre la mesa... comadrejas!

« Los otros dos obedecieron.

« — Ahora márchense. Ustedes corrompen el aire.

« Vacilaron por un momento; entonces Salves, con un prodigioso esfuerzo, recuperó su tranquilidad.

« — Usted es muy bravo, señor Mainwaring, cuando tiene un revólver y nosotros estamos desarmados — le dijo con un gesto de desafío.

« En dos saltos Jimmy estuvo junto a la mesa donde estaban los cuchillos. Tomó uno, tiró el revólver, y señaló al otro cuchillo:



«— Vamos a pelear ahora, Salves — le contestó con prontitud. — Cuchillo a cuchillo y hasta el fin.

«Pero el mestizo no estaba por eso, y levantando los hombros le contestó al tiempo de volverse hacia la puerta:

«— Yo no disputo en un bar con borrachos.

«Un magnífico gesto, pero mal empleado con Jimmy en el estado en que estaba. Con una carcajada corrió hacia él, y de una patada Salves desapareció bruscamente en la obscuridad de la noche. Los dos compañeros lo siguieron con rapidez.

«— Algún día te encontrarás en un compromiso, Jimmy — le dije cuando volvió al mostrador.

«— Mientras más grande sea el compromiso, mejor — contestó tranquilamente. — Dame otra copa. ¿No comprendes, Merton, que me tiene sin cuidado?

«Y pensándolo bien, llegué a la conclusión de que había dicho la verdad. Bien o mal había llegado a tal estado que no le importaba vivir o morir.

«Claro, el episodio de esa noche me mostró una cosa: había una mujer en el fondo de todo aquello. No le hice pregunta alguna, pero comprendí que si el simple hecho de que un mestizo le entregara una fotografía había tenido aquel resultado, el asunto tenía que ser serio. Quién era ella, no tenía la menor idea, ni de lo que había sucedido entre los dos... y, como digo, no le pregunté.

«Pero cierto día, unas cuantas semanas después, pude saber de quien se trataba. Alguien había dejado un *Fatler* atrasado en el bar, y estaba dándole un vistazo cuando llegó Mainwaring. Alcancé la botella del gin para que se sirviera la copa de costumbre, y al darme vuelta para entregársela vi que tenía clavada la vista en uno de los grabados, y su cara era la de un muerto. Por cinco minutos quedó en tal actitud... inmóvil; después, sin decir una palabra, se salió del bar.

«Así que la primera parte del misterio estaba aclarada, y cuando pasaron dos días sin saber de Mainwaring, empecé a creer que él había tomado una resolución a su modo. Pero no fué así; entró en el bar a las diez de la noche y se recostó sobre el mostrador como de costumbre.

«— ¿Qué has estado haciendo estos días? — le pregunté con toda prudencia.

«— He estado tratando de emborracharme — contestó pausadamente, y apretándome un brazo con su mano de acero, — ¡y santo Dios, no puedo!

«Aunque he visto y oído muchas cosas en mi vida que me han impresionado... horribles cosas espantosas que no podré olvidar... lo que quedará más grabado en mi mente es aquel momento cuando, con los codos sobre el mostrador, miré en lo profundo del alma del hombre que se hacía llamar Jimmy Mainwaring... el hombre que no se podía emborrachar.»

Merton pausó nuevamente, pero no quise interrumpirlo. Su pensamiento había retrocedido a aquella calurosa noche, con el olor de rancios licores y la vista de extrañas escenas ante sus ojos. Y me pareció que yo también podía ver la imagen de aquel hombre recostado sobre el mostrador... el hombre para quien el mundo y la vida le tenían sin cuidado.

— Pero debo seguir — continuó Merton. — Tengo que terminar antes de que toda la gente se retire.

«Como dos días después estaba yo limpiando las copas cuando entraron dos desconocidos en el bar. Era evidente que ambos eran ingleses, vistiendo como si fueran a alguna recepción.

«— Gracias a Dios, Tommy, que encontramos un bar — dijo uno de ellos. — Ahora no me aflije tanto la descompostura de la máquina.

«Entonces miré hacia la ventana y noté por primera vez un yate a vapor que estaba anclado cerca de la costa.

«— Denos un poco del veneno menos peligroso que tenga — dijo uno de los recién llegados.

«Y fué en el momento en que yo les servía un vermouth cuando Jimmy Mainwaring entró en el bar. Avanzó hasta el centro del salón y de pronto se detuvo como si se le hubieran pegado las botas al piso.

«— Así que este es el lugar donde se esconde — le dijo el más bajo de los dos.

«Sin una palabra más salió a la calle. El otro pareció vacilar un momento, pero en seguida se dispuso a seguirlo. Entonces Mainwaring habló por primera vez:

«— ¿Está aquí ella? — le preguntó al pasar junto a él.

«— Sí — contestó el otro — a bordo del yate, con un grupo de amigos.

«Y después salió a la calle donde se reunió con su amigo. Jimmy los observó mientras, bajo los abrasadores rayos del sol, se dirigían a una lanchita que los esperaba en la orilla. Después se volvió hacia mí.

«— Un caprichoso gesto del Destino — dijo tranquilamente. — Pero un poco innecesario.

«Se dió vuelta, y salió del bar él también.»

—Usted sabe lo rápido del crepúsculo en esas latitudes. Poco antes de ponerse el sol vi a la lanchita partir del costado del yate y dirigirse a la costa a toda velocidad. Tan pronto atracó saltó de ella el hombre que primero hablara con Jimmy, y al verme en la puerta del bar se dirigió a mí.

«—¿Dónde está mi esposa? ¡maldito canalla! —gritó tan pronto estuvo al alcance de mi oído.

«—Despacio —le dije cuando estuvo cerca de mí.— Yo no tengo a su esposa y ni siquiera la he visto.

«—¡Es ese maldito tramposo! —vociferó.—¡Lo mataré como a un perro si intenta hacerme una de las suyas!

«—Sosiéguese—le dije algo enojado,—si se refiere a Jimmy Mainwaring...

«Y en aquel momento Jimmy apareció en medio de la calle dirigiéndose al bar.

«—¡Sinvergüenza, desfachatado, canalla! ¿En dónde está Sylvia?

«—¿Qué diablos está diciendo? —dijo Jimmy, levantando la voz.

«—Sylvia desembarcó esta tarde diciendo que volvería en una hora—dijo el otro.—Yo no lo sabía, señor... Mainwaring, o como se haga llamar. El bote regresó a buscarla y no la encontró. De esto hace cuatro horas. ¿En dónde está?

«Estaba apuntándole a Jimmy con el revólver mientras le hablaba.

«—¡Hace cuatro horas, Clavering! ¡Santo Dios! hombre... deje ese revólver; ésta no es la ocasión —lo pasó rozándolo como si fuera un muñeco y vino hacia mí.

«—¿No has visto a la señora Clavering?

«—Ni señas de ella—le contesté, y el mismo temor nos dominaba a los dos.

«—Si no está por aquí cerca debe haberse internado—dijo mirándome fijamente,—y antes de cinco minutos será obscuro.

«—¡Dios mío! —exclamó Clevering.—¿qué podemos hacer? No podemos dejarla sola en esta maldita región. ¡Puede ser que le haya sucedido algo!

«Por un momento ninguno de nosotros contestó. Comprendíamos mejor que él el espantoso peligro que corría una mujer blanca en la selva del interior. Había otro peligro más serio que el de las víboras y animales salvajes. Mientras nos mirábamos uno al otro, apareció corriendo calle abajo un muchacho nativo. Jadeante llegó hasta Jimmy y empezó a explicarse en el dialecto local. Hablaba demasiado ligero para que yo lo pudiera comprender, y Clavering, claro, no entendía ni una palabra.

«Por fin el muchacho terminó, y Jimmy se volvió hacia mí. Había en su cara tal expresión de rabia que la pregunta que estaba temblando en mis labios no salió de ellos.

«—La tienen los mestizos—dijo en voz baja.—Me temo que Salves esté loco.

«Clavering dejó escapar un grito, y la cara de Jimmy tuvo un gesto de compasión.

«—Pobre diablo—le dijo.—Su tarea va a ser más pesada que la mía. Vuélvase al yate y tráigase a tierra toda la gente de que pueda disponer, y si yo no estoy de vuelta dentro de cuatro horas espere a que obscurezca, lléguense hasta la casa de Salves y cuélguelo del árbol más alto que pueda encontrar.

«Sin una palabra más se dió vuelta y con paso rápido se alejó de nosotros. Clavering lo llamó dos veces, pero ni se dió vuelta ni alteró su paso. Entonces se dispuso a seguirlo. Yo lo detuve, y me maldijo como una criatura... casi llorando.

«—Haga lo que le ha dicho—le dije.—Usted sería más estorbo que ayuda; yo iré con él.»

«Recuerdo que hice un esfuerzo para alcanzarlo cuando, ya cerca de la casa, echó a correr, y entonces, sin saber por qué, me detuve... fascinado. La ventana de una de las habitaciones estaba abierta y por ella se reflejaba la luz del interior. La joven estaba recostada contra la pared con una expresión de terror en los ojos mientras, sentados a la mesa, Salves y tres compañeros bebían tranquilamente.

«Todo sucedió con suma rapidez. Durante un segundo vi a Jimmy en el marco de la ventana... después empezó a hacer fuego con su revólver. Sonaron tres disparos con tal rapidez que parecía imposible hubieran salido del mismo revólver; vi a

los tres amigos de Salves quedar tiesos en sus sillas, y después siguió una pausa; creo que Jimmy quería valerse de sus manos para terminar con Salves.

« Pero no podía ser así. Por un momento el dueño del bungalow quedó sorprendido por la inesperada llegada del odiado enemigo; pero sólo por un momento. El movimiento de su brazo fué rápido, y sólo pude notar lo que pareció un rayo de luz atravesando la habitación. Y entonces sonó el revólver de Jimmy... la décima, la centésima parte de un segundo hubiera sido demasiado tarde. La bala perforó el corazón de Salves, pero esta vez el cuchillo no se clavó en la pared.

« Ella corrió hacia él — continuó Merton con reflexión, — y cuando yo llegué la encontré tratando de sostenerlo en sus brazos. Entonces entre los dos lo tendimos, y vi que su fin estaba próximo. Nada podíamos hacer; tenía la hoja entera del cuchillo sepultada en su pecho. El hombre que no podía emborracharse había llegado al final de su camino. Así que los dejé solos.

« Vivió, creo, por unos cinco minutos, y prefiero no hablar de esos cinco minutos. Hay cosas que un hombre puede decir, y otras que no. Será suficiente decir, que fuera él un tramposo o no... ella lo quería.

« Y cuando todo hubo terminado, y el extraño espíritu del hombre que se hacía llamar Jimmy Mainwaring se hundió en el abismo desconocido, la toqué en uno de los hombros. Se levantó como ciega y vacilando se acercó a mi lado. No creo que le dije una palabra, aparte de ofrecerle mi brazo. Y después de un rato noté que se hacía más pesada, hasta que por fin se desprendió... montoncito insensible, dejando escapar amargos sollozos. »

Merton se detuvo, y con una sonrisa, encendió un cigarrillo.

— Así es cómo la suerte quiso que yo llevara a Sylvia Clavering sobre mis hombros como una bolsa de patatas. Recuerdo que cuando llegué al pueblo me encontré rodeado por la gente del yate y que la entregué a su aturdido esposo; y después creo que me desmayé yo también. Sé que me encontré en mi bar, en una silla, y alguien que introducía whisky en mi garganta. Un poco después salieron, dejándonos solos a Clavering y a mí. El empezó a darme las gracias torpemente, pero yo lo detuve.

« — Las gracias no me corresponden a mí — le dije. — Le corresponden al hombre que usted llamó tramposo... pero que era más hombre que lo que usted y yo somos o llegaremos a ser.

« — ¿Era? — dijo, mirándome fijamente.

« — Sí — le contesté. — Está muerto.

« Quedó silencioso por un momento; después, con una rara expresión en los ojos, se quitó el sombrero.

« — ¡Tiene razón! — dijo. — Era más hombre que yo. »

Merton llamó a un mozo.

— Nunca lo volví a ver desde aquel día hasta hoy — dijo con pausa. — Ni tampoco a su esposa. Nunca he tratado de enterarme de la misteriosa historia; más aún, creo que no la necesito conocer.

El mozo se acercó a él.

— Usted me acompañará. Dos whiskies con soda, mozo... grandes.

Fin



O T O Ñ O

Esparce octubre, al blando movimiento
del sur, las hojas áureas y las rojas,
y, en la caída clara de sus hojas,
se lleva al infinito el pensamiento.

¡Qué noble paz en este alejamiento
de todo; oh prado bello, que deshojas
tus flores; oh agua, fría ya, que mojas
con tu cristal estremecido el viento!

¡Encantamiento de oro! ¡Cárcel pura,
en que el cuerpo, hecho alma, se enternece,
echado en el verdor de una colina!

En una decadencia de hermosura,
la vida se desnuda, y resplandece
la excelsitud de su verdad divina.

Juan Ramón Jiménez

LA MADRE DEL ASESINO

Por

MARINO MORETTI

TRADUCCIÓN DE ROBERTO MARIANI

DIBUJO DE GIGLI

Le dijeron:

— ¿Mauro Schiassi es su hijo? ¡Fué él quien asesinó al pobre comendador Torricella en el camino de Bolonia!

Así se lo comunicaron, sin precauciones.

La madre protestó, sonriendo casi: «no era él, seguramente». Le mostraron un diario: «no era él». Le mostraron un retrato publicado en otro diario: «se le parecía, pero no era él». Se defendió, defendió a su hijo con orgullosa serenidad que contrastaba con su humilde aspecto y con su ya amarillenta vejez, repitiendo siempre las mismas palabras: «No es él; no es él». Después vinieron las vecinas a consolarla, a hacerla llorar; vinieron los hombres de ley con los carabineros; llegaron los periodistas, llegó un mundo de gente, y ella debió decirse a sí misma, cruzando los brazos sobre el pecho y mirando el crucifijo: «Sí, es él». Era él. Quien había asesinado al pobre comendador Torricella en el camino a Bolonia, era él, Mauro Schiassi, su propio hijo.

Su vida, que había sido siempre calma, dócil, mediocre, silenciosa, fué invadida por un torbellino. El torbellino llegaba sobre su magro cuerpo, agitándole los humildes vestidos y los ralos cabellos; penetraba en su conciencia arrancándole sordos ecos de voces lejanas, de llantos ignotos, de gritos y gemidos humanos y no humanos.

Entre aquellos gemidos ella había podido comprender algunos, porque eran suyos, eran gritos de su corazón sangrando, agonizando; gritos de mujer cuyas vísceras se laceran por primera vez, en el primer vagido, en el primer lloro del hijo, en el primer saludo del hijo a la luz ambiente, a la vida humana.

¡Mauro, Mauro! ¿Era él quién así lloraba?

Probablemente las vecinas, tan curiosas, tenían piedad de ella. Venían, venían con los diarios. Ella miraba las impresas planas, con ávidos ojos, con ojos de odio y de amor. Ya «sabía»; ahora quería leer.

— ¿Ha confesado?

— No; todavía no.

— ¡Es inocente!

Ella misma leía, haciendo cálculos simplistas a veces; y otras, y con más fatiga, meditando. Por momentos alguna mujer quería leerle, a ella, a la madre, y leía apresuradamente, apresuradísimamente; y ella, la madre, se resignaba a oir, con agrio sabor en la arrugada boca, con lampos de odio y de amor en los encendidos ojos.

Era un espectáculo casi desconocido: el espectáculo que ofrecía una vieja fiera, a quien se podía decir todo, leerle todo, confesarle todo lo que se pensaba del delito, lamentarse de la pobre víctima y condenar acerbamente al asesino. Era un espectáculo que atraía singularmente a las vecinas, que las hacía todavía más curiosas y audaces, más intolerantes y crueles.

La ruda vieja parecía servirse de ellas para conocer noticias y para la lectura de los diarios. Por otra parte, no le interesaban. Eran sus enemigas; las sentía enemigas; como eran enemigos los otros, todos; pero no las maltrataba, no se revolvía contra su curiosidad que insistía siempre, allí, vigilante, para medir, para penetrar, para ver cómo estaba hecho el dolor de la madre del asesino.

Habían venido también los periodistas.

Un periodista había sido hasta obsequioso; hizo una inclinación, llamándole «señora».

— Muy buenos días, señora.

Ella lo había mirado sin curiosidad.

— Seguramente usted está enterada de lo ocurrido, señora, ¿no? Su hijo ha sido arrestado a dos leguas de Piacenza. ¿Podría decirme usted algunas cosas sobre su hijo? Seré escrupuloso en todo lo que usted quiera decirme. Dígame, señora, ¿su hijo...?...

— ¿Mi hijo? ¡Es inocente!

— Está bien, señora, bueno; su hijo es inocente. ¿Qué más?

— Mi hijo es bueno, es de buen corazón. No ha tenido suerte; conoce dos o tres oficios, pero no ha tenido suerte. ¡Pobre muchacho! Ha debido correr mundo, ha tenido que hacer el sirviente de todos, para vivir, para mandar dinero a su mamá... Es el mejor hijo de todo el país... ¿Qué quieren ahora de él?

— ¿Y cuando era niño, señora? Cuénteme de cuando era niño. ¿Era taciturno, silencioso? ¿Era vengativo? ¿Manifestaba deseos violentos? ¿En casa? ¿Con los compañeros?

— ¡Oh, oh! Cuando tenía dos años apenas, yo le decía «asesino» ¡tan lindo era! Cuando tenía cuatro años, lo ponía en aquella sillita — ¿ve usted la sillita aquélla? — y jugaba todo el día, tranquilamente, con unos huesecillos. Cuando tenía cinco años, seis años, se sentaba allá, en un escalón de la puerta, y colocaba los huesos todos en fila, en hileras, y era un encanto verlo, con esos movimientos que tenía, con ese juicio que mostraba. Después fué a la escuela; hizo cuatro grados; siempre voluntarioso, siempre bueno, siempre dispuesto para con su pobre madre viuda. ¡Y él lo sabía! ¿Sabe usted? El sabía que yo era viuda. Y no porque no estuviese su padre en casa, sino porque me veía hacer de hombre y de mujer. Esto a mí me hacía llorar; sí, sí; de noche era un poco silencioso, un poco melancólico. ¡Era desconfiado, pobre mi hijo! Yo decía el rosario, y después decía la *salve regina* y después todas las letanías con los *ora pro nobis* que son tan cargosos para los hombres... Pero él no se lamentaba, pobrecito. El permanecía allá, en un rincón, muy triste, muy pensativo, con sus ojos que penetraban en la obscuridad, y esperaba que yo encendiese la lámpara. ¿Me entiende? Esperaba que yo encendiese la lámpara.

— Está bien, señora. Diré todas estas cosas en mi diario.

— Hágame un favor: diga también que es inocente. Puede escribirlo sin miedo: i-no-cen-te.

— ¡Pero, señora! Las pruebas... ¡Las pruebas son decisivas, señora!...

— ¿Qué pruebas? ¿Ha confesado? ¡No! ¡Mientras no confiese, es inocente! ¡Si no confiesa, es inocente!

Pero un día una vecina (parecía francamente contenta, parecía haber triunfado en una apuesta) se adelantó con un diario en la mano, con una dura sonrisa en los labios abrasados, hendidos, como los labios que contienen una mala noticia.

Altiva, orgullosa, avanzó la vieja hacia la puerta.

—¡Eh! ¿Qué hay?

—¡Ha confesado!

—¿Quién?

—Su hijo Mauro.

—¿Qué cosa ha confesado?

—Que ha sido él, él solo, el que mató al pobre comendador Torricella.

—¿A quién ha confesado?

—Al juez instructor.

—No es cierto. Déme aquí...

La vieja arrebató el diario de las manos de su vecina, pero no pensó en una inmediata lectura. Altiva, miraba a la mujer con su habitual acritud, con lampos de odio y de amor en los lúcidos ojos de su cara arrugada, disecada. Obtuvo así que la mujer se fuese dejándole el diario; en seguida ella se encerró en su casa y comenzó a leer en voz alta las preguntas del juez instructor y las respuestas de Mauro.

Pero no se abatió. Su hijo había asesinado, pero era inocente. Casi le agradó que su hijo fuese inocente aun habiendo matado. Le agradó ese fornido buen mozo que supo hacer justicia. El había asesinado para defenderse. Lo habían ofendido; era rebelde, se había vengado. La venganza está permitida. Si Dios existe, si Dios es justo, la autoriza. ¡Está obligado, está obligado a permitirla!

Así las vecinas no la encontraron cambiada.

Ella las recibió con su acostumbrada fiereza, con su habitual acritud.

—¿Ya lo sabe, Asunta? ¡Ha confesado, es culpable!

—Es inocente. Le han hecho mal, y él se defendió.

—¿Quién le hizo daño primero?

—¡Pues ése a quien hirió!

—¿El comendador Torricella? ¡Oh, oigan ahora eso! ¡Pero si ni siquiera lo conocía a su hijo el comendador Torricella! Lo mató por dinero, ¿me entiende? Lo mató en el tren, para robarle la cartera, ¿me entiende?

—¿Por el dinero? ¿Por la cartera? ¡Oh, oh, por la cartera!...

No era verdad, no podía ser verdad. Negó. Negó con una terquedad, con una firmeza, que debía parecer sublime y sólo parecía «interesada»; negó, negó, con toda su fuerza, con todo su coraje, con su fe en Cristo y en sí misma y en los derechos humanos y en el derecho divino. Negó admirablemente, altiva, hasta que su hijo dejó de negar. Cuando su hijo ya no negaba, cuando su hijo confesó al juez instructor haber asesinado por dinero — por la cartera, — se abatió, cayó en la obscuridad de su conciencia, se azoró casi estúpidamente, y no supo ni llorar, ni hablar, ni llamar a Dios en su auxilio.

Entonces dejó de ser espectáculo interesante, y dejaron de venir las vecinas con sus diarios.

Se quedó sola, la madre. Todos los días rodeábase de soledad; todas las noches temblaba de inquietud y de miedo. Sentábase a la mesa desierta ahora, como cuando estaba vivo su marido y no tenían nada que comer. — «Eso es» — se decía. — «Mauro estaba ahí, sobre esa sillita, o si no estaba allá, sobre el escaño de la puerta. O estaba dentro de esa vacía cuba de vino, para esconderse. ¡Para esconderse se metía dentro del barril, y allí quedaba! Me parecía que debían dolerle los huesos, porque eran huesos tiernos, de niño. Hacía muchas otras cosas, cosas todas buenas, todas cosas que hacían reir. Era un niño; seguramente era un niño también él. Parece imposible, ¿no es cierto? ¿Pero a quién parece imposible? Al juez instructor».

Hablaba casi dulcemente, con una mansedumbre, con un abandono hasta doloroso de todos sus miembros y todos sus sentimientos. Se enojaba con todos en su soledad: consigo misma, con el hijo, con las vecinas, con el juez, con la víctima. El muerto le daba miedo. Se erguía, de repente, entre ella y su hijo, entre ella y el juez, como el despiadado vengador dueño del mismo poder terrible de Dios. Era un hombre alto, sin edad, sin expresión humana, sin voz. Gesticulaba, y todo él estaba en los gestos; era la condena y la venganza.

También la vieja hacía gestos vanos, gestos de ciego, con los brazos desatados, quería alejar a aquel fantasma, y no podía; caminaba por su habitación alrededor de la mesa, gacha la cabeza, como para espantar el deseo de volverse a sentar a la desierta mesa, para no hablar, no fantasear y no «ver» la condena y la venganza.

Solía pasar todas las mañanas un diarero por la callejuela. Cuántas veces ella había visto a ese hombrecito contrahecho distribuir los diarios a las criadas, a los porteros, a las vecinas. Temerosa, desde la puerta llamó también ella al hombrecito lisiado, compró también ella un diario para saber noticias de su hijo. Todas las mañanas una monedita para el diario. La monedita para el pan que empapaba en leche fué la monedita para el diario. El diario de la mañana era como una carta de su hijo. Leía; volvía a leer. También las cartas de su hijo recién leídas tornábalas a leer...

Pero los diarios acabaron por no ocuparse más de Mauro Schiassi, que estaba a disposición de la justicia. Los diarios se ocupaban, ahora, del comendador Torricella. Todos hablaban del comendador Torricella; todos hacían votos para que el comendador Torricella se salvase, sea milagrosamente, de la muerte...

—¡Pero entonces — gritó la madre — no está muerto! ¡No está muerto! ¡El hijo mío no lo ha asesinado!



Mauro no había asesinado al comendador Torricella; lo había mortalmente herido. El proyectil — como decían los diarios — había entrado en el cráneo perforando el frontal por debajo de la sutura coronaria y a la altura de la segunda circunvolución frontal. Y se había alojado — continuaban los diarios, exactísimos — se había alojado en la substancia blanca subcortical, a más o menos un centímetro y medio debajo de la superficie cerebral.

La vieja leía sin comprender; comprendía únicamente que el estado del infortunado comendador era grave, gravísimo; que el proyectil de su hijo, penetrando en aquel cráneo desconocido, se habría como divertido en buscar caminos difíciles, vías tortuosas e indefensas.

Los diarios describían exactísimos: *shock* nervioso... leve hemorragia... fiebre... vómitos... pasajera pérdida de conciencia... amnesia leve... desorientación... Pero, en fin: ¿estaría vivo o estaría muerto ese desdichado? La vieja se ponía nerviosa en su impaciencia, arrugaba el diario y lo hacía una bola apretada en su puño. Ella comprendía que si aquel desdichado se salvaba su hijo tendría una pena menor; gravísima, pero ciertamente menor en varios años, en muchos años. Era necesario, entonces, que los médicos a toda costa salvasen a aquel desdichado.

— Eso es... eso es... «Estamos» en el sexto día. La fiebre ha desaparecido, los vómitos han desaparecido... El diario dice que no han vuelto a aparecer los disturbios... los disturbios *motores y sensitivos*... Entonces... entonces... (¿dónde está? ¿dónde está?)... ¡aquí está!... «entonces se puede excluir una infección y cualquier localización morbosa»... Entonces... entonces... quiere decir...

Más abajo el diario agregaba: «La herida está casi cerrada».

— La herida está casi cerrada... Quiere decir, entonces... pues... La herida está casi cerrada...

Entonces el comendador Torricella estaba salvado; también su hijo estaba salvado; casi salvado. Ella vivía con esta esperanza. Horas de dulzura deslizábanse sobre su pobre vida; horas sonrientes, horas infantiles. El comendador Torricella no era ya el triste fantasma sin rostro humano, sin mirada, sin voz; era un hombre como cualquier otro, un hombre bonachón, de modesta condición, fácil a perdonar. El hijo era un muchachote que había cometido una leve falta, una imprudencia... ¡Muchacho, muchacho! ¡Sí que la había hecho grande esta vez!... Pero todo se remediaba: el comendador estaba bien, había perdonado — ¡pero porque se había inmiscuído la madre! — había tendido su mano generosamente... ¡No se hable más de esto; no se hable más de esto!

Alguna vez la vieja se enojaba. Se enojaba y se la tomaba con el comendador porque no se curaba pronto del todo, porque mostraba estar peor, porque estaba peor, porque parecía — ¡imbécil! — preferir la muerte. ¡Imbécil, estúpido! Después, eran unos estúpidos — peor, todavía — los doctores, los doctores que tenían a su cuidado a ese desgraciado. ¿Quiénes eran? ¿Qué querían? ¿No estaban de acuerdo en hacer morir a ese desdichado, en hacer tanto daño a su hijo? ¡Asesinos, asesinos! ¡Esos son los verdaderos asesinos del comendador Torricella! ¡Afuera, su hijo; adentro, los doctores!

¡La ergástula. A la ergástula con los doctores!

Leía en el diario:

«Anoche apareció inesperadamente la hemiplejía». E-mi-ple-jí-a... ¿Qué cosa es esta *hemiplejía izquierda?* ¡Adelante, adelante! ¡Explíquense los señores médicos, los señores periodistas!

Nerviosa, arrugaba el diario; hacía una bola que apretaba en el puño; después arrojaba con insólito ímpetu la bola contra el crucifijo de la pared. Al día siguiente leía en el diario:

«Parálisis izquierda... (¡la hemiplejía era la parálisis!)... estrabismo... pérdida del sentido... vómitos... comatoso»... ¿Qué es esto de comatoso? ¡Ya no comprende nada! ¡Ahora los doctores se empeñan en buscar y emplear nombres difíciles! Es una maniobra... Preparan su defensa... ¡Asesinos, asesinos!

Y arrojaba contra el muro, contra el crucifijo, los estrujados y apretados pedazos de diario, que rodaban por el suelo y se detenían bajo los muebles, el armario o la cómoda.

Y al día siguiente:

«La puntada lumbar da un líquido netamente sanguinolento»... ¿La puntada? ¿Le han cosido, le han hecho puntadas? ¿Por qué? ¿Quién dió permiso para eso? ¡Pero esta es la prueba, esta es la prueba irrefutable!... Le han dado una puntada, para acabarlo! ¡Nos defenderemos, nos defenderemos!

Pero ella sentía a la Muerte cerca. Estrujó el diario, lo arrugó, hizo una pelota con el diario, hizo una pelota que no pudo apretar bien en el puño, que no pudo arrojar contra el crucifijo. Y cayó sentada en una silla, cabe la desierta mesa, y esperó que viniesen la venganza y la condena.

Y al día siguiente leyó en el diario; sólo leyó los títulos a tres columnas: — «El comendador Torricella ha muerto»... Asustada, miró en torno como si la muerte hubiese entrado finalmente en su habitación.

No, no había nadie en la pieza. Estaba sola, ella. Ella y el diario, y nadie más Pero sus ojos se nublaron, y vió, vió finalmente: un blanco lecho de hospital, y sobre el blanco lecho la víctima, inmóvil, fría, rígida. Ya no más el comendador Torricella; no más el fantasma; sólo la víctima, inmóvil, asesinada. Asesinada por alguien: por su hijo. Asesinada — por dinero, por la cartera — por su hijo. Asesinada, muerta para siempre, por su hijo.

Tembló. Comprendió.

¡Ah, su hijo no tan sólo había asesinado. Había hecho más; había sido — aunque inconscientemente — más malvado: no había matado bien, suficientemente. Había hecho sufrir a la víctima en aquel lecho de hospital, entre aquellos médicos y enfermeros vestidos de blanco. Había hecho morir a su víctima poco a poco, en una tortura creciente, cruel, refinada, moderna.

¿Y no había sido también malvada y cruel ella, la madre del asesino? Por qué se había interesado hasta ahora tanto y tanto por la víctima? ¿Por qué no la quería ver muerta de una vez, dejando de sufrir de una vez por todas? ¿Por qué había querido salvarla a toda costa? ¿No era, acaso, para evitarle a su hijo una pena gravísima, para condenarlo con una pena, sí, pero menor en años, en muchos años?

¿Por quién había temblado ella, entonces? ¿Por la víctima que sufría o por el victimario que aguardaba?

¿Por quien debía rezar ahora? ¿Por el muerto o por el vivo? ¿O por todos, nosotros todos, que no sabemos librarnos del mal?

Angustiada, nerviosa, casi colérica, ella miró en torno; estrujó el diario, con el que hizo en su mano una pelota, la habitual pelota. Pero automáticamente, por costumbre adquirida. Y la pelota de papel se cayó de su mano, rodó por el suelo como una cosa cualquiera.

Y barbotó, caída de rodillas: *Pater noster, qui es in coelis, sanctificetur nomen tuum, adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua... sed libera nos a malo... ¡sed libera nos a malo!...*

FIN





—Las personas formales
han de interpretar bien las iniciales.
Estas, pese a mi escasa competencia,
creo que significan Su Excelencia.
El señor N. N., diplomático.

—Si es así, lo deploro.
¿Por qué no Su Eminencia? Es más sonoro.
Se ha sostenido siempre, desde Homero,
que la sonoridad es lo primero.
El señor N. N., seminarista.

—No le creo capaz
de aprobar mi propuesta.
Si logro que me ayude y no protesta,
sería Sacacorchos Eficaz.
El señor N. N., hombre de negocios.

—¡Qué fino! ¡Qué elegante!
¡Qué atento! ¡Qué insinuante!
¡Qué correcto! ¡Qué hidalgo!
¡Qué discursos magníficos! Por alg
le llaman Soñador Edulcorante.
El señor N. N., poeta premiado.

—A menudo se anuncia
que piensa renunciar. ¡Y no renuncia!
Las iniciales son, a lo que véo,
sólo el principio de Sabroso Empleo.
El señor N. N., que querría ser intendente.

—Algunas veces me parece activ
y algunas veces me parece apático.
Se le puede tildar, no sin motivo,
de Sujeto Enigmático.
El señor N. N., estudiante de psicología.

—Para algún inexperto
resulta un hombre raro.
Siempre Elegante. ¡Claro!
Siempre Exigente. ¡Es cierto!
El señor N. N., sastre.

—Trabajar les parece un sacrificio.
¡La intendencia resulta intolerable!
Allí nadie hace nada. ¡Qué agradable!
es el Sebo Edilicio!
El señor N. N., del antiguo régimen.

—Merece el tratamiento
que a sí mismo se ha dado
y que yo, que no soy amanerado,
traduzco por Severo Estiramiento.
El señor N. N., corazón sencillo.

—Mi ignorancia me asusta.
¿Qué dicen esas letras peregrinas?
¿Bacalao «Sin Espinas»,
igual que el bacalao que a mí me gusta?
El señor N. N., almacenero.

—¿Será de los que apoyen a Irigoyen
cuando Irigoyen pida que le apoyen?
¿Apoyará a Marcelo
o no querrá apoyarle? ¡Santo cielo!
A comprenderte aspiro,
Solitario Esotérico, y te admiro.
El señor N. N., teósofo.

—Cambió las iniciales con razón.
Eso quiere decir
que ayudará a vivir
a todo radical, Sin Excepción.
El señor N. N., miembro de un comité.

—Ya no es Su Señoría
como lo fué algún día.
Y no hay por qué alarmarse.
Ya sabemos que Suele Equivocarse.
El señor N. N., concejal.

—Contra el enigma lidio
sin entenderlo nunca. ¡Es sorprendente!
Esas letras querrán, probablemente,
decir Sin Esperanza o San Elpidio.
El señor N. N., admirador del vice.

—Cambia la abreviatura de valor,
según sea el que aplaude o le critica.
Para uno, Su Excelencia significa.
Para otro significa Salvo Error.
El señor N. N., aspirante al premio municipal.

L U I S G A R C I A

DIBUJO DE MACAYA.

EL ÁRBOL CULTIVADO MÁS ANTIGUO

El olivo, vegetal tan célebre en la historia, es de todos los árboles que dan fruto el que se ha cultivado desde más antiguo.

Se cree que fue transportado del Atlas al Atica, y que los focenses, fundadores de Marsella, le introdujeron en la Galia.

Minerva y Neptuno se disputaron el honor de poner el nombre a la ciudad que Cecrops había edificado, y convinieron en que tendría este privilegio el que produjese instantáneamente una cosa más útil. Minerva, golpeando la tierra con su lanza, hizo brotar un olivo cargado de frutos; Neptuno, con un golpe de su tridente, dió origen a un caballo. Los dioses decidieron en favor de Minerva, que puso a la ciudad el nombre de Atenas.

El olivo fue consagrado a Júpiter, pero más particularmente a Minerva, que lo había dado a los atenienses y les había enseñado a cultivarle. Vino a ser por esto el símbolo de la paz. Virgilio representa a Numa Pompilio con una rama de olivo en la mano para manifestar que su reinado era pacífico, y una rama de este árbol en las medallas, puesta en manos de un emperador, significa que la paz ha sido de larga duración en su reinado.

Jerjes, cuando se apoderó de Atenas, hizo incendiar el templo de Minerva, en el cual se hallaba, según la tradición, el olivo que la diosa había creado; pero habiendo obtenido algunos habitantes el permiso de ir al día siguiente a hacer sacrificios en medio de las ruinas, se cuenta que del tronco de olivo, a pesar de estar quemado, había brotado una rama de un codo de largo.

En los Idus de Julio y en ciertas fiestas los caballeros romanos llevaban coronas de olivo, lo cual prueba, según Plinio, la gran consideración de que gozaba este árbol, y añade que no era permitido emplearle en usos profanos ni aun encender con él el fuego en los altares de las divinidades. Los romanos daban como símbolo a la Clemencia, una de sus diosas alegóricas, una rama de olivo.

El aceite de olivo era muy estimado en Roma y se vendía muy caro. Al principio de la república se consideraba al aceite más bien como un objeto de lujo que de necesidad.

El aceite de olivo tiene la propiedad de obrar mucho menos sobre la aguja imantada que los otros aceites vegetales, propiedad en la cual está fundado un aparato electromotor imaginado por Rosseau para reconocer la falsificación de este aceite por otros.

Al olivo le perjudica mucho el frío, y casi siempre perece cuando el termómetro baja a 12º bajo cero.

El mentir es infamia, es ruindad, es vileza. Toda la utilidad, todo el deleite que se puede lograr en la conversación se pierde por la mentira. — PADRE FEIJOÓ.

Enlace

Señorita Virginia Daneri con el señor Francisco Pato Seoane.



Toser en el tranvía!

mire que es fastidioso para todos! Pero dejando a un lado la molestia que ocasiona a los vecinos, hay que pensar en el peligro que corre el que no cuida su tos. Un resfrío abre paso a la bronquitis, al enfisema, a la misma tuberculosis. Cuídese; es fácil con las

Pastillas iodeína Montagu

que son muy agradables al paladar y de acción específica sobre la tos, ya sea de garganta o de pecho.

Ningún remedio le dará tanta satisfacción porque es rápido y no daña el estómago.

Es bueno para resfríos, ronquera, bronquitis, laringitis, asma y en general todas las toses, ya sea que provengan de garganta o bronquios.

Farmacia Franco-Inglesa

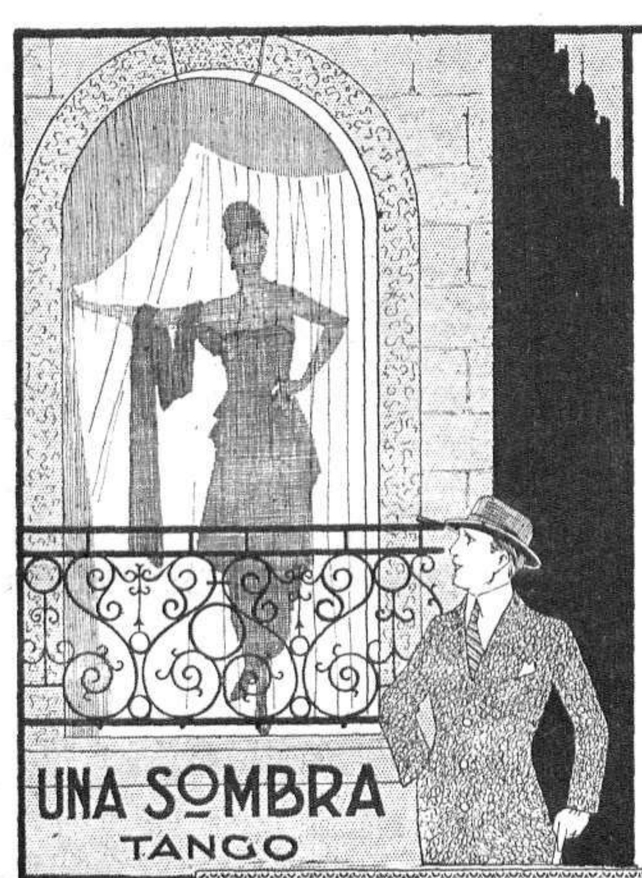
La mayor del mundo

Sarmiento y Florida **Buenos Aires**



En el Instituto Argentino de Artes Gráficas

El intendente municipal, doctor Noel, acompañado del oficial mayor de la Intendencia, señor Carvalho, en su visita a la progresista institución, de cuyas actividades pedagógicas se manifestó gratamente impresionado, felicitando por ello, efusivamente, a los miembros de la comisión directiva del Instituto.



Discos Dobles "NACIONAL"
ULTIMAS NOVEDADES

DUO GARDEL-RAZZANO
(Con 4 guitarras. RICARDO-BARBIERI)
Discos dobles «NACIONAL», de 25 ctms., **$ 3.25**

18076
- **Nubes de Humo.** (Fume, compadre!). Tango. Solo por Gardel. Romero-Jovés.
- **Viejecita Mia.** Tango. Solo por Gardel. Dezeo-Marcucci.

ORQUESTA ROBERTO FIRPO
Discos dobles «NACIONAL», de 25 ctms., **$ 3.—**

6191
- **Mamita!!!** Schotis de moda. J. C. Bazán.
- **Una Sombra.** Tango. R. Firpo.

6194
- **En Douce.** Shimmy. M. Ivain.
- **Chicago.** Fox Trot. F. Fisher.

6195
- **Mes Parents Sonts Venus me Chercher.** (Mis parientes me vinieron a buscar). M. Pearly.
- **Alma Criolla.** Tango. C. Puglisi.

6196
- **Stumbling.** Fox Trot. Confrey.
- **Viento Norte.** Tango. A. R. Marengo.

ORQUESTA JAZZ-BAND. F. CANARO

6918
- **"Tut-Ankh-Amon".** Ultima novedad sensacional. Con serrucho, ejecutado por el autor. Paso del camello. J. Bohr.
- **Electric Girl.** Shimmy. H. Holmes.

6919
- **Eleonore.** Shimmy. A. Chambrier.
- **La Danza de las Libelulas.** (Shimmy de la Gigolette). F. Lehar.

6920
- **La Java.** Baile moderno. M. Ivain.
- **Ave Maria.** Tango. (Orquesta Típica). F. y J. Canaro.

LA ARGENTINITA
Disco doble «NACIONAL», de 25 ctms., a **$ 3.50**

18502
- **Gaucho Argentino.** Milonga y zapateado. Zapateado auténtico por «La Argentinita». Pérez Freire.
- **Fandanguillo de Huelva.** Con castañuelas. M. Romero.





FÁBULA DEL QUÍMICO Y LA MOSCA

Suspendió un momento la labor, y dedicóse a seguir el vuelo perezoso de una mosca. Era una mosca torpe, pesada, estúpida. Era una de esas moscas obstinadas de los días que amenazan tormenta. Iba y venía, como aturdida, ya describiendo espirales en el aire cargado del laboratorio, ya deteniéndose para pasear en todas direcciones sobre la amplia mesa, llena de retortas, de probetas, de matraces, de una infinidad de artefactos de raras formas. El viejo químico, al fin, decidióse a reanudar su trabajo. Reprochóse interiormente por haber perdido unos momentos preciosos —que nunca podría ya recobrar— observando los movimientos de una mosca. «Decididamente — se dijo, — si hay en la creación un ser despreciable y que no merece estudio, ese es la mosca. Es un insecto molesto y perezoso, que no tiene la industriosa laboriosidad de la abeja, ni la belleza de las mariposas, ni la doméstica virtud del ahorro que distingue a la hormiga». Tuvo presente, además, la detestable costumbre de las moscas de molestar a los hombres que estudian, y concluyó que Noé había ocasionado un considerable perjuicio a la ciencia y a sus cultivadores de los tiempos postdiluvianos dando entrada en su arca a la pareja bíblica que habría de perpetuar la raza del abominable díptero.

La mosca, entretanto, se paseaba tranquilamente por el borde de una ancha cubeta llena de agua cristalina. Atraída por la frescura del líquido, acercóse a su superficie tan fruitivamente que terminó por inmergir en él las patas. Iba a ahogarse. El químico la extrajo del agua en un estado lamentable, con las alas y las patas mojadas e inválidas, y la dejó sobre la mesa, en un lugar que doraba un rayo de sol.

Desentumecióse al cabo el insecto, y el sabio ya no lo vió más. Y antes de entregarse al trabajo nuevamente reflexionó sobre la ingratitud y sobre lo consubstancial que es a la naturaleza de los seres, sin que en ese punto los hombres lleven gran ventaja a los irracionales. He ahí, si no, el caso de esa mosca, que salvada de un riesgo inminente fué a confundirse en el enjambre de sus congéneres, indiferente al favor recibido. No de otro modo, según su raciocinio, proceden por lo general los humanos con el que se desvela por su bien.

Mas hete aquí que el sabio se equivoca. La mosca por él salvada ha vuelto a acercarse a su salvador. No es seguro que haya venido a darle las gracias; pero lo cierto es que ha vuelto. Por de pronto se entretiene en recorrer en todos sentidos el dedo índice del sabio, la grúa colosal en que la encaramó un poder desconocido, indudablemente divino, para sacarla del océano enorme que significa a los ojos de una mosca una palangana de agua. Luego emprende otra vez el vuelo. Entonces el químico hace una comprobación desagradable. En la uña de su índice ha quedado una mácula que acusa, por parte de la mosca, una irrespetuosidad censurable.

Después el químico se ha quedado reflexionando sobre la ingratitud, y sobre lo consubstancial que es a la naturaleza de los seres, sin que en este punto los hombres lleven gran ventaja a los irracionales.

FÁBULA DEL CABALLO CAÍDO

Iba por la calle mucilaginosa, cubierta de barro,
tirando de un ruin coche de alquiler.
Sus costillas en alto relieve eran como
paralelos aros de un hueco tonel.

Fango, espuma y sudor rezumaba
la pelambre del pobre caballo.
No está más inmunda
la de un can cuando sale de un charco.

Trotaba, trotaba, siguiendo la senda
que las inflexibles varas limitaban;
para los caballos uncidos las calles
tienen todas un metro de anchas.

De pronto,
demasiado tarde ya para evitarlo,
sintió que los cascos le huían
por sobre el jabón del asfalto.

Perdió la cabeza,
sintió un frío de hielo en la panza
y encontróse amarrado a la calle
por las cuatro patas.

El espejo negro que de sus hocicos
distó siempre un metro,
lo tenía entonces
a un palmo del belfo.

Agitar las patas
para incorporarse,
fué trazar en una pizarra de lodo
ilegibles signos de un raro lenguaje.

Al fin resignóse,
y con fino tacto — tacto casi humano, —
viendo que era inútil pretender erguirse,
se quedó acostado.

Por sobre los hombros del corro de idiotas
que testificaba la tragicomedia,
asomó los ojos, bellos y curiosos,
una dama bella.

Fué así que las largas orejas peludas
que sólo blasfemias habían oído,
escucharon una palabra piadosa;
oyeron decir: «¡Pobrecito!»

Y pese a la fusta del automedonte,
pese al frío, al fango y a la estupidez
de los circunstantes, la mísera bestia
se sintió dichosa por primera vez.

Concurso dactilográfico

Concurrentes a la interesante prueba de velocidad entre mecanógrafos que organizó la compañía La Camona, que distribuye a los ganadores 12 medallas de oro y una copa de plata al competidor que sobresalga entre los 12 medallados, para lo cual se efectuará una nueva prueba eliminatoria.

OBSEQUIO
SIN PRECEDENTES

LA
CASA IZQUIERDO

CARLOS PELLEGRINI, 490

especialista en **Corsés** y **Fajas** de alta calidad, y creadora de los modelos más afamados, **obsequiará** a su distinguida clientela, desde hoy, 16 de Agosto, hasta el 31 inclusive, con un lindísimo **Corsé-cintura** igual al modelo que ilustra esta página, y en la medida que se desee, confeccionado en rico coutil de hilo, elástico en la cintura y cuatro ligas, cuyo valor es de $ 10.—. Este útil y valioso obsequio lo haremos por toda compra superior a $ 25.— efectuada en cualquier departamento de nuestra casa.

LOS PEDIDOS DEL INTERIOR GOZARAN IGUALMENTE DE NUESTRO OBSEQUIO.

CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

CARLOS PELLEGRINI, 490

Buenos Aires

UNION TELEFONICA, 4913, LIBERTAD



En nuestro Departamento de MODAS exponemos ya los más delicados modelos de la estación.

De La Plata

Comisión directiva del Comité Central Feminista de la Nación Argentina que tuvo a su cargo la organización de la gran velada cívica en homenaje a los caídos en la revolución del 90.



El salón del teatro La Gauloise, donde se celebró el festival, en el momento de hacer uso de la palabra el señor Enrique Alcántara.

FÁBRICA DE LOS BIZCOCHOS CANALE

EL PRODUCTO MÁS GENUINO DE LA INDUSTRIA ARGENTINA



El futuro de su cutis

Si usted pudiera, mirando a través de un globo de cristal, ver reflejada su propia cara, tal como será de aquí a cinco..., diez..., veinte años..., ¿qué vería usted?...

¿No sería un rostro casi desconocido, arrugado y áspero; o una cara pintada — pálida caricatura de la juventud... — la que, a consecuencia de su negligencia, vería reflejada en el espejo del futuro?...

¿O vería usted una cara de tez más clara y aterciopelada tal vez que la que posee hoy mismo; una mujer con un cutis exquisitamente lozano, cuyo encanto es mucho mayor que la belleza de las facciones?...

Para ver este último reflejo, comience hoy a asegurar la belleza y salud de su tez. El futuro de su cutis está en sus propias manos y en las de la naturaleza.

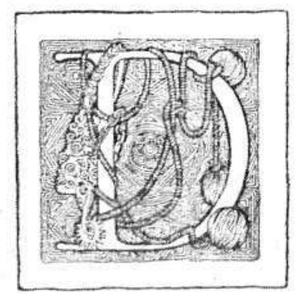
El cuidado del cutis de la cara presupone el empleo de dos substancias naturales: agua y cera pura mercolizada. Extienda cada noche sobre su rostro un poco de cera mercolizada y retírela a la mañana siguiente con un poco de agua tibia. Haga de esto una obligación diaria y el globo de cristal del futuro no tendrá para usted sino reflejos agradables.

Para quitar el vello, que tanto molesta y afea el rostro de muchas damas, nada tan radicalmente eficaz como el porlac común, aplicado directamente.

Los feos barrillos grasientos y porosos desaparecen de inmediato si se lava la cara con un poco de agua estimolizada. Una sola tableta de stymol, disuelta en un vaso de agua, basta para extirparlos totalmente.

En toda buena farmacia o perfumería se encuentran todas estas simples substancias.

EL PROMESANTE



e los recuerdos de infancia hay dos nombres, dos siluetas varoniles que no han podido borrarse de mi espíritu: Dominato Sánchez, el héroe de Curupaytí que hiciera una larga peregrinación hasta Buenos Aires para saludar al general Mitre, y Dionisio Melián, el peón de la casa y algo así como el espíritu propicio de la huerta.

Ya la Historia menciona al primero, último representante de esa gente de bronce que combatió montoneras, fué al Paraguay y al desierto, y sembró sus vértebras a los cuatro vientos para abono de la patria. Tiene Dominato Sánchez una vida romancesca donde el coraje y el amor se dan la mano y que alguna vez he de narrarla.

¿Y Dionisio Melián? ¡Oh su recia estampa y su alma inocente y primitiva! El sembraba en agosto y septiembre el maíz de febrero; podaba las viñas y naranjos; curaba el majuelo enfermo; bendecía con palabras de ensalmo los brotes de la huerta, y dirigía la cosecha. Y cuando no estaba junto al surco, levantaba las tapias, las ramadas; montaba la mula cerril y ponía la coyunda a los bueyes. Era, en verdad, algo integrante a la casa de mis abuelos.

Cierto día había llegado — nadie sabe de donde; — viera libertad y cariño; oyera las fablas y heroicidades de Dominato Sánchez, y no saliera más del viejo solar.

Mas no terminaba aquí su historia; llevaba un misterio no revelado a nadie, y una penitencia ritual: vestirse de «Alférez» en las fiestas de San Nicolás de Bari. Algún milagro le hiciera sin duda el patrono de La Rioja, y Dionisio le rendía ese tributo todos los años.

Aunque hacía y deshacía en la finca, sólo al acercarse la festividad del santo, el primero de enero, cobraba el año entero. ¡Y qué manera de cobrar! Elegía el mejor caballo y los arneses de montar más relucientes. La banda, terciada de pecho a espalda, debería ser única entre todas las bandas; la «bandera» abullonada y policroma, de la más rica seda; el edecán, bien enjaezado sobre buena cabalgadura; y tanto el «Alférez» como su escudero y ayudante de campo deberían oler a nuevo, a dinero abundante y a albahaca.

Llegaba el día de la fiesta. La escena cristiano-indígena asumía bajo el sol de enero el movimiento y los contornos de algo bárbaro y grandioso. El canto monocorde de los «Allis» al ritmo del tamboril; la salve doliente de los peregrinos; los promesantes llenos de lentejuelas, unos a pie, otros a caballo; la policromía de los trajes; el rumor sordo de la muchedumbre: todo hacía evocar una de aquellas emigraciones del Asia, uno de aquellos éxodos de que hablan los viejos libros.

Y por sobre la procesión alzaba Dionisio Melián su figura maciza. Allí marchaba en su caballo, adusto y pintoresco; alta la pupila cobreña, y envuelto en no sé qué aire de transfiguración. Era verle, y todos exclamaban: ¡el Promesante! ¿Acaso en la multitud no marchaban cientos y cientos de «alféreces», y miles de peregrinos que cumplían, cada uno, su promesa? Ciertamente; pero ninguno tenía el garbo, la emoción religiosa ni la indumentaria de Dionisio Melián.

—¡Ah, el santo, mi santo!, decía, poniendo en las palabras todo el fuego de su sangre y la fe de su alma primitiva.

Pero se iban las fiestas, y de nuevo proseguía sus faenas, de sol a sol, sin más intervalo que la tregua de la siesta. Como él no dormía, ni yo tampoco, me contaba a la sombra, de los naranjos, historias alucinantes.

En el sopor y el silencio de la hora todo invitaba a los viejos cuentos: el canto monocorde de la cigarra, la endecha de las palomas, el llanto del cacuy, ese pájaro invisible cuya historia es un romance de amor y de lágrimas; y después la voz de la acequia que va diciendo las mismas palabras misteriosas que ya oyeron los abuelos, y que ahora escuchan los nietos sin poder descifrarlas jamás.

Dionisio refrescaba su memoria; y, con esa verbo colorista del pueblo, hacía desfilar ante miso jos absortos y mi corazón palpitante las figuras de Juan Facundo Quiroga, del Chacho, Yrrazábal, Vera, Sánchez, Taboada y Arredondo... Pero donde se prodigaba en hipérboles era en las leyendas regionales. Y pasaba el Yastay con su tropa de guanacos y su castillo de plata, allá arriba en las mesetas inaccesibles; el duende, pequeñito y enamorado, con su sombrero de anchas alas; las brujas, la mula-ánima y el mandinga.

Cierto día, harto de relatos inverosímiles, le dije:



Postdata: Y no te fijes en las faltas, porque se me ha descompuesto la pluma.



— Doctor, esta planta está llena de granos.
— Dele usted un purgante sin demora...

Por CESAR CARRIZO

— Dionisio, ¿por qué no me cuentas algo más tuyo, algo que te haya sucedido en el campo o en las minas del Famatina?

— Es que no sé más que cuentos, niño — me respondió; y cual si temiera mis preguntas, cambió de charla, se internó en la viña, y a paso lento vi que su silueta se confundía con el tallo de los naranjos.

II

Durante algún tiempo noté que el peón se esquivaba. Encerrado en su cuarto trenzaba lazos y componía los arneses de la tropa. Mas llegó la buena estación, el tiempo de los azahares, y Melián que debía bendecir los brotes de la quinta, asistió de nuevo diariamente a la huerta.

Quieras que no, fuí en busca suya. Le encontré enderezando los barbechos torcidos, confundido entre las cepas y terrones. En verdad tenía su piel el color de la tierra; y a la distancia su continente fingía un trozo de suelo erguido sobre el nivel de las amelgas.

¿Por qué ese hombre no era como los otros hombres? ¿Por qué el tono terruñero de su cara? Y mi curiosidad de niño se transformó en obsesión.

— ¡Hola, Dionisio; te buscaba! Pero como tu rostro es tan parecido al suelo, no pude encontrarte.

— Como la perdiz, niño, ¿verdad?

— Más parecido a la tierra, todavía.

— Más «chesche», ¿no? Ja, ja, ja...

— ¿Y tus cuentos, viejo? Te has olvidado de mí. ¿Por qué me huyes? ¿Qué te pasa?

— Naa... Es que andaba recordando...

— ¿Y ahora? Has recordado?

— Sí; le voy a contar, niño, algo que naide lo sabe.

Y Melián me refirió la historia de su familia, el drama obscuro y humilde de sus abuelos. El caso es que en tiempos pretéritos, a uno de los varones de apellido Melián, siendo niño, le dió por comer tierra. Abandonado en el patio de la casa, aquel lejano abuelo alzaba con sus manitas terrones y puñados de tierra y los deglufa. Cuando se dieron cuenta, el niño ya estaba acostumbrado, y fué imposible extirparle el vicio. Se hizo hombre, tuvo prole, y alguno de sus hijos heredó el estigma. Este lo transmitió a sus descendientes, y así el atavismo viajó en la sangre de varias generaciones hasta llegar a Dionisio.

No bien las madres se descuidaban, sus hijos se entregaban al festín. Los efectos, claro está, no demoraban, y los niños empalidecían. Luego la palidez iba tornándose magra, hasta que llegada la edad viril los mozos cobraban el mismo color de la tierra.

— ¿Y las mujeres? — le pregunté, curioso.

— Lo mesmo, niño; pero de un color menos «chesche» que los hombres.

Al principio aquello tuvo consecuencias fatales; pero con el tiempo la sangre de los Melián se acostumbró a conducir el estigma, hasta volverse inmune. Verdad también que jamás abandonaron la heredad, de modo que la tierra que alimentó a los fundadores del apellido era la misma donde medraban los descendientes.

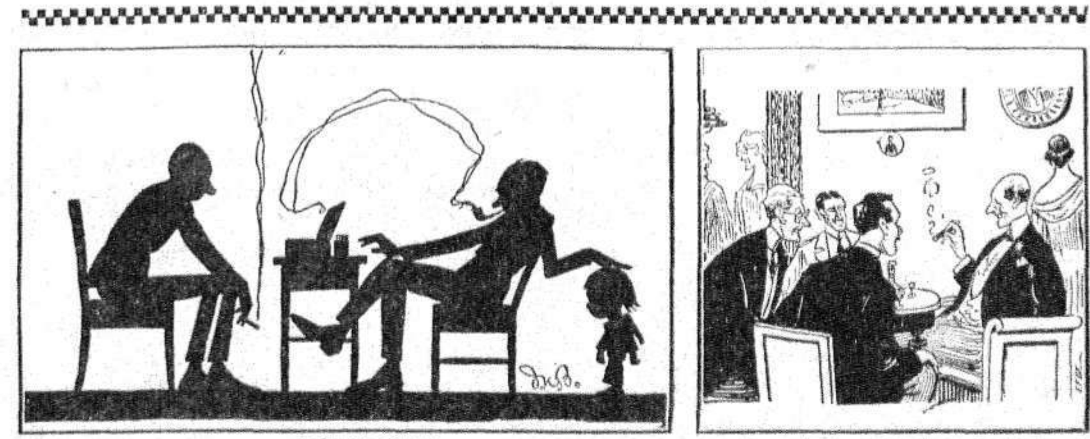
Llegaron las guerras civiles. Las montoneras, al galope, poblaron de heroicidades y espanto los valles. Los hombres abandonaron la querencia; y entre ellos marchara el padre de Dionisio a incorporarse a las vanguardias del Chacho. La madre, siguiendo las huellas de su hombre, había marchado también, y de este modo Dionisio nació lejos de la comarca natal.

Al año ya despertaron en el niño las consignas fatales del abolengo: empezó a comer tierra. La madre, que presentía los efectos, le castigó cien veces, y cien veces reincidió, hasta caer enfermo de muerte.

Llegaron a su cama las mujeres «ingeniosas», y los brujos de bienandanza que sanan todo mal, pero el niño se iba. Hasta que una noche, después de haber agotado la ciencia y experiencia de los taumaturgos y hechiceros, la pobre mujer, llorosa y de rodillas frente a la imagen de San Nicolás de Bari, le ofreció el hijo moribundo si lo salvaba. ¡El milagro se produjo, y Dionisio volvió a la vida!

Creció robusto, feo de presencia, pero bueno, transparente de alma. Con el tiempo su palidez fué asumiendo el color cetrino y pardo de la tierra, sin que por esto se resintiera su organismo. El milagro era evidente, y Dionisio empezó a cumplir el voto materno vistiéndose de «Alférez» en homenaje a San Nicolás.

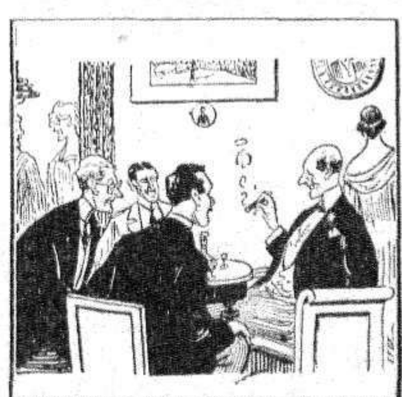
Al terminar la historia, el Promesante hubo de enjugar una lágrima. Conmovido a mi vez, me retiré y le dejé solo. Volví — eso sí — la cabeza para verle, y nunca como en esa ocasión admiré su figura plasmada en tierra. A la sombra de la viña, y afirmado en la cepa madre, diríase, en verdad, que era la encarnación del surco y el numen de la huerta.



NIÑO PRODIGIO

— Es fenomenal su chico de usted con sus preguntas vivaces.

— Sí. Pregunta lo que no encuentra en la enciclopedia...



— Les contaré una historia que los haga morir de risa.

— Aguárdese, che, a que la oiga mi suegra.

De Villa Urquiza



Conjunto de madres premiadas por la C. D. del Dispensario de Lactantes por su dedicación y esmero en el cuidado de sus hijos.

RAREZAS DEL SUICIDIO

El instinto más fuerte, más arraigado, más vital en todo ser es el instinto de conservación, por lo que se supone que el acto de quitarse la vida, yendo contra las leyes de la naturaleza, sólo puede emanar de un cerebro enfermo, y hay quien asegura que todo suicida en el momento de quitarse la vida está loco.

Sin embargo, numerosos son los casos de hombres eminentísimos que hasta el último momento dieron pruebas de tener su cerebro sano y bien equilibrado, y de los que no se podía dudar de su cordura, que han acabado sus días dándose la muerte a sí mismos.

Hace algunos años hubo en Rumania un club de suicidas, en el que los miembros al ingresar se comprometían a suicidarse tan pronto como les tocara en suerte. Así se hizo durante algún tiempo, hasta que las autoridades, enteradas del fin del club, metieron en la cárcel a todos los miembros que quedaban con vida.

Es curioso cómo un suicidio suele acarrear otro, y muchas veces de la misma forma.

«El pueblo que da mayor estadísticas de suicidios es Alemania, y el veneno el agente más generalizado.

En todos los países, el número de hombres que se suicida es mucho mayor que el de mujeres. La proporción es de tres a uno.

Es verdaderamente asombroso la facilidad con que los chinos se dan la muerte. La menor tontería les induce a coger una cuerda y colgarse de una viga o de la rama de un árbol.

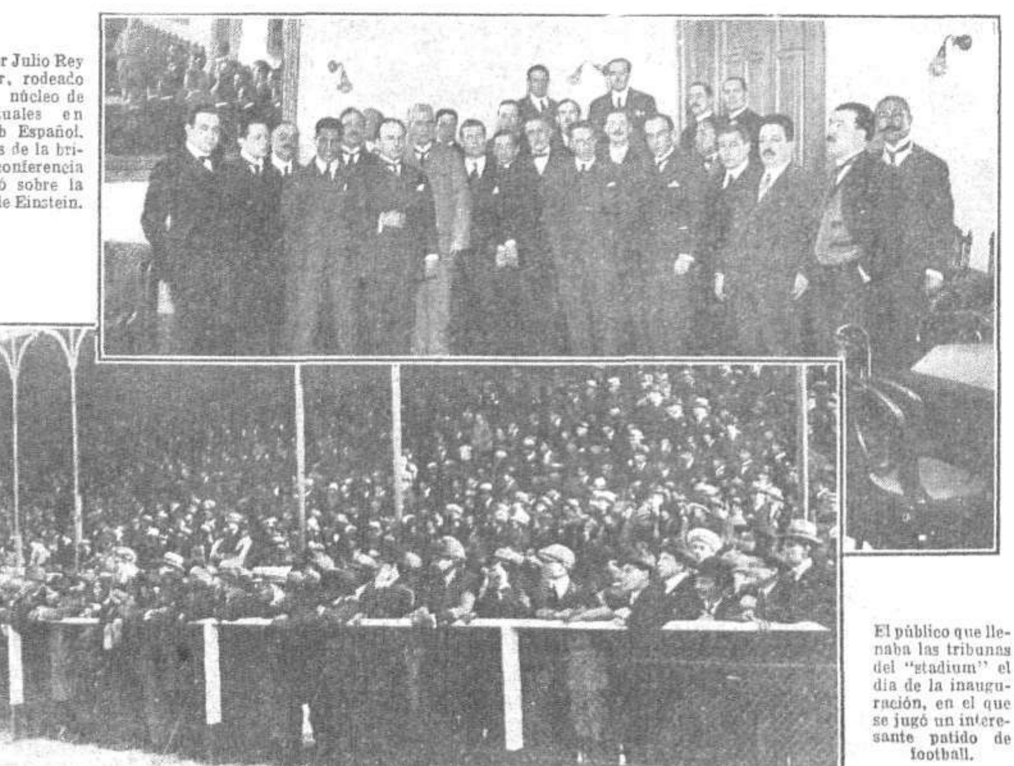
En otros países, cuando un hombre recibe de otro una grave ofensa trata de matar al ofensor; en China se suicida el ofendido.


GARANTIDA
IMPORTADA
MALTA URANO
PASTEURIZADA
ESCALADA & Cº
BUENOS AIRES

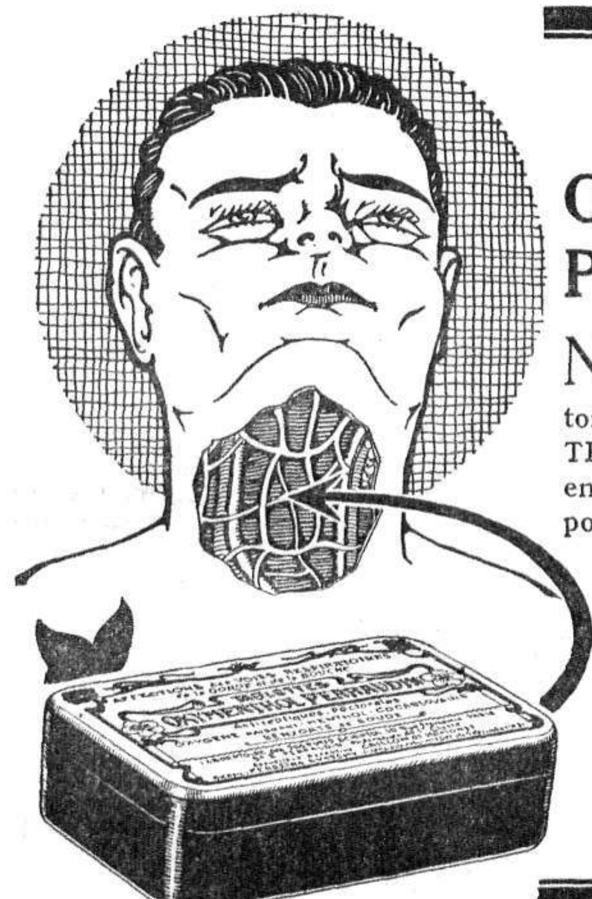
De Bahía Blanca



El señor Julio Rey Pastor, rodeado de un núcleo de intelectuales en el Club Español, después de la brillante conferencia que dió sobre la teoria de Einstein.



El público que llenaba las tribunas del "stadium" el dia de la inauguración, en el que se jugó un interesante patido de football.



TABLETAS OXIMENTHOL PERRAUDIN

No más tos, dolores de garganta, grippe, influenza, bronquitis, si tomáis las TABLETAS OXIMENTHOL PERRAUDIN al oxígeno puro en estado naciente, el antiséptico más poderoso conocido, pero únicamente las VERDADERAS TABLETAS DE OXIMENTHOL son las que llevan sobre la caja la marca "TABLETAS OXIMENTHOL PERRAUDIN - PARIS".

De venta en todas las Farmacias.

Laboratorio de los "Productos Scientia"
10, rue Fromentin, París.



Todo lo que Forma el Organismo de los Niños

Está en el QUAKER OATS.

Es un alimento completo. Contiene los 16 elementos requeridos, y para hacerlo más completo aún la Naturaleza le ha dado un sabor delicioso.

Cada niño debe tomar, todos los días, el QUAKER OATS para asegurarse que no le falta elemento alguno de nutrición; es igualmente beneficioso para los adultos.

El QUAKER OATS se vende en latas enteras y medias, comprimido y herméticamente cerrado — único envase que asegura la retención indefinida de su frescura y sabor.

El artículo legítimo lleva siempre la marca

Quaker Oats







Cansancio

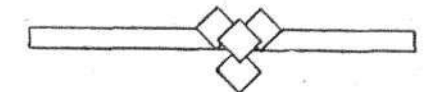
Vengo de la calle,
de la noche fría,
llévame a mi cuarto,
sé mi madrecita.

Quítame la ropa,
dóblala en la silla,
méteme en la cama,
muero de fatiga.

Súbeme el embozo,
luego me persigna,
cuéntame una historia
tu mano en la mía.

Bésame la frente,
corre las cortinas,
apaga la lámpara,
vete de puntillas.

FERNÁNDEZ MORENO



DIPTICO

I

Vida todo soñar hondo y doliente,
sin una realidad de amor gloriosa;
el corazón moría mansamente
en su copa enlutada y silenciosa.

Ebria la juventud y sin oriente,
se prodigaba audaz y generosa;
y en tanto el alma que vivía ausente,
acechaba una aurora milagrosa.

Ya el soñar al Ensueño maldecía
y la Muerte de amores requería,
cuando una hada encendiendo mi destino,

Con su palabra mágica, sagrada,
me dijo un nombre, señaló un camino...
¡y estalló el corazón en su alborada!

II

Alborada interior. Hasta hoy huraña,
la voz del corazón dice su queja;
te siento toda mía y toda extraña,
mujer-pájaro-flor-estrella-abeja.

Te conocí y murió por muy pequeño,
el más grande ideal del alma mía;
te pusiste más alta que mi sueño,
superaste mi ardiente fantasía.

Sonámbulo y ahito de querellas,
me doy a leer tu nombre en las estrellas
y a mirarte en el aire suspendida...

Y en la angustia de verte y no creerte,
temo que mi soñar te dé la muerte
cuando la realidad te da la vida.

CARLOS C. SANGUINETTI



ELLA. — ¿Por qué discutes conmigo cuando tenemos visitas?
EL. — ¿Pero crees que me atrevería cuando no hay nadie?



— Me pareceó oir pitazos de locomotora en el pecho del enfermo. Esto es muy serio.
— Pero, doctor, olvida que del otro lado de la calle hay una estación de ferrocarril.



— ¿No es más que eso el lindo vestido de que me hablaste?
— Sí. El público encontraba la pieza muy larga y el director decidió acortar las polleras...

De Libertad (F.C.M.)



Team del Club Talleres, que sostuvo un reñido match de football con sus rivales del Club Almacenes.



Equipo del team Departamento de Almacenes del F. C. M., que fué vencido con todos los honores.



UN PROYECTO TERRIBLE

Cuento provinciano

JUAN era un muchachote gordo, cabezón, ojos tranquilos y adormilados; su fama de embustero había franqueado las puertas de la escuela, y, como casi todos los individuos de esta condición, era también extraordinariamente comunicativo y bromista, defectos todos estos que hay que achacar a su fecunda imaginación. Sus compañeros le llamábamos «Cachalote» o bien «Cacha», a secas. En cambio, por obra exclusiva de Juan, todos nosotros estábamos bautizados con los apodos más variados y risibles.

La verdad es que el poco de fastidio que nos causaban sus chistes y chirigotas nos lo cobrábamos con creces de su generoso corazón.

En la escuela Juan y yo éramos vecinos de banco gracias a la benévola pero imprudente disposición de la maestra, de modo que, aparte de cierta afinidad de caracteres, nuestra camaradería tuvo así ocasión de convertirse en una estrechísima amistad.

Pero he aquí qué hubo un tiempo en que las aficiones de Juan experimentaron un cambio notable. De la noche a la mañana Juan apareció chiflado por las novelas policiales.

Sabido es cuanto influyen en las gentes sencillas las acciones, aun las más insignificantes, de los hombres populares. Esto mismo sucedió con nosotros. «Cacha» acabó despertando en todos una gran afición por esas inocentes narraciones de Conan Doyle que hacen comprar pistolitas matagatos a los niños; y, diariamente, acudía a clase cargado de nuevos y más complicados episodios que repartía entre los íntimos para ser leídos en los ratos de ocio.

«Cachalote» llamaba ratos de ocio a las horas de clase, durante las cuales una buena parte del grado, precisamente los más díscolos de ordinario, permanecíamos silenciosos, agazapados detrás de los otros compañeros y enteramente absortos en la lectura de las famosas aventuras.

En un comienzo, la maestra no sabía a qué atenerse respecto a nuestro cambio, pero debió pensar que se trataba de una calma chicha por cuanto estrechó su vigilancia sobre nosotros, especialmente sobre Juan, de tal modo que, por mucho tiempo, no le permitió disfrutar de los ratos de ocio. A raíz de esto «Cacha» se ponía furioso y juraba por lo bajo como un viejo lobo de mar:

— ¡Rayos y truenos! ¿Por qué me mira? Siempre me está mirando... Parece una lechuza.

— ¡Niño! ¿Por qué habla? ¿Qué dice usted? — preguntaba la maestra.

Juan se levantaba pesadamente, con los cabellos desordenados y decía, mirando hacia el techo con aire inocente:

— Nada... Es que estoy triste...

Estas salidas suyas hacían reir a todo el mundo, pero él permanecía serio, impasible, o bien se mostraba asombrado del efecto de sus palabras.

Volviendo a nuestra historia diré que por entonces Juan y yo hubiéramos deseado ser un Sherlock Holmes o un Raffles; mas como esto era un poco difícil, coincidíamos ambos en que la carrera de las armas era la única que nos convenía.

En cierta ocasión, «Cacha» declaró delante de sus padres su nueva vocación. Pero acertó a hacerlo con tal calor que ese día, para castigarle, dejáronle sin comer. Como es natural, este ayuno forzoso resintió fundamentalmente el organismo de Juan. En cambio su fe creció más, si cabe.

En realidad no se comprende de ninguna manera que haya algún criterio serio en eso de responsabilizar al estómago por los ideales u opiniones que se puedan tener. Habiéndose hecho este mismo razonamiento, Juan se presentó en mi casa muy indig-

nado, me contó lo ocurrido con voz trémula, y asaltamos a continuación la despensa de casa.

Mientras «Cacha» comía, íbamos cambiando ideas y retocando proyectos. Formaba parte de la reunión, en calidad de persona de confianza y consejo, un criado de mi casa, a quien yo destinaba para asistente mío a mérito de sus terribles antecedentes. Todo el mundo lo conocía en la ciudad por el mote de «El negro Pepe», y él sólo había sacrificado más gallinas del vecindario que todos los zorros juntos, por lo cual muchas viejas del barrio hubiéranse disputado el honor de amortajarle.

Cuando nos separamos, «Cachalote» tenía un gesto de resolución que no dejó de extrañarme, a pesar de lo cual nada le pregunté.

En la tarde de ese mismo día me reuní con él y otros amigos nuestros en el gallinero del cinematógrafo. El cinematógrafo nos atraía irresistiblemente con el doble incentivo de las cintas policiales y de las flechitas de papel que arrojábamos a la gente seria de platea, amén de otras travesuras. Como es lógico, íbamos siempre a gradas y, como no es menos lógico, la mayor parte de las veces nos evitábamos la molestia de pagar la entrada. Lo contrario no era honroso en émulos de Rocambole.

Al comenzar el espectáculo la gente menuda se sosegaba, parecía reconcentrarse, y, con los ojos ávidamente abiertos, seguía paso a paso el desarrollo del asunto. A veces había en la barra un gesto unánime de aflicción, de rabia impotente muchas veces, y otras de desencanto; y al fin, cuando el detective (si el detective era el héroe del drama) vencía a sus enemigos, o cuando el malhechor (si éste era Raffles o Rocambole) derrotaba a los policías, todos aplaudíamos y gritábamos y nos sentíamos detectives o ladrones según el caso.

Nuestro entusiasmo por estas cosas nos llevaba a hurtarnos los pañuelos unos a otros, a organizarnos en bandas, armados de rudimentarios «casse-têtes» y pistolitas, y a desear ardientemente una pipa... ¡una pipa!

Recuerdo a propósito de esto que Juan tenía verdadero delirio por un monóculo y que se aburría a más no poder de su nombre, con el cual parecíale evidente que nadie podía llegar a descollar jamás en las difíciles artes detectivísticas.

— ¿Has visto tú algún detective que se llame Juan... Juan Rodríguez, por ejemplo? — me preguntaba.

La verdad es que yo pensaba de la misma manera. Además, dicho sea con mucho respeto de mi amigo, debo confesar que alguna vez me hizo sonreir la idea de que Juan pudiera llegar a polizonte, siendo tan gordo como era y tan alegre.

Por otra parte, yo era el orgulloso propietario de una tarjetita policial con un ojo terrible y con una no menos terrible leyenda que decía en gruesos caracteres negros: «Te conozco». Pero bien a pesar de la susodicha inscripción alguien me robó un peso, una pistola y, ¡ay!, hasta la famosa tarjetita policial. Fué ese un suceso vergonzoso, que significaba nada menos que mi desprestigio aun ante mis propios ojos. Sin embargo no me desanimé, y me impuse el deber de recuperar esos objetos. Al cabo de una semana no había pasado todavía del período de las sospechas, pero tenía en mi poder dos pesos que no eran míos, una pistola que no me pertenecía y un enorme cortaplumas que me consoló de la pérdida de mi credencial. Como se ve, empecé obrando como un detective y terminé como un ladrón.

Decía, pues, que esa tarde encontré a Juan, como de costumbre, en el gallinero del cinematógrafo. Al punto comprendí que estaba preocupado, aunque hablaba abundantemente y se reía. No me había equivocado. En un aparte me habló con misteriosas reticencias, mirando en torno con desconfianza, me dijo que se trataba de una cosa seria y, antes de nada, me pidió reserva.

Por último se descubrió:

— Me voy... — dijo con voz insegura. — Me voy a Buenos Aires. Mañana mismo rompo mi alcancía y tomo el rápido. Eres el único ¿sabes...?; no se lo he contado a nadie más, a nadie...

Al pronto, oyéndole hablar así, me sobresalté, y no sabiendo qué decir repetía confuso:

— Entonces... ¿te vas... te vas?

— Sí. ¿Te crees que me importa mi padre? ¡Bah...! ¡Ya verás!

Pensándolo mejor, hallé excelente la idea de Juan. Le felicité con calor. Hasta sentía envidia de él. Antes de separarnos le renové la promesa de guardarle el secreto, lo cual hice jurando al modo «apache», con un beso dado en los pulgares haciendo cruz; y corrí a casa deseoso de cambiar impresiones con Pepe.

Y así fué que, olvidando mis juramentos recientes, se lo referí todo al negro en el calor de mi entusiasmo, y cuando reparé en mi falta la cosa estaba hecha. A decir verdad, dada mi gran confianza en el negro, no me afligí poco ni mucho. Con todo, le hice jurar el secreto más absoluto, y esa noche me dormí todavía indignado contra los padres de Juan y también un poco triste por la partida de éste. Al fin y al cabo perdía al más íntimo de mis amigos.

Al día siguiente, en lugar de ir al cinematógrafo, ambos pasamos el tiempo combinando proyectos para después e imaginándonos cómo le sentaría a Juan el traje de cadete que habría de vestir una vez en Buenos Aires. De postre nos dimos un abrazo, y tal era nuestra emoción que no podíamos articular palabra. Ambos teníamos unas malditas ganas de llorar, pero logramos salvar el honor a fuerza de silencio... Por espacio de un buen rato quedé clavado en mi sitio, mirando alejarse a Juan a través de un velo de lágrimas, y saludándole con la mano. Cuando le perdí de vista me metí apresuradamente en casa y lloré en silencio... Me sentía solo y comprendí, de improviso, que Juan significaba para mí casi todo el mundo...

Como el tren salía a la una de la mañana no me fué posible acudir a la estación a darle el último abrazo. Muy tarde debía ser cuando llegué a conciliar el sueño... Soñé con Juan vestido de cadete, con una terrible cicatriz en la mejilla. Esta cicatriz provenía de una herida que, según mi sueño, «Cacha» había recibido en Africa peleando contra los moros del Riff. He aquí hasta qué punto mi imaginación estaba africanizada por las novelas de Salgari.

Mas ¡cuál no fué mi sorpresa al despertar y ver a Juan cerca de mi cama!... Me quedé mirándole boquiabierto, como a un aparecido, sin atinar a pedirle explicaciones. Empero, no tuve más remedio que creer: se trataba de Juan, de Juan en persona, aunque no vestía uniforme militar ni tenía la feroz cicatriz en la mejilla. En cambio estaba desencajado y tenía los ojos enrojecidos como de haber llorado.

— ¿Y...? — alcancé a preguntarle, en medio de mi asombro.

El hizo un ademán vago; luego comenzó a hablar con acento triste, lleno de resignación:

— ¡Calla! He sido un animal... ¿sabes?... un animal.

— Bueno, pero ¿qué hay? ¿qué te ha pasado?

— He sido un animal.

— Ya lo sé.

— En casa estaban enterados de todo... ¿sabes?

Juan me miraba fijamente. Yo desvié la mirada

y no pude evitar un estremecimiento al pensar que, acaso, Juan estuviera acusándome. ¿Y si Pepe hubiese divulgado el secreto? Pero no hablé e hice bien.

— Ya sé quién es — declaró «Cacha».

Yo tosí ligeramente.

— Es Manuel.

— ¿Manuel? — pregunté, respirando libremente.

— Sí, el cochero de casa.

Me lo imaginé todo.

— Ciertamente, eres un animal, «Cacha» — dije a mi vez — ¿Qué te decía yo? Y todo por no callarte... Ahí tienes el resultado. Tenía que ser, tenía que ser...

Mientras decía esto movía la cabeza como delante de un caso perdido, de suerte que el pobre «Cachalote», avergonzado, juró cinco minutos seguidos en todos los tonos y me refirió el resto del acontecimiento.

— ¿Y Manuel? ¿Qué te ha dicho? ¿Le has visto?

— Es un imbécil. Dice que no sabe nada. Tampoco quiere devolverme los cinco pesos que le dí de despedida.

— Pero ¿quiénes sabían la cosa?

Juan se rascó la cabeza malhumorado.

— ¡Qué sé yo!

— ¿Y tu *plata*?

— ¡Qué *plata*, hombre! Me la quitaron... ¡Ah!... — exclamó después de una pausa y como acordándose de algo muy importante — tú debes andarte con cuidado.

— ¿Eh?

— Sí, sí... Precisamente he venido a avisarte. En casa creen que íbamos a fugarnos juntos.

— ¿Cómo?

— Así que: ¡ya sabes!

Sabía demasiado. La sola idea de que esto tendría forzosamente que conocerse en casa me producía escalofríos y me hacía mover las orejas.

— ¿Quién lo ha dicho? — pregunté, cerrando los puños de rabia.

— ¿Quién ha de ser? Manuel...

Dicho esto, Juan se puso en pie y se despidió.

Quedé solo con mis lúgubres presentimientos y, durante todo este tiempo, odié mortalmente a «Cachalote».

Lo que yo temía que sucediera sucedió, y fué en presencia de ambos culpables. La madre de Juan contó lo ocurrido en casa y dijo todo, toda la verdad. Durante la acusación «Cacha» y yo, pálidos y cabizbajos, no nos mirábamos siquiera. La buena señora declaró que Pepe, de muy buena voluntad, fué a enterarla de la escapatoria. Se llamó al negro, quien confesó de plano que él lo sabía por habérselo contado yo.

En este momento yo moría de vergüenza y me imaginaba los ojos acusadores de Juan. Por otra parte, deseaba ardientemente la muerte del negro Pepe.

Pero aun no había terminado todo. Faltaba acaso lo peor.

— Y ahora este canalla — dijo la madre de Juan, señalándole — nos ha dicho toda la verdad. Pensaba fugarse con tu hijo, mujer. ¿Te imaginas?

El corazón me dió un vuelco. «Cacha» me había traicionado, y le miré. El tenía los ojos bajos.

Cuando terminó el careo y se hubieron retirado la madre de mi amigo y éste, la mía no quiso creer en mi inocencia y esa tarde me dolieron las piernas.

Este acontecimiento tuvo larga resonancia en el gallinero del cinematógrafo y en la escuela, y fué comentado en diversas formas. Juan y yo tuvimos una semana entera de ruidosa popularidad. Desde ese día, también, fuimos más amigos.

J O R G E   F A R Í A S   G Ó M E Z



— ¿No te gusta mi sombrero, abuelita?
— Puede que esté de moda... Pero te hace demasiado muniana...



De Avellaneda



Equipo del Club Independiente que, después de un reñido match, logró vencer a su clásico adversario Rácing.



Los "backs" del Rácing deteniendo un peligroso avance de los rojos.

Equipo del Rácing, que desarrolló un brillante juego poniendo en constante peligro el arco contrario.


GALLETITAS BAGLEY
En su selecta variedad, constituyen el bocado predilecto de grandes y chicos.
Exquisitas para tomar con el te.
"LA UNION"
GALLETITAS
FAMILIA
FAMILIA
GALLETITA FINA

De Lanús



Grupo de señoritas que integran el personal docente de la Escuela Profesional de Mujeres, cuyo primer aniversario fué celebrado recientemente.



Las señoras Carmen L. de Bandón, Cándida Santa María de Maturana, señorita Margarita Z. Cabrera, doctor Manuel Enrique Varela y señor Reynaldo Cruz, que contribuyeron al brillante éxito de la fiesta.



Parte del numeroso y selecto público que asistió al festival artístico con que se conmemoró el primer aniversario de esa benemérita institución.


MIENTEN
LOS QUE LE DICEN, AL OFRECERLE UN GRAFOFONO CUALQUIERA: ESTE APARATO ES IGUAL A LA "CONCERTOLA".
La Concertola
TOCA TODA CLASE DE DISCOS
es un aparato único es su género, pues se han reunido en él todos los elementos de perfección conocidos, y mediante una bien estudiada construcción se ha conseguido ofrececer a un precio módico lo más perfecto que existe en instrumentos reproductores de la voz y sonidos.
TOCANDO CON PUA
TOCANDO SIN PUA
Concertola
Concertola
NUESTRAS
OFERTAS
EXCEPCIONALES
Discos





Resignación

por

Luis Cané

Yo seré un grave notario
de una ciudad polvorienta;
pasaré como una lenta
murmuración de rosario.

Abatido, triste y solo
en la obscura notaría
adquiriré una fría
reserva de protocolo.

Al fin de cada escritura
me entregaré a bostezar;
sólo así podré llorar
en silencio, mi amargura.

Cuando lea en algún diario
los progresos de la ciencia
palpitará con violencia
mi corazón de notario.

Discutiré con pasión
los temas de actualidad
como si a la humanidad
le importara mi opinión.

Algún recuerdo de amor
acaso alegre mi otoño
ciñendo un gracioso moño
a mi trenza de dolor.

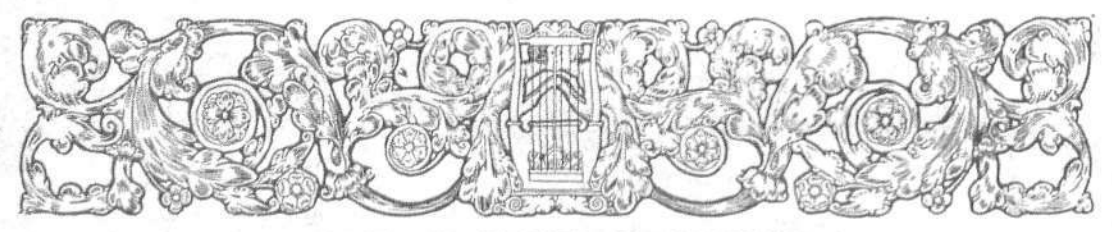
En mi redondez burguesa
nadie logrará advertir
que, joven, llegué a sentir
la emoción de la belleza.

Y un día me acabaré,
humilde fin de las cosas;
será en el mes de las rosas
una tarde rosa te.

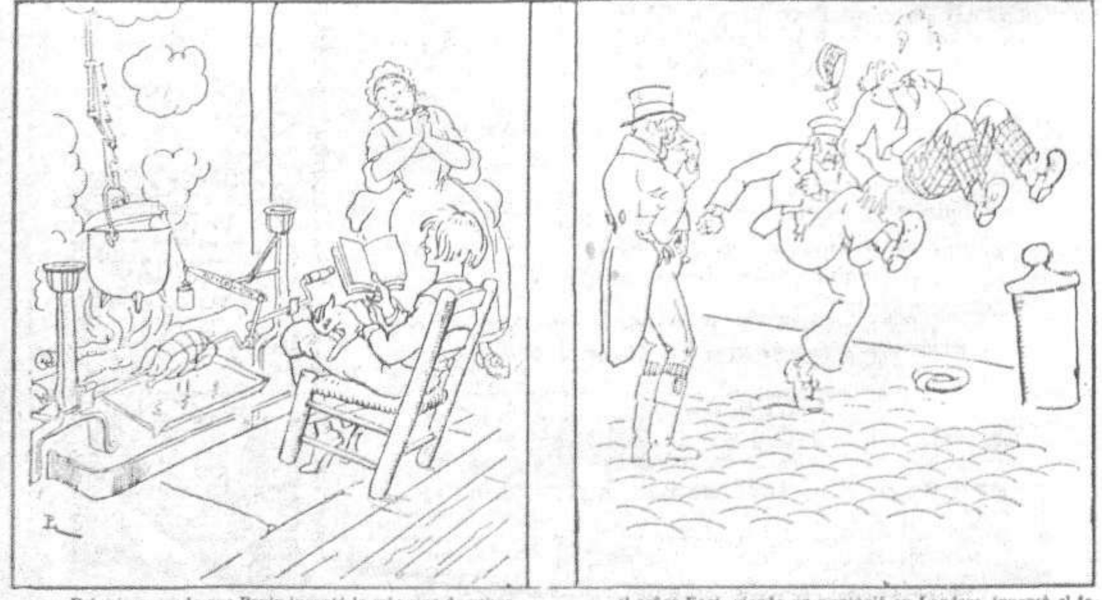
El crepúsculo caerá
sobre la ciudad tranquila
y la noche en su pupila
una lágrima tendrá.

Redoblarán las campanas
parroquiales lentamente
y llorarán dulcemente
las estrellas, mis hermanas.

Y como en los pueblos hay
gente en la amistad sincera,
no faltará cuando muera
alguien que gima: — Caray...



COMO SE INVENTO EL FOOTBALL



Del mismo modo que Papin inventó la máquina de vapor... ... el señor Foot, viendo un puntapié en Londres, inventó el famoso juego.

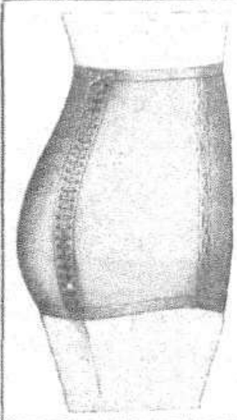


La felicidad
de la vida está en la salud.
Tome todos los días una taza del aromático
TE JOSSELIN
que rejuvenece y restituye la belleza y el bienestar.
Es el mejor remedio casero contra el estreñimiento habitual, neuralgias, alteraciones de la sangre y otras enfermedades del estómago.
Formado por una infusión de yerbas aromáticas, cuya dosis puede graduarse de acuerdo a la edad del enfermo.
EN VENTA:
DROGUERIA DE LA ESTRELLA Ltda.
DEFENSA 215, sus secciones y toda farmacia.
SERRANO.
TE PURGATIVO
JOSSELIN
DROGUERIA DE LA ESTRELLA
BUENOS AIRES



Comisiones directiva y de festejos del Club Atlético Tigre que organizaron una hermosa velada teatral, conmemorando el aniversario de la fundación de dicha entidad.

Comisión directiva de la Biblioteca Popular "Bernardino Rivadavia", a cuyo cargo estuvo la organización de una velada cinematográfica a beneficio de la misma institución.





Autoridades municipales y destacados vecinos de esta localidad encabezando la columna cívica que asistió a la misa oficiada en el templo parroquial en memoria de la patricia argentina doña Remedios Escalada de San Martín.

DEL MAS ALLÁ

CASOS DE DESDOBLAMIENTO

El señor Paúl Menetché se ocupaba en fabricar bombas de estruendo para los fuegos artificiales, en compañía de un oficial amigo, en el cuarto de un hotel en Varsovia. A la hora de cenar bajó al comedor, dejando a su amigo encargado de terminar la obra. Cuando bajó a su vez el oficial le preguntó Menetché:

—¿Ha guardado usted los cartuchos en el cajón de mi mesa?

—No repuso el oficial; —les he dejado sobre la ventana.

—Es un poco imprudente —dijo Paúl, y no se volvió a hablar más del asunto.

A media noche volvió a su cuarto, se acostó y durmió en seguida.

De pronto fué despertado por el ruido de una puerta al abrirse. Era la del corredor que conducía a su dormitorio. Inquieto, Menetché se sentó en la cama y esperó.

La puerta de su cuarto, que había cerrado con llave, se abrió también y oyó que alguien entraba muy despacio, pasando junto a su cama y deteniéndose al lado de la ventana. Oyó remover los cartuchos y luego que abrían y cerraban el cajón de la mesa.

Después el visitante nocturno desapareció y sus pasos se perdieron en el corredor y la escalera.

Menetché saltó de la cama y encendió la luz. Los cartuchos estaban en el cajón de la mesa, en perfecto orden.

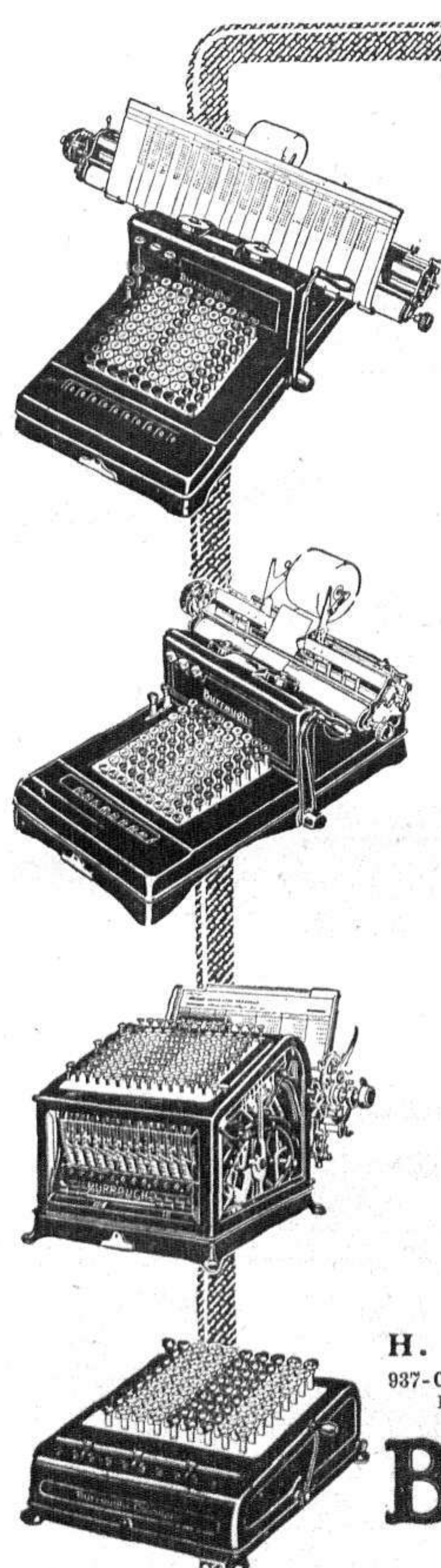
—Sin duda ha venido Pilzer (el oficial) y los ha guardado no queriendo despertarme.

Miró el reloj. Eran las dos de la mañana.

Al día siguiente el criado del hotel le anunció que a aquella misma hora había fallecido Pilzer en el restaurant. Estaba jugando con sus amigos al whist y dijo:

—Espéreme un momento —como si tuviera que ir a alguna parte. Y pocos segundos después caía muerto repentinamente.

El tiempo fugaz en nuestros placeres, parece que se detiene en nuestros pesares.



Entre Cien Modelos Distintos Encontrará Usted la Suya

Hay mas de cien clases distintas de Máquinas Burroughs. Entre ellas hay un modelo para cada clase de negocio, grande o pequeño.

Todos los diversos modelos de Máquinas Burroughs suman, multiplican, restan y dividen cantidades.

Algunas son muy apropiadas para sumar, imprimiendo las cantidades y el total con un tipo claro y legible. Otras están construidas especialmente para hacer toda clase de cálculos rápidos.

Hay otro grupo diseñado para contabilidad. Estas hacen los asientos de débitos y créditos al Mayor, y computan e imprimen automáticamente los saldos; hacen estados y otros trabajos de contabilidad.

Con la ayuda de las Máquinas Burroughs todo hombre de negocios está al tanto de sus costos, ventas, ganancias, y démas detalles de su negocio.

Todas ellas son exactas, rápidas y durables; y cualquiera que sepa leer números puede manejarlas.

Todas están garantizadas por la Compañía Burroughs—que cuenta con un capital de $16,500,000—la manufacturera de máquinas de sumar, de calcular y de contabilidad mas grande del mundo.

Burroughs Adding Machine Company
Detroit, Michigan, E. U. A.

Agentes Exclusivos de las Máquinas Burroughs en la República Argentina:

H. E. Watkins & Co. Ltd.

937-Córdoba-937	773-Tucumán-789	1540-Zabala-1540
Rosario	Buenos Aires	Montevideo

LAS MAQUINAS DE CONTABILIDAD IMPIDEN ERRORES COSTOSOS-ECONOMIZAN TIEMPO VALIOSO

MAS DE 100 MODELOS

Burroughs



«La vida es una leyenda maravillosa, que los novelistas tratan de imitar...» (1). Su trama admirable, el encadenamiento de los hechos, permanecen siempre ocultos para los profanos que vamos camino adelante, tristes, gozosos o confiados... Pero rara vez, muy rara, se nos antoja hundir la mirada a través de acontecimientos inexplicables para nuestro limitado horizonte: la corriente poderosa, irresistible, nos arrastra, nos impulsa... ¡Si nos fuera dado detenernos de cuando en cuando, para contemplarla!

«Porque la vida *explica* la vida, y nos la explicaría siempre si quisiéramos pensar, si pudiéramos comprender que el torbellino de las pasiones proporciona a la existencia humana su amplia cosecha de dolores, cosecha que sin duda le es imprescindible para nuestro propio progreso...» (2).

Convengamos, lectoras amigas, que no estamos capacitadas aún para observar y comprender, para observar con la mente y el corazón plenos de indulgencia por la ajena debilidad... El comentario de actualidad nos apasiona, nos exalta, hasta nos erige en jueces inexorables, y en el afán de cambiar impresiones, analizando inconscientemente sentimientos que nos son extraños, no llegamos a percibir el resplandor verdadero, el que podría guiarnos y hacernos entrever el eje misterioso de muchos de esos hechos, nimios al parecer, pero que encierran tantas veces «volúmenes enteros del dolor humano...»

Hemos mencionado la frase ineludible: *el comentario de actualidad*... Imposible me sería, a fuer de cronista fiel, no reflejar en esta página mía el tema de conversación que domina hoy en todos los círculos... ¿De dónde ha podido surgir? ¿Con qué base? *Chi lo sa!*... ¡La inventiva mundana no conoce ya límites! Y digo la inventiva mundana porque en los días que corren hemos podido escuchar tantas noticias sensacionales, hemos oído enunciar versiones trágicas, tan inverosímiles en derredor de acontecimientos demasiado sensibles en sí, y a los que se añadía, sin embargo, nueva sombra, con visos de melodrama... Y se entregaron así, a la crónica inconsciente, nombres respetables, figuras destacadas de la vieja aristocracia porteña...

En verdad, el comentario maligno se ha superado esta vez a sí mismo; sobre todo al mencionar el tema predilecto del día que, como una ráfaga de helado cierzo, pretende apagar la luz que palpita en muchos corazones agradecidos, y empañar bajo una bruma gris una vida que se ha extinguido ya.

— En general, la gente no lo cree... — se dice a cada instante; y para que la gente *¡¡no lo crea!!*.. Sin embargo el sordo rumor vibra y se eleva, hasta asegurar que acaba de derrumbarse como frágil castillo de naipes la esperanza de recibir y dividir en determinado núcleo una herencia realmente fabulosa...

Pero crean ustedes, amigas lectoras, que lo que me atrae involuntariamente, cuando se trata de este asunto, lo que llegaría a sugestionar mi espíritu en el afán de descifrar tan obscuro enigma, no es, ¡Dios lo sabe!, el sabor especialísimo de ese comentario de palpitante actualidad... Se impondría para mí, sobre todas las consideraciones sociales, sobre todos los prejuicios, el misterio doloroso de un corazón de mujer que creíamos tan fuerte, y que, según se asegura, vivió sellado siempre, esperando, para ser sincero, la hora de la liberación suprema...

En verdad, la vida es una leyenda maravillosa que los novelistas tratan de imitar; si por medio de alguno de esos inventos de la época nuestra, tan pródiga en realizar milagros de magia, llegáramos a registrar en una placa ultrasensible la irradiación del pensamiento, los sentimientos más íntimos del corazón, éstos se transmitirían en un arpegio de sublime armonía, de sonoridad trágica, como la expresión suprema de todas nuestras emociones.

A veces, y sin poseer aún la placa ultrasensible, logramos sorprender por la sugestión de una sonrisa, por la expresión de una mirada, todo un mundo sentimental; la vida no quiere perder sus derechos y se renueva sin cesar... Toda oportunidad es propicia cuando el destino resuelve acercar en su trama maravillosa dos existencias que se creían tan lejos la una de la otra... Los viajes de moda reunen a los que buscan nuevas impresiones; y cuando se conoce de cerca a la interesante y hermosa figura femenina, cuya personalidad se ha destacado al frente de una institución de previsión social que acaba de exteriorizar una vez más sus beneficios para hacer su llamado anual a la sociedad argentina... Cuando se puede valorar con el trato diario toda la bondad y la cultura de ese espíritu tan joven a pesar de la austera existencia que se ha impuesto, no es pues de extrañar que cierto *clubman* recalcitrante olvide el propósito de conservar celosamente su libertad...

La dama duende.

Buenos Aires, agosto 7 de 1923.

---

(1) y (2) PIERRE DE COULEVAIN: *Le roman merveilleux*.

CORRESPONDENCIAS

Yo la soñé toda blanca,
De una blancura suprema,
Como el jazmín, como el nardo
O la rosa o la azucena;

Y fué toda blanca; blanca
Como virginal estrella,
Blanca como el plenilunio
Blanco de la primavera.

Yo la soñé toda blanca
Como el lirio y la diamela,
Y la encontré blanca, con
Aroma de madreselva.

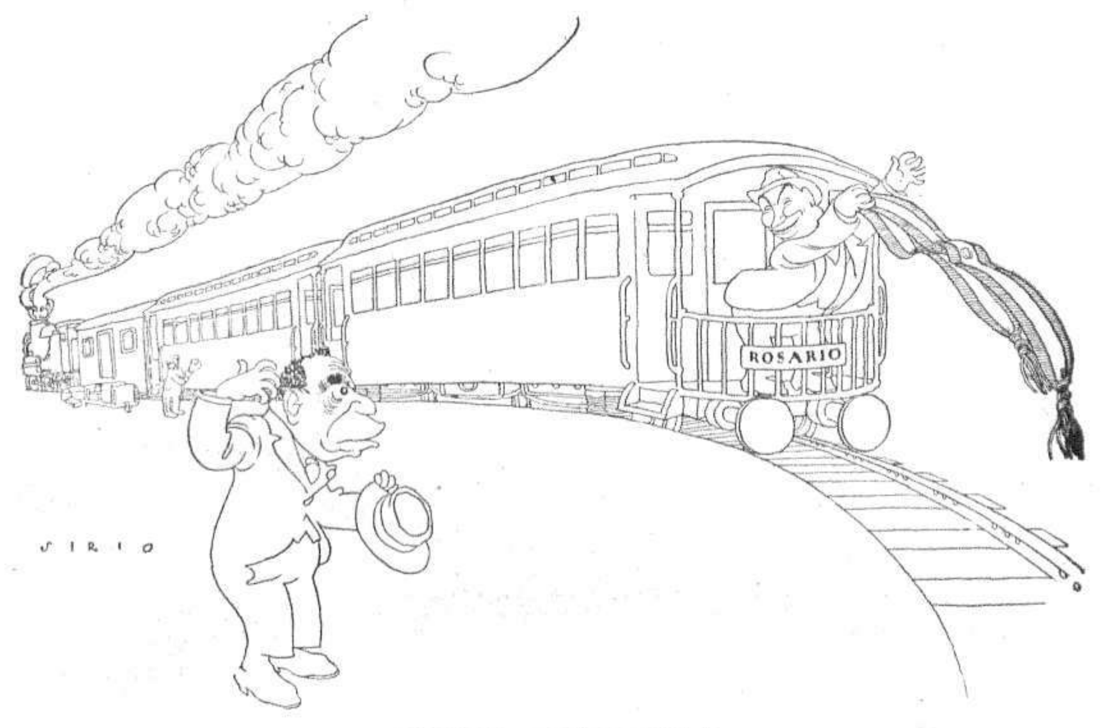
Yo la soñé toda rubia
Como el sol, y toda fresca
Como el agua de la fuente
O el rocío entre la hierba;

Y la hallé rubia, de oro;
Rubia de gentil belleza
Y con el frescor de plata
Que tiene la luna llena.

Yo la soñé toda cándida,
Toda espiritual y buena,
Y la encontré en mi camino
Como quien halla una estrella.

ELIAS CARPENA

DICHO Y HECHO, POR SIRIO



TRISTE DESPEDIDA

Elpidio. — ¡También se la lleva esta vez!

**EL QUE FUE SU SEÑORIA,
ES SU EXCELENCIA HOY EN DIA**

Esto no es propiedad del presidente.
Todo esto pertenece al intendente.

"Patio Andaluz", cuadro alegórico interpretado por un núcleo de distinguidas señoritas en la fiesta realizada a beneficio de la Biblioteca Infantil "La Niñez".


GUARDE ESTE CUPON, TIENE VALOR
Serie D
548765
La Perfumería Higiénica
Brissac
entregará gratis una caja de Polvo Grasoso Brissac a toda persona que en canje remita veinticinco de estos cupones m/s 20 cts. para flete
Unicos Concesionarios: L. AUBERT y Cía
J. Newbery, 3443-55
U. T. 2045, Belgrano
Bs. Aires
Este cupón es copia del que va dentro de la caja y no tiene ningún valor.
Belleza suprema y Distinción insuperable
son cualidades que conservará siempre en cualquier tiempo y en todas partes con el uso constante
del POLVO GRASOSO
Brissac.
Su perfume es exquisito y su preparación inmejorable.
L. AUBERT y Cía.
JORGE NEWBERY, 3443/65 — U. T. 2045, Belgrano
Representantes en Montevideo:
SASSOLI y ALONSO
Rondeau, 1440/42
POLVO GRASOSO BRISSAC
Poudre Grasse Brissac
BRISSAC
PARFUMERIE
$ 1.40 al caja



Descubrir los miles de matices que ofrece al paladar una copita de

Oporto DOM LUIZ

es un placer reservado a los conocedores.

Deténgase Vd. a saborear este sin igual vino generoso y cada día ha de gustarle más.

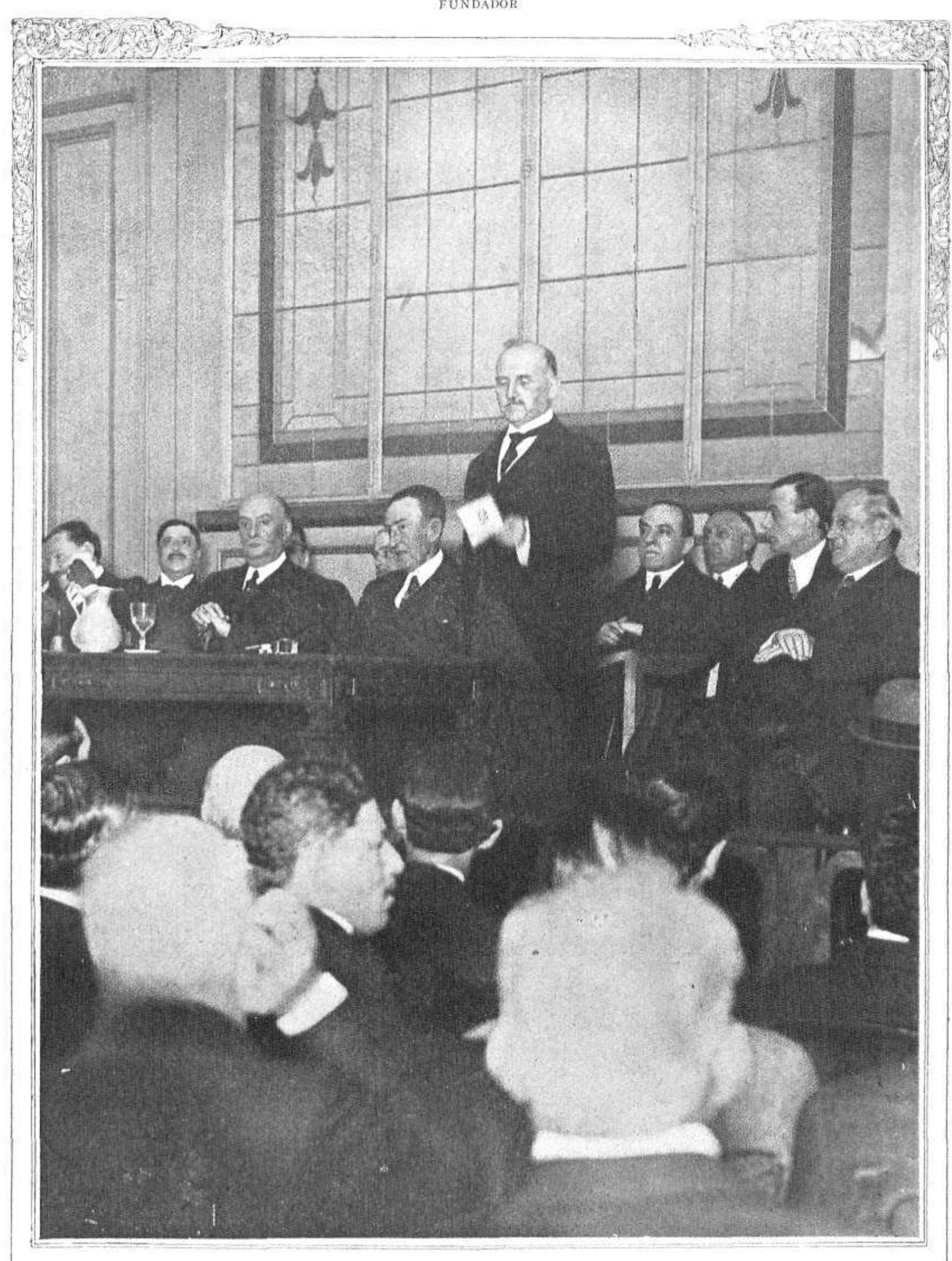
BUENOS AIRES, 18 DE AGOSTO DE 1923

AÑO XXVI

CARAS Y CARETAS

N.º 1298

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



SEGUNDA CONFERENCIA ECONOMICA NACIONAL

SU INAUGURACIÓN EN EL RECINTO DE LA BOLSA DE COMERCIO

El presidente de la Confederación de Comercio, señor Luis Zuberbühler, leyendo su discurso de saludo al doctor Alvear, al embajador de Chile y a los miembros del Poder Ejecutivo que asistieron a la importante asamblea. A este acto, de verdadera trascendencia para todos los organismos del país, concurrieron numerosas delegaciones del comercio nacional, significándose por los vitales asuntos planteados, cuya resolución reviste positivo interés para nuestra economía.

FOTO DE BELL.

Los grandes clásicos en LA NOTA SOCIAL

Con la reunión a la que sirvió de base la Gran Polla de Potrancas quedó inaugurada, puede decirse así, la tradicional cita que se dan nuestras elegantes en los jardines de la tribuna ofi-



La sensación de la importante carrera y la derrota de la favorita dejaron en el ambiente un algo de decepción que disminuyó los entusiasmos.



Mientras la distinguida concurrencia femenina permanece indiferente a la nota hípica, el elemento masculino sigue con atención el paso de los competidores.

Los hermosos jardines de la tribuna de socios, a los que les faltaba la bella nota de color que ponen las gentiles figuras femeninas, tuvieron en la primera

el Hipódromo Argentino

EN LA "PELOUSE"

cial. La magnífica temperatura coadyuvó al éxito de la fiesta, presentando el aristocrático y a la vez popular hipódromo de Palermo el aspecto de sus más brillantes acontecimientos deportivos.



Un interesante terceto de elegantes para las cuales el estudio del programa constituye todo un problema a juzgar por la atención que le dedican.



La emoción de la llegada. Un conocido grupo que con toda seguridad jugó a la ganadora. Las sonrisas lo proclaman.

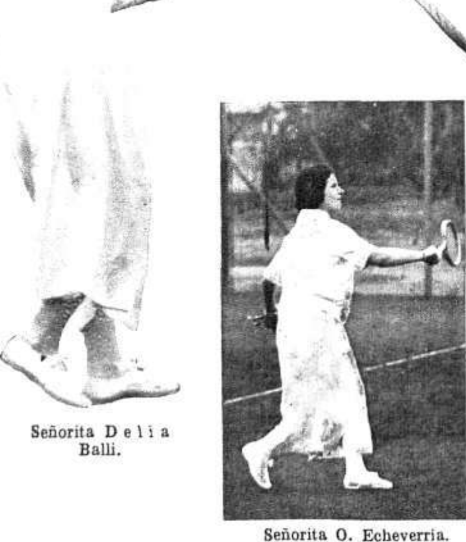
de las grandes reuniones, con la presencia de [illegible]as, un apacible y bello anuncio de la primavera que llega, aunque faltaron los albos tocados que son su característica.

FOTO. DE VARGAS.

En el Tennis Club Argentino

TORNEO PARA DAMAS Y CABALLEROS

Tanto por la numerosa y escogida concurrencia como por el entusiasmo de los jugadores, el día inaugural del torneo en el prestigioso club constituyó un hermoso y lucido espectáculo deportivo, al que contribuyó no poco la primaveral y despejada temperatura reinante.



Señorita Delia Balli.



Señorita O. Echeverria.



Señora de Kier y señorita Mercedes Cabrera Williams.



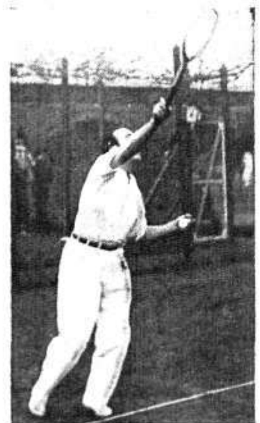
Señorita Mercedes Cabrera.



Señorita Cantón ejerciendo de juez en uno de los partidos eliminatorios.



Señor Bryans.

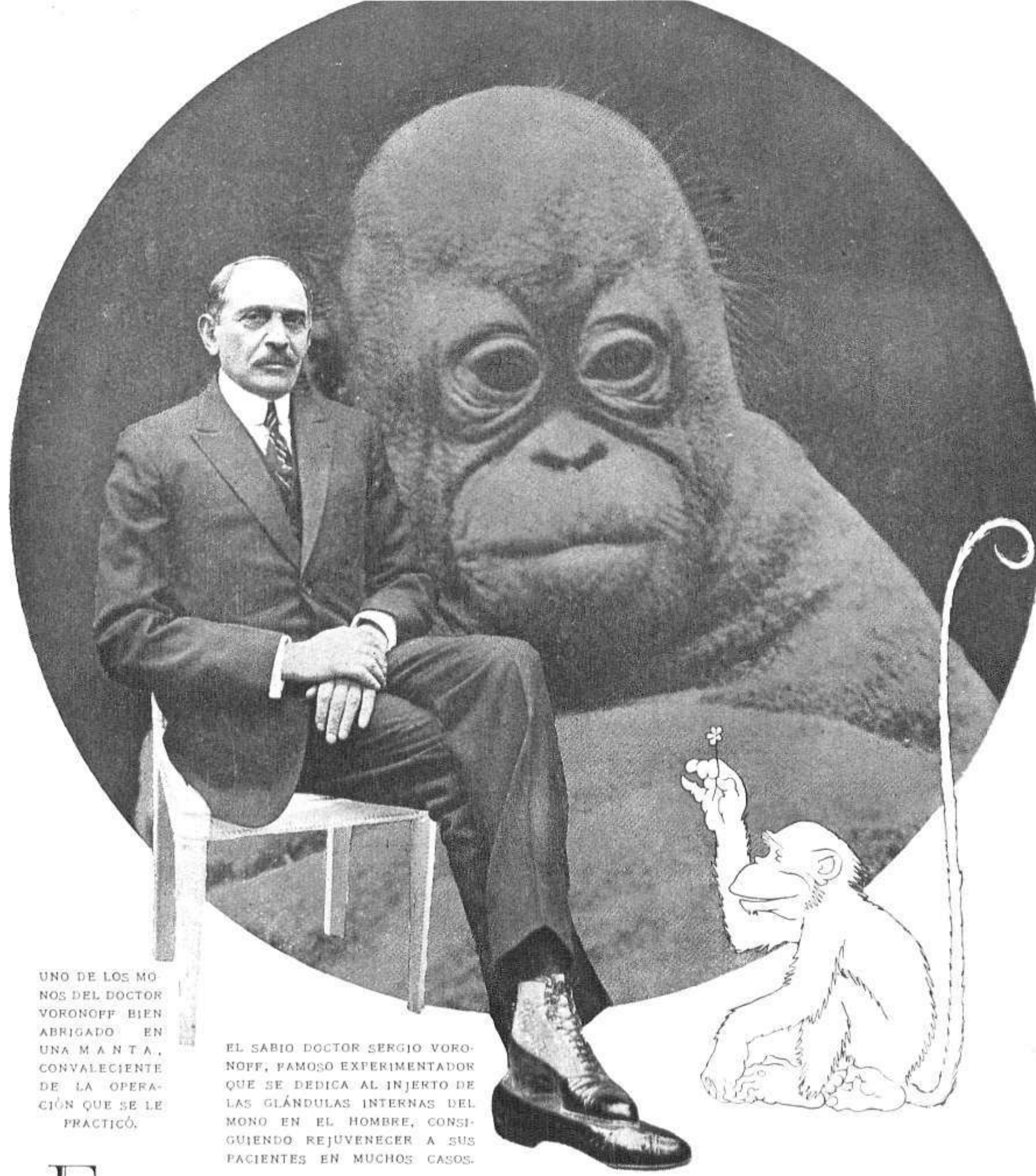


Sr. A. Caimi Garmendia.



Señora de Contreras Ortiz.

FOTOS DE BELL.



UNO DE LOS MONOS DEL DOCTOR VORONOFF BIEN ABRIGADO EN UNA MANTA, CONVALECIENTE DE LA OPERACIÓN QUE SE LE PRACTICÓ.

EL SABIO DOCTOR SERGIO VORONOFF, FAMOSO EXPERIMENTADOR QUE SE DEDICA AL INJERTO DE LAS GLÁNDULAS INTERNAS DEL MONO EN EL HOMBRE, CONSIGUIENDO REJUVENECER A SUS PACIENTES EN MUCHOS CASOS.

El hombre vuelve a empezar en el mono...

MIENTRAS EL DOCTOR VORONOFF OPERA....

CARAS Y CARETAS ofrece a sus lectores, como primicia interesantísima, una amplia nota gráfica y literaria de los trabajos científicos del doctor Voronoff.

El doctor Fernando Alvarez, nuestro Director, y el vizconde de Lascano Tegui, corresponsal de la revista en París, asistieron a una de sus delicadas operaciones merced a la deferente cortesía que tuvo para con ellos, con carácter exclusivo, el ilustre sabio.

ESTÁ el doctor Voronoff? — preguntamos al portero que nos mira preocupado y que, como si no hubiera oído, repite:

— ¿El doctor Voronoff?

En su manera de decir siento la necesidad de hacer un distingo. Sus ojos me han examinado, me han escrutado, diciéndose tal vez: — ¿Será acaso un enfermo más, un viejo prematuro?

— No. Deseamos hablar al profesor Voronoff.

El portero hace un gesto. Es una sonrisa de cuadrumano superior, y nos lleva a través de un jardín hacia el laboratorio donde ensaya el injerto humano el doctor Sergio Voronoff.

Entramos en un gran salón. Hay esqueletos, radiografías y frascos con fenol. Es la sala de espera de la eternidad. Lo que allí se ve son «casos», ejemplos de los experimentos sucesivos del sabio que fué tocando una tras otra todas las glándulas del organismo para excitar en ellas las secreciones y observar sus efectos. En una de las puertas que dan al salón se lee: «Sala de operaciones», y en la de enfrente, así como se pudiera escribir «enfermería» o «lencería», se lee: «Monería N.º 1». Es el local de los monos. Es el capital de salud y de esperanza de todos los que entran por la puerta de enfrente. A una temperatura artificial que recuerda los buenos momen-

LOS DOCTORES VORONOFF, LARROSA Y ALVAREZ, ALREDEDOR DE LA MESA DE OPERACIONES DURANTE UNO DE LOS NOTABLES ENSAYOS QUIRÚRGICOS, BASE DEL REJUVENECIMIENTO HUMANO.



UN VIEJO CARNERO DE 14 AÑOS EL DÍA DEL INJERTO.



EL MISMO ANIMAL 4 AÑOS DESPUÉS EN PLENA LOZANÍA FÍSICA Y LANAR.

tes de la siesta africana, los monos, en jaulas espaciosas, esperan la hora del sacrificio.

El doctor Voronoff, que ha salido a recibirnos, es un hombre alto, elegante y familiar. Su voz es grave y pronuncia el francés — tengo entendido que es polaco — con un dejo extranjero. Una gran blusa blanca lo viste. Va a comenzar la operación de injerto a la que hemos sido invitados.

El doctor Voronoff recuerda su teoría y nos dice:

— Las glándulas de secreción interna son las que aseguran con sus productos la justa distribución de los alimentos, lo que el cuerpo tiene que almacenar y de lo que tiene que desprenderse. El funcionamiento armónico de estas glándulas mantiene la máquina humana en el obscuro problema de la nutrición íntima de sus células. Cuando estas glándulas segregan poco, o segregan mal, se interrumpe la armonía, y el riñón, el hígado, el cerebro y el páncreas siguen funcionando, pero sin la regularidad, que es la salud. Una de ellas, la glándula hipófisis, acentuaría su labor y el crecimiento humano sería desmedido. Hay conejos en los laboratorios alimentados con hipófisis que adquieren el volumen de un cordero. Si el páncreas no marcha equilibradamente, la diabetes se presenta. La vejez, la decadencia humana, no es otra cosa que consecuencia de la fatiga de una de esas glándulas. Y he aquí la dirección que han seguido mis estudios: reparar, injertar al ser humano, hombre o mujer, reemplazándole la glándula caduca, decadente, por una glándula joven, púber, del animal que por la composición de su sangre no se diferencia del hombre, y a quien la biología señala como nuestro antecesor: el mono.

Desde el laboratorio llegan los lamentos de una criatura. El doctor Voronoff parece insensible. Pasa un enfermero con un chivito en brazos.

— Algo le va a pasar a este pobre — dice el doctor Alvarez.

— Es cierto — responde Voronoff. — Va a servir de padre a una raza superior de chivos. Le hemos dado un mayor vigor injertándole una glándula más. Crecerá. Poseerá una mayor energía. Sus hijos serán mejores ya. A sus hijos le haremos la misma operación. Las características que hacen elogiable a su padre se afirmarán en ellos. Sus hijos, los nietos de este chivo, ya serán una raza más rica, más fuerte. En una palabra, el superhombre puede salir de un laboratorio, como saldrá esta raza de caprinos.

Y entramos, cubiertos por una blanca blusa de cirujano, en la sala de operaciones. Es la primera vez que un periodista, que es médico a la vez, el doctor Fernando Alvarez, director de CARAS Y CARETAS, asiste al injerto del mono en el hombre. Yo le acompaño como fotógrafo. Por eso tal vez las fotografías son tan malas. El niño que oíamos gritar

LOS DOCTORES ALVAREZ Y LARROSA Y NUESTRO CORRESPONSAL EN PARÍS, VIZCONDE DE LASCANO TEGUI, ACOMPAÑADOS POR EL DOCTOR VORONOFF EN SU VISITA A LOS ESTABLOS DONDE SE CUIDAN LOS MONOS PARA LOS EXPERIMENTOS.

hace un rato es el mono retenido sobre la mesa operatoria. Llora bajo la *sábana blanca que lo cubre. Aun no está anestesiado. En otra mesa operatoria* está el hombre. Es decir, un ex hombre. La operación dura una hora larga. El doctor Voronoff opera con un único ayudante. Nada tan fácil. Yo me siento capaz de repetir la operación. Los gritos del mono ponen un poco de tristeza en el espectador. El paciente calla, asombrado. Va a empezar a vivir de nuevo. El doctor Voronoff explica las suturas, el corte, las razones de técnica quirúrgica. Apenas hay sangre. Es una intervención en seco casi. Unos puntos, un poco de alcohol y el hombre y el mono cambian de ruta. El mono vuelve a la paz de su jaula, *desde hoy más que nunca en paz. Le han suprimido la ilusión y el deseo.* El hombre readquiere la esperanza. Marcha con pie firme.

— No tengo la presunción de devolver al mundo un Don Juan más — dícenos el doctor Voronoff mientras el operado se retira. — Se equivocan los que así reflexionan. El injerto de las glándulas del mono asegura la conservación de la vida, defendiéndola de los achaques de la vejez. Lo otro es secundario.

— ¿Cuántos casos ha operado, doctor?

— Entre animales y hombres, muchos; pero la síntesis de mis trabajos *la haré conocer en el Congreso de Roma, en octubre próximo.* Hasta entonces guardo silencio.

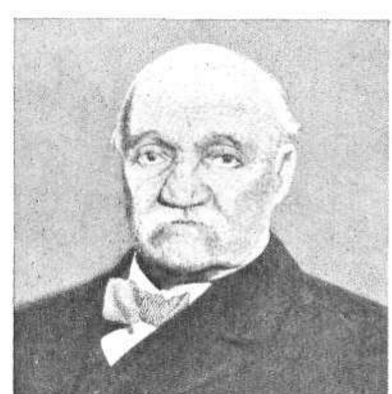
Y el doctor Voronoff nos lleva, para concluir nuestra visita, a los establos que tiene al lado de su laboratorio y donde cada animal, macho o hembra, vive con órganos que el doctor Voronoff le ha injertado, donde está un carnero que ha vivido como ningún otro carnero.

— Se le puede llamar centenario — dice el doctor Voronoff — Tiene 20 años y a los 13 ya tenía el tren trasero paralítico, faltábale lana, su aspecto era temeroso, de andar tambaleante, y su ojo triste y su *cabeza gacha. A los seis meses* del injerto ya tenía el aspecto y la fuerza de carnero en la mejor edad. Podía llenar todas sus funciones, y estos otros dos carneros son sus hijos. Cuando se lo compré al pastor que lo tenía, me aseguró — en 1917 — que hacía bien dos años que este carnero no podía servir de reproductor. El injerto lo ha hecho volver a vivir.

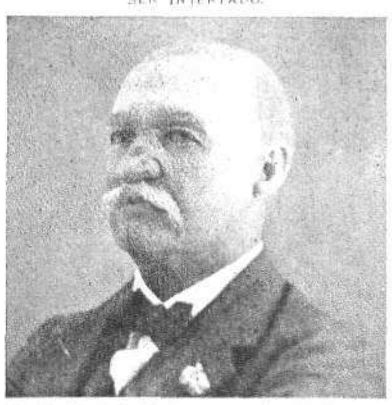
El hombre y el animal tienen, pues, como las plantas, la alternativa de mejorar. Llevar esta idea a la práctica, luchando con las doctrinas y prejuicios de la medicina cotidiana, ha sido y es la tarea del doctor Voronoff, a quién el año pasado se le negaba la entrada en la *Academia de Ciencias y es hoy llamado por* ella, dándole los honores que su inteligencia merece.

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI

París, Julio de 1923



FOTOGRAFÍA DEL SEÑOR E. L., DE 74 AÑOS DE EDAD, TOMADA A LAS POCAS HORAS DE SER INJERTADO.



EL MISMO CABALLERO A LOS 10 MESES DEL AFORTUNADO EXPERIMENTO.

Una escena de la preciosa comedia en tres actos "Primerose", de Flers y Caillavet.

Margarita Xirgu



La genial artista española Margarita Xirgu.

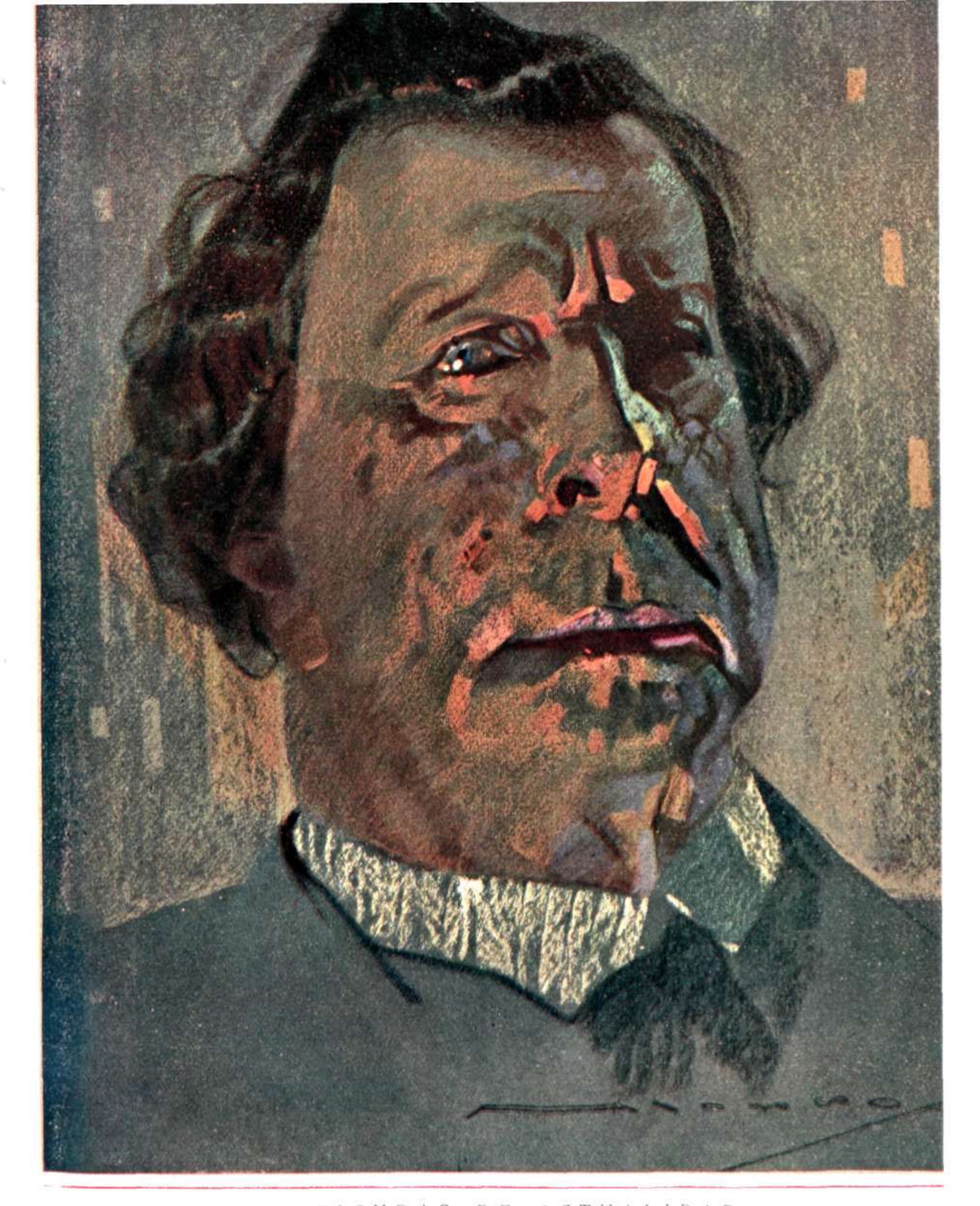
ENTRE las compañías dramáticas europeas de primer orden que nos visitan periódicamente, haciendo de Buenos Aires, durante la temporada de *invierno, un centro* artístico difícilmente superable, se encuentra la de la eminente actriz Margarita Xirgu. Su admirable temperamento y su sorprendente intuición para posesionarse de los personajes que encarna, dándoles la vida y la animación de seres reales, colocan a esta figura en el rango de las notabilidades que al presente interpretan el teatro clásico y contemporáneo de la madre patria, tan rico y vario.



María Millanes, característica.



Carmen Arrarte, dama joven.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

ERMETE ZACCONI, POR ALONSO

Un corazón genial, un cerebro apasionado: Zacconi. Su arte subyuga los espíritus exquisitos y las almas sencillas. Es el actor universal, el intérprete de las tragedias nórdicas y de las greco latinas. Shakespeare, Esquilo, Ibsen, D'Annunzio, la fatalidad ardiente y el «spleen» hondo de los septentrionales, toda la gama de la sabiduría escénica está en él: desde el drama más intenso a la ironía más sutil.

Zacconi ha vuelto otra vez. Toda la ciudad hállase sometida a la magia del maravilloso artista.

UN ELEGANTE MODELO QUE LOGRÓ LLAMAR LA ATENCIÓN DURANTE LA «GRAN SEMANA».

ATRACTIVA Y ADORNADA «TOILETTE» EXHIBIDA EN LAS CARRERAS DE AUTEUIL CON MUCHO ÉXITO.

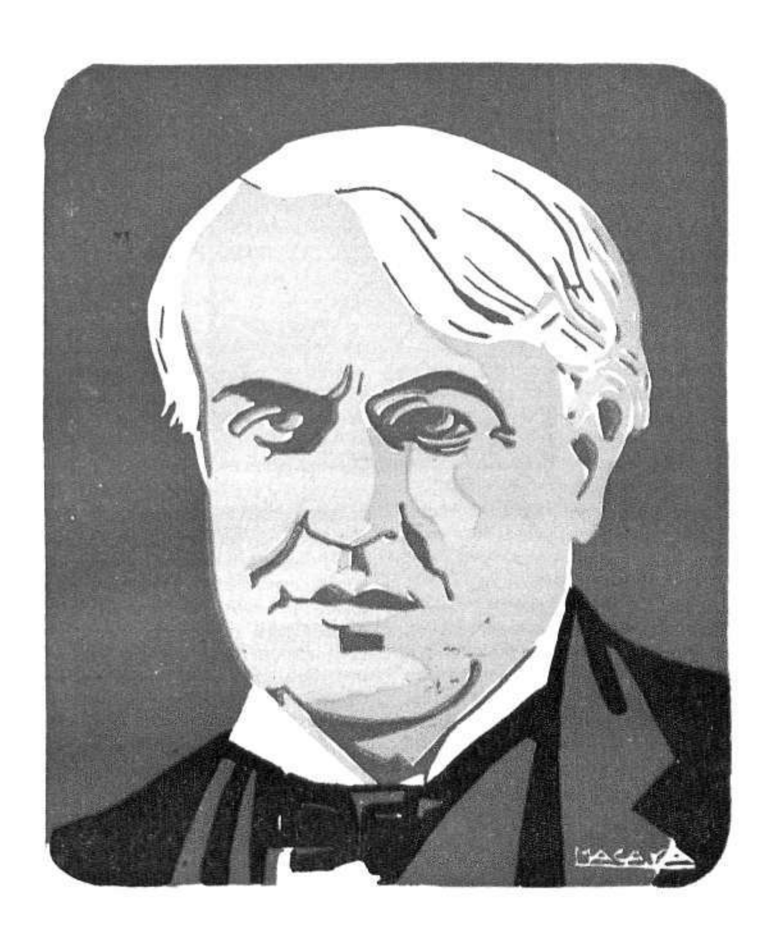


SENCILLO VESTIDO CON ORIGINALES SOLAPAS NEGRAS QUE TERMINAN EN LAZO AL COSTADO.



AMPLIO TAPADO OSCURO QUE FUÉ UNA DE LAS ATRACCIONES DE LAS CARRERAS.

FOTOS DE NUESTRO CORRESPONSAL EN PARÍS



HOMBRES CÉLEBRES

EDISON

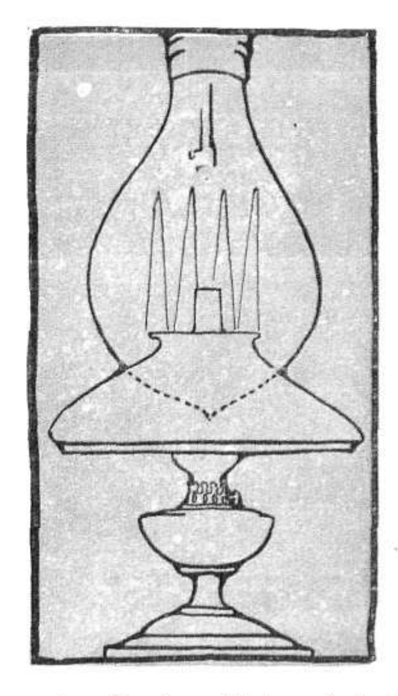
El 11 del pasado febrero cumplió Tomás Alva Edison 76 años. Es un anciano muy joven, porque conserva su gran energía y su prodigioso talento. A esa edad la mayor parte de los hombres no sirve más que para tomar el sol. Edison, el sabio cuya vida fuertemente laboriosa es un ejemplo, continúa trabajando. Quizás aún sorprenda al mundo con alguna de sus geniales invenciones.

Nació pobre en Milán, villa del Estado norteamericano de Ohío y se educó en Port Huron (Michigan). A los 12 años era «canillita» en una línea ferroviaria. Entonces se le ocurrió fundar un diario. Para esto dirigióse al presidente de una gran agencia telegráfica pidiéndole facilidades para recoger noticias en las estaciones de la línea Nueva York-Chicago. Obtenida la autorización solicitó también de la gerencia de aquel ferrocarril permiso para instalar en un vagón una pequeña prensa tipográfica de mano. Durante el viaje tiraba

una hojita noticiera que Edison tituló *The Great Trunk Herald* (El Gran Heraldo de la Línea Principal).

A los pasajeros de esta línea principal o línea directa Nueva York-Chicago les hizo gracia la idea del muchacho, y como además conseguían saber noticias interesantes de aquellos contornos, pagaban satisfechos los 15 centavos que el precoz periodista cobraba por «El Gran Heraldo». Así vendía diariamente unos 300 ejemplares. En esta empresa le ayudó Mr. Wilson Story, director de un gran diario, facilitándole caracteres de imprenta y noticias interesantes.

Durante la guerra de Secesión el joven periodista hizo grandes ganancias. Un día, al conocer la noticia de la gran batalla de Shiloh, consiguió Edison que a todas las estaciones de la línea se transmitiera por telégrafo. El compró 1.500 ejemplares del diario de Wilson Story, su protector, y los vendió a los precios que quiso, pues la demanda era extraordinaria. Con este dinero el futuro sabio pudo vivir más cómodamente y continuar en el vagón del tren sus experimentos sobre electricidad. Dícese que una vez provocó un pequeño incendio en el vagón, por lo cual le retiraron el permiso concedido.



Edison además de muchacho de talento era valeroso y estaba dotado de extraordinaria sangre fría. Así lo demostró salvando al hijo de un telegrafista a quien un tren estaba a punto de aplastar. En premio de su comportamiento heroico fué admitido en la oficina telegráfica.

Ya comprenderás, niño, que Edison consiguió en seguida ser un formidable telegrafista; pero también comprenderás que hombres como él no son los más apropiados para vivir sometidos al horario de una oficina. Edison necesitaba trabajar en sus experimentos científicos, y cuando estaba junto al aparato telegráfico se le iba el santo al cielo pensando en mil problemas. Así, pues, siendo el mejor de los telegrafistas resultaba el peor de todos. Lo trasladaron a varias estaciones. Sus jefes dirían que Edison era un inútil.

¡Vaya con el inútil! El distraído telegrafista inventó al poco tiempo un aparato mediante el cual el operador podía transmitir un mismo telegrama por dos líneas diferentes.

A los pocos meses vendía varios inventos a una empresa por la renta anual de 6.000 dólares (unos 12.000 pesos).

Desde que estuvo en condiciones de poder dedicarse del todo a sus trabajos comenzó a inventar en gran escala.

Se asegura que Edison no ha sido un verdadero inventor porque solamente se ha dedicado a perfeccionar inventos, valiéndose además del trabajo de otros hombres de ciencia a los que él paga sueldos ¡La envidia sí que es inventora de calumnias!

Fíjate en todos los grandes descubridores: todos ellos tuvieron precursores. Antes de Colón otros descubrieron el nuevo mundo; Marconi perfeccionó los hallazgos de Hertz; Roentgen, los de Herschell.

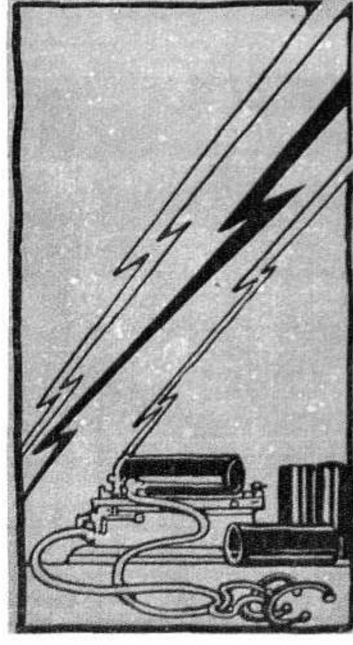
Es que, como dice el refrán: «una mano lava a la otra, y las dos lavan la cara» y que, «no hay hombre sin hombre». Edison perfeccionó el teléfono de Bell y otros inventos. Tanto el teléfono de Bell como los primitivos estudios sobre el fonógrafo, el megáfono, el micrófono y otros eran cosas sin utilidad práctica. Edison los hizo útiles: es un inventor.

Cuando te digan que un sabio ha logrado descubrir algo sin deberle nada a los trabajos de los sabios que le precedieron échate a reír, lectorcito. «No hay nada nuevo bajo el sol» dijo Salomón, y llevaba razón.

Trabajando como un negro, dirigiendo admirablemente a los hombres que se ponían a sus órdenes, pagándoles con toda esplendidez, Edison ha logrado regalarnos hermosas creaciones. Por él tenemos luz eléctrica buena y barata; por sus inventos reímos viendo las gracias de Carlitos Chaplin; por él oímos la voz lejana de los grandes cantantes.

Edison es un genio. Su autoridad en cuestiones científicas nadie la discute, más bien dicho, todos la consultan.

Como hombre resulta un modelo de modestia y de bondad. Siempre joven y siempre entusiasta no abandona el trabajo. Yo creo que morirá sentado en su silla del laboratorio o en uno de sus talleres.



Los norteamericanos le llaman el Brujo de Munlo Park, sitio donde él tiene establecidos sus maravillosos talleres y laboratorios.

Ya ves, lectorcito, cuánto puede la voluntad. La vida de Edison resulta una de las mejores lecciones para ti. Ese deseo de instruirse, de inventar, de hacer fortuna sin valerse de malas artes es necesario que tú también lo tengas.

Pero tú dirás: «¡eso es muy difícil!» No es difícil. De cada cien inventores noventa pertenecen a la honrosa clase de los hombres tesoneros que buscan continuamente la verdad científica. Decía Newton que el genio es cuestión de paciencia. Prueba tú.

Edison es universalmente admirado y su fama le sobrevivirá mientras el mundo sea mundo.

E D U A R D O   D E L   S A Z

D I B U J O S   D E   M A C A Y A .



EL LEGADO

Por

W. W. JACOBS



ÍSTER Robert Clackson tomó asiento al lado de la chimenea fumando su pipa en actitud meditativa.

Su viejo vecino y ventajoso rival en amor había pasado a mejor vida, sea dicho piadosamente pensando; y nuestro hombre, al recordar los funerales de la víspera, a los que asistiera, entregábase, con melancólica filosofía, a considerar la fragilidad del ser humano y, a veces, los inconvenientes que para los vivos acarrean estos viajes, sin retorno, al otro mundo.

Sus meditaciones fueron interrumpidas por un par de discretos golpes que sonaron en la puerta de entrada.

Respondiendo a un ¡adelante el que sea! se abrió la puerta y un personaje de edad y de estatura medianas y de aspecto compungido penetró en la habitación cerrando tras de sí.

— Buenas noches, Bob — saludó con voz esmirriada. — Quise pasar por aquí para cerciorarme de tu excelente salud. ¡Pobre viejo Phipps! Casi no quiero creer que se nos ha ido para siempre.

Mr. Clackson balanceó la cabeza con signos de aprobación.

— Hoy aquí y mañana no — continuó diciendo el recién llegado en tanto se acomodaba en una silla. — Bueno, bueno. Al fin ella será tuya... triste consuelo ¿eh?

— Ese era el deseo del difunto — murmuró míster Clackson con voz doliente.

— Generosa conducta la suya — sentenció míster Smithson. — Todo el mundo la alaba. Bien es cierto que no pudo llevársela consigo... ¿Cuánto tiempo hace que tú y él la queríais?

— Treinta años hará en junio — replicó el otro.

— Ejemplo que demuestra lo que puede el saber esperar con paciencia — comentó Mr. Smithson. — Si tú hubieras sido tan ligero como otros muchos, desapareciendo del pueblo, ¿qué obtendrías ahora? ¿Cuándo ibas a tropezarte con una recompensa tan merecida gracias a tu perseverante corazón?

Mr. Clackson, cuya pipa se había apagado por más que sus labios chupaban y uno de sus dedos apretaba sobre la ceniza, tomó con las tenazas una brasa y la reencendió, soplando como un pequeño fuelle.

— Yo no puedo comprender por qué murió a su edad — explicó con cierta sorda acritud. — De haber cuidado mejor su salud era hombre para llegar a los noventa.

— Bueno; ya está del otro lado el infeliz — dijo su amigo. — De todas maneras, ¡qué dulce consuelo debió ser para él, en sus últimas boqueadas, pensar que su querida esposa quedaba en magnífica posición!

— ¿Magnífica posición? — exclamó Mr. Clackson. — ¿Cómo se entiende eso? ¡Si solamente le ha dejado algunos muebles de uso y cincuenta libras esterlinas peladas en un seguro de vida sujeto a los endiablados trámites de la cobranza!

Mr. Smithson, como persona que sabe lo que dice, aclaró:

— Me refiero a tu persona; a ver si entiendes ahora.

— ¡Oh! — contestó convencido el otro; — sí, sí; por supuesto.

— No quiso que se te pudriera el corazón esperando en vano — remachó el visitante. — «No te molestes por mí — le dictó a ella en su lecho de muerte; — yo ya me voy. Haz feliz a Bob». Ella es una hermosa y madura muchacha ¿no?

Mr. Clackson hizo señales afirmativas.

— Y yo estoy seguro de que ella te mira con tan buenos ojos como el primer día... hace treinta años ¿eh? Esto es lo más extraordinario de todo

Mr. Clackson echó una curiosa mirada a su amigo, dió vueltas al tubo de la pipa entre sus labios y, después de una corta vacilación, produjo una especie de carraspeo acompañado de una brusca sacudida, como si le hubieran pinchado por debajo del asiento con un alfiler.

— La viuda dice que preferiría ser siempre fiel a su memoria — prosiguió el sentimental Mr. Smithson; — pero como los deseos del difunto son leyes para ella... ¿comprendes? Mi mujer lo asegura así.

— Debería considerar bien las cosas, sin embargo — contestó con suavidad Mr. Clackson, accionando con la cabeza. — Yo pienso que le conviene aconsejarse bien. El le ha dejado sus deseos (poca cosa, barata mercancía); pero si ello le contraría a ella ¿a qué obligarla?

— Justamente lo que mi mujer le contestó — dijo el otro; — mas ella no quiso darse por convencida, arguyendo que cumpliría la voluntad de su difunto sin temor a las consecuencias. Por lo demás, si nos detenemos a considerar, ¿qué otra cosa se le puede pedir más razonable? Con respecto a ti, no debes apurarte; no la perderás por segunda vez.

El solterón, que removía las brasas de la chimenea, resopló varias veces con ceñudo rostro. Durante treinta años consecutivos venía representando el triste papel de adorador postergado, pero también de amigo fiel, y estaba dispuesto (el hábito engendra naturaleza) a proseguir en tal situación veinte o treinta años más... La costumbre. Hacía algunas horas, a raíz del fallecimiento del viejo Phipps, había abrigado la esperanza de que ella, consecuente con sus propósitos de permanecer viuda, rehusaría el «legado» de su marido, dejando así en libertad de acción al paciente (Mr. Clackson); pero... en fin. Por otra parte, todo el vecindario hallábase satisfecho de que, al cabo de tres lustros de hacer antesala fidelísima, su corazón merecía la recompensa, y los comentarios eran unánimes en juzgar la decisión del fallecido como extraordinariamente generosa.

— Es un poco tarde para mí, semejante «regalo» — refunfuñó el presunto heredero marital de Mr. Phipps.

— Vale más tarde que nunca — replicóle con viveza Mr. Smithson.

— Tengo el presentimiento de que no será largo el resto de mi permanencia en este mundo — emitió Mr. Clackson mirando con aire molesto a su amigo.

— *Tonterías, imaginaciones tuyas*, Bob. Ya perderás todas esas melancólicas ideas en cuanto te cases con ella. Entonces tendrás quien mire por ti y te ayude a gastar tu dinero.

Gruñó sordamente el aludido, pasó la mano alrededor de su mandíbula inferior y abrió la boca en un bostezo bastante feo. Resultaba evidente que el listo y malicioso amigo la estaba gozando con las mal disimuladas repugnancias que sentía él ante la «amenaza matrimonial» que se le echaba encima; el placer *natural* de un padre con ocho de familia que no puede menos de regocijarse con las contrariedades de un soltero acomodado. Y al hombre, deseoso de repartir con alguien los amargos tragos que las circunstancias le hacían beber, se le ocurrió de repente darle participación al compañero y vecino.

— No necesito que nadie me ayude a gastar mi dinero — dijo con tono reposado. — Primero y principal porque todos mis recursos son bien poca cosa. Poseo esta casa, tres buenos terrenos en Turne's Lane y cerca de seiscientas libras en el Banco.

Los ojos de Mr. Smithson brillaron ante el panorama de la enumeración.

— Yo he pensado... se me ha ocurrido — continuó el otro con suavidad maquiavélica — dejar todos mis bienes a un amigo, a un hombre laborioso con larga familia. Pero dejemos esto; no es del caso ahora hablar de ello.

— ¿Quién... quién es él? — saltó su visitante tratando de que su voz fuera lo más natural del mundo.

Mr. Clackson meneó la cabeza.

— No es ocasión en estos momentos para que yo me explique, George — contestó éste contemplando con disimulado regocijo la impresión causada. — En fin; lo dejaré todo a mi futura esposa... si me voy delante. Después de todo, mejor caerá en manos de ella que en las de gente extraña.

— ¡Cáscaras! Pero... ¿quién es él... ese en quien pensabas, hombre? — chilló Mr. Smithson.

— Tú, George, tú — depuso con blandura míster Clackson.

— ¿En mí? ¿Dices que en mí? — volvió a chillar emocionado el hombrecito. — ¿Yo?

Brincó del asiento como movido por un resorte y tomándole las manos al otro se las sacudió con franca efusión.

— No debiera habértelo dicho, George — murmuró míster Clackson con reprimida satisfacción. — Esta clase de noticias siempre resultan... prematuras. Tú eres impresionable y... yo sé por experiencia de los tormentos de esperar.

Mr. Smithson, con la espalda contra la chimenea y las manos cruzadas sobre los riñones, parecía buscar, con sus ojos saltones, algún travieso pensamiento que revoloteara por la habitación.

— Fué una frescura de Phipps — comenzó diciendo después de una pausa meditativa — una gran frescura, yo creo, legarte su esposa para que ahora tú la cuides. ¡Ah! A la vejez, viruelas. Pero con otros se hubiera estrellado. Tú eres demasiado sensible, mi amigo, demasiado condescendiente; eso es lo que tú eres.

Mr. Clackson se contentó con aprobar doblando algunos centímetros el torso.

— Y así te toman ventaja — agregó Mr. Smithson.

— Todo eso es muy fácil de decir — habló el reprochado — pero ¿qué hago yo ahora? Yo debí haberlo dicho a tiempo. Hoy ya es tarde.

— Si yo estuviera en tu pellejo — aconsejóle su presunto heredero con voz bien arropada en persuasión — no me casaría con ella y se lo diría de una vez para despejar la situación: Decirle con claridad lo que piensas sin temor alguno, derecho al bulto, y ella siempre te agradecerá que la dejes libre.

— Todo el mundo cree que la viuda constituye un regalo para mí.

— Habladurías de gente desocupada y murmuradora. Deja que piensen lo que quieran. Que se metan en sus asuntos. ¡Al diablo con todos! — expresó con vehemente acritud Mr. Smithson. — ¿Eh? Ahora escucha. Suponte que yo consigo librarte de este mal negocio. ¿Cómo quedaré yo seguro de tu legado... de que me lo dejas *todo a mí*? No por nada ¿sabes? Somos mortales y, además, todos podemos cambiar de parecer por cualquier circunstancia ¿eh?

— Si me libras del casorio te dejaré hasta el último penique — replicó con viveza el solterón. — No tengo deudos ni amigos y, por lo tanto, no se me da un rábano por los que queden cuando yo me muera.

— ¿Hablas con tanta verdad como que estás aquí sentado? — le espetó Mr. Smithson mirándole *fijamente*.

— Tan cierto como que estoy aquí, sí — respondió Mr. Clackson golpeándose el pecho y chocando de nuevo sus manos con las del padre de familia.

Horas después, Mr. Clackson, sentado a la vera del fuego y calentándose muy a satisfacción, rumiaba en la soledad sus últimos pensamientos. Como persona sola que era en pleno disfrute de los egoísmos y de los beneficios de la soltería, deseaba, a su altura, pocas cosas extrañas a su ambiente; y pudiendo vivir lo más a gusto de sus rentas, consideraba una solemne majadería ser el segundo marido de la señora Phipps, lo que le obligaría a volver al trabajo, a las cotidianas labores felizmente abandonadas por él hacía tres años. Además, la viuda


Fumando su pipa en actitud meditativa.



— *¿A mí? ¿A mí me lo vas a dejar todo? — exclamó Mr. Smithson.*

mucho su casita, y que nunca podrá abandonarla porque dentro de sus paredes pasó muy largos y felices años, y que sería una grata sorpresa encontrarla a su regreso arregladita y bien servida, ¿comprendes?

— Eso quiere decir que tú tendrás que vivir bajo aquel techo cuando te cases — dijo con tono solemne míster Smithson.

Mr. Clackson echó una mirada circular por su confortable y amplia habitación y de nuevo refunfuñó:

— Por añadidura me indica que utilice los servicios de Mr. Digson para que pinte y hermosee la casa, sabiendo de sobra que su hermana, la del difunto, no tiene un penique para pagarle sus jornales. Y yo le contesté que sería mejor resolver esos detalles al regreso de la viuda ¿no?

Mr. Smithson sacudió la cabeza aprobando en un todo.

— Luego me escribió ella dándome las gracias por ser tan considerado — agregó el solterón sonriendo con picardía — y que cuando regresara arreglaríamos los dos, de perfecto acuerdo, lo que fuera conveniente.

Los paseos de Mr. Smithson reanudáronse alrededor de la sala.

— ¿Nunca le prometiste casarte con ella? — preguntóle parándose en seco.

— No — dijo Mr. Clackson. — Todo se dispuso sin consultarme. Yo nunca comprometí mi palabra; yo no podía decirle a Phipps ciertas cosas que ahora pienso y él creyó que me hacía el más grande favor del mundo dejándomela a mis costillas.

— Entonces estamos bien. Ella no puede fijar fecha sin consultarte. Ahora tienes que cuidarte mucho para no comprometerte en lo más mínimo; ser tan inconmovible como puedas, y pocos días antes de que ella anuncie su vuelta, tomar el tren para Londres en viaje de negocios y quedarte por allá el más largo tiempo posible.

Mr. Clackson prometió cumplir tal programa al pie de la letra, y cuando la señora Phipps regresó a su casa supo que su prometido saliera para Londres la semana anterior, dejando los geranios, los canarios y el pinzón real al cuidado de su buen amigo Smithson, el cual (¡maldita suerte la suya!) entregó a la viuda las llaves, dos jaulas vacías, un detalle minucioso de cómo se habían escapado los canarios, un pinzón que parecía sufrir del hígado, y, finalmente, unos geranios más mustios que un velorio.

— Lo siento mucho, señora — manifestóle a la viuda el infortunado guardián; — pero los pobrecitos volátiles gustaban de pasearse al aire libre y...

— Sí, sí; ya me contó. Ya comprendo — atajóle ella. — Ha sido usted muy bondadoso tomándose tantas molestias. Otros, quizá, hasta las jaulas hubieran perdido.

— Yo hice lo mejor que pude — contestó míster Smithson con áspera voz.

— ¡Oh! Lo sé, lo sé — admitió la señora Phipps, — y le estoy verdaderamente obligada. Si algo tiene usted que cuidar y me lo confía en cualquier ocasión, gustosísima le serviré. ¿Cuándo me dijo usted que regresaría Mr. Clackson?

en cuestión poseía tan enérgico carácter, que muchas veces nuestro hombre se felicitara de que ella hubiera escogido al «rival» por marido. Enseñanzas de la experiencia... ajena.

Con lentitud, pero con seguridad, sus lazos sentimentales fueron aflojándose hasta desatar sus puntas.

A los dos días la viuda tomaba el tren para reunirse durante un mes con una hermana. Mr. Clackson, como amigo íntimo del difunto y prometido tácito de ella, se limitó a acompañarla a la estación, llevándole un par de maletas y diciéndole adiós con el pañuelo cuando la máquina arrancaba. Las llaves de la casa le fueron confiadas (primera prueba de domesticidad) con la expresa recomendación de que regara sus macetas de geranios, mudara el alpiste de dos canarios, limpiando, de paso, las jaulas, y atendiera en sus necesidades a un pinzón real todos los días, cuidando con igual esmero plantas y animales.

— Ella se va con toda malicia para acabar de obligarte con los trabajos que te impuso, Bob — le dijo Mr. Smithson con airado chillido.

El solterón, con resignado ademán, asintió:

— Yo confío en ti, George, ya lo sabes.

Mr. Clackson tomó varias cartas de sobre la mesa y se las mostró a su socio circunstancial.

— Todos los días recibo una recomendándome el cuidado de los bichos y demás, y todavía no he contestado las últimas.

— ¿No te dice nada acerca de la boda? — preguntó Mr. Smithson con ansiedad.

— No, ella no; pero su hermana sí. De ésta he recibido dos cartas.

El hombrecito se puso a medir el piso a grandes zancadas:

— ¡Oh, las mujeres! — exclamó sarcásticamente. — Cuando no piden las cosas en persona, por su propia boca, son maestras en buscarlas por caminos oblicuos. Ella no te habla del casorio, pero allí tiene a su hermanita para engancharte. ¡Ah!

Gruñó de conformidad su amigo, explicando:

— Y su hermanita me dice que la viuda recuerda

— *No lo sabe él mismo* — se apresuró a contestar el hombre. — Estará ahora un mes fuera, y luego, otra vez, unos seis meses. Depende de la circunstancia. Usted ya sabe *lo que son los negocios*.

— Eso habla mucho en favor de él, tan cuidadoso de sus intereses — dijo la viuda. — ¡Mucho!

— ¡*Mucho!* — *repitió Mr. Smithson*.

— Se fué sin considerar mi impaciencia — continuó ella; — pero las cosas vienen así, y si la intención de él al *alejarse*...

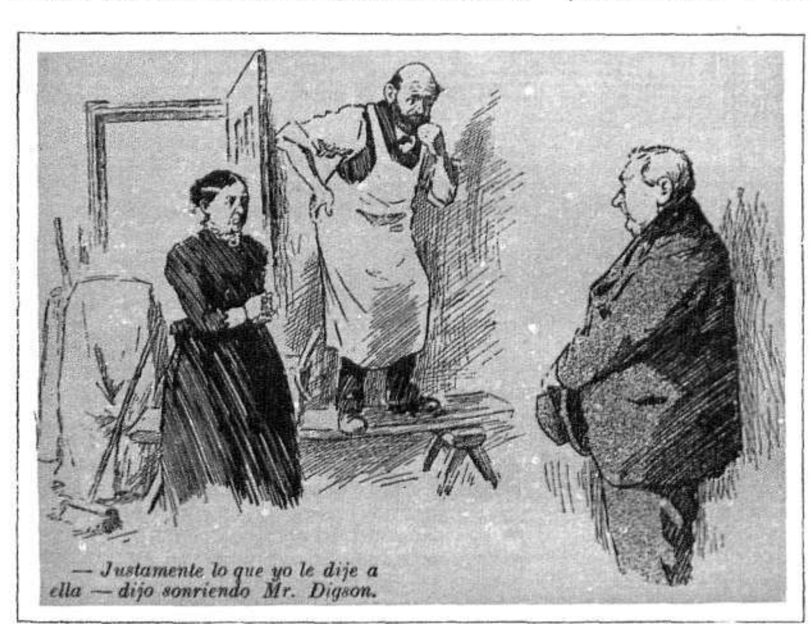
— Yo no puedo creer que él se haya ido por lo que usted supone — interrumpió el vecino.

La señora Phipps meneó su cabeza.

— ¡Ah! Usted no lo conoce como yo — exclamó con acento acaramelado. — El se ha ido por «nuestra» cuenta y razón. Estoy segura, lo siento aquí, en el corazón.

El hombrecito la miró con curiosidad y esperó silencioso más explicaciones.

— Cuando él considere que es conveniente y propio para ambos, regresará a mi lado — prosiguió ella poniendo los ojos tiernos. — Bob ha dejado las comodidades de su casa para atender a «nuestras» cosas, y yo nunca olvidaré su oportuna delicadeza.



— Justamente lo que yo le dije a ella — dijo sonriendo Mr. Digson.

Una seca y breve tos del oyente parecía poner en cuarentena lo dicho por la viuda.

— Nada, nada dispondré en mi casa en tanto él no regrese — explanó la mujer; — quiero que ordene: le gustará. Siempre fué un admirador de nuestra casita, siempre la celebraba mucho en vida del otro. En fin, bien... el hombre propone y el Cielo dispone.

Pasaron tres meses en esta situación. En el pequeño pueblo se esperaban acontecimientos.

— Bueno; procedamos con tino — díjole Mr. Smithson a su amigo y presunto testador Mr. Clackson, que acababa de llegar de la capital. — Mucho cuidado. No olvides que *ella no puede fijar fecha* sin consultarte a ti.

El solterón manifestóse conforme y a la mañana siguiente se fué a visitar a la viuda en actitud pasiva y bien aleccionado. Su aspecto entre distraído y nervioso no llamó la atención de ella, que atribuyó su mal color y decaimiento a la malsana y densa atmósfera londinense.

En la sala del frente hallábase el albañil Mr. Digson blanqueando con su brocha las paredes.

— Yo pensé que nosotros deberíamos proceder a una limpieza completa, y no hay como las lechadas de cal. En cuanto a la pieza, Mr. Digson traerá mañana varias muestras de papel y así escogeremos usted y yo el color que más nos agrade ¿eh?

Vaciló Mr. *Clackson*.

— ¿Por qué no lo escoge usted por sí misma? — dijo al fin.

— *Lo que yo le dije a ella* — *exclamó* Mr. Digson metiéndose en la conversación mientras se mesaba su negra barba. — Lo que le guste a usted le gustará a *él*, así le dije *para no perder tiempo*.

— Acaso usted podrá ayudarla a escoger mejor que yo — apuntó Mr. Clackson con cierta viveza. — Usted conoce.

Mr. Digson adelantó varios pasos en el andamio sobre el cual le daba a la brocha.

— Justamente lo que yo también le he dicho a ella — aseguró. — Si la señora Phipps sigue mi consejo, dejándolo todo a mi experiencia, yo le dejaré la casa que será un regalo vivir en ella.

— Mr. Digson ha sido muy amable conmigo — dijo la viuda con evidente reproche para el entrometido.

— No todo lo que usted se merece — contestó el albañil ingenuamente. — Cualquier cosa que yo pueda hacer en su beneficio constituirá un placer para mí.

Mr. Clackson sintió una súbita inspiración: la sangre se le agolpó en un precipitado galope. ¡Oh! Mr. Digson era viudo; la señora Phipps también. ¿Qué mejor pareja, por San Jorge?

— Sí, sí; que él escoja — sentenció. — ¿Qué mejor juez?

La viuda, luego de una lánguida protesta, consintió, y Mr. Digson, sonriendo satisfecho, de nuevo esgrimió la brocha.

La primera idea que le acometió al solterón recalcitrante fué consultar a Mr. Smithson y dar tiempo al tiempo. Si un inesperado tercero podía echarle la zancadilla a su compromiso, el asunto caminaría solo.

Al finalizar aquella semana creció su satisfacción. Cualquier inocente muchacho era capaz de advertir las intenciones amorosas de Mr. Digson, y Mr. Clackson admitía de buen grado que su vecino el albañil era más joven, mejor plantado y desde luego mejor partido casamentero que él; y por lo que barruntaba, la señora Phipps demostraba pensar lo mismo.

Un día que el solterón regresaba de hacerle a ella una visita mientras el atento y meloso Mr. Digson paseaba su brocha por las paredes mirando de soslayo al objeto de sus afecciones, oyó una voz a sus espaldas.

— Buenos días — alguien dijo.

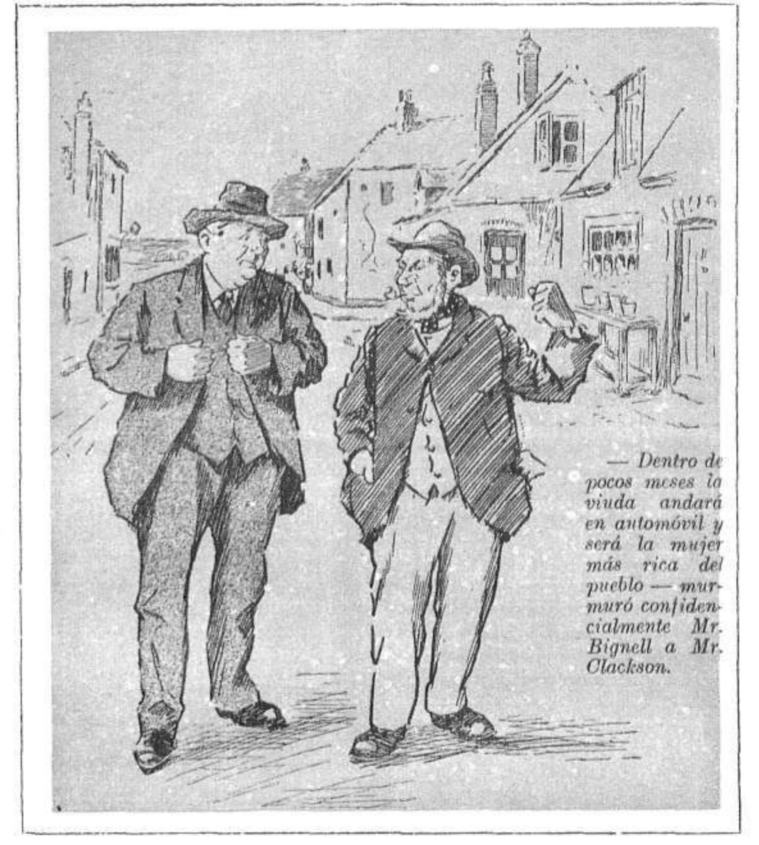
— Muy buenos, Bignell — respondió el saludado volviendo la cabeza y enfrentándose con un vecino.

— *¿Cuándo... cuándo es la cosa?* — inquirió el otro emparejándose a su lado.

— ¿Cuándo es el qué? — replicó de mala gana Mr. Clackson.

Mr. Bignell apagó el tono de voz para decir con aire misterioso y confianzudo:

— Usted *la perderá si no anda con cuidado*. Pese bien mis palabras. ¿No advirtió usted el juego de Mr. Digson?



— Dentro de pocos meses la viuda andará en automóvil y será la mujer más rica del pueblo — murmuró confidencialmente Mr. Bignell a Mr. Clackson.

— Vienes... vienes muy fatigado — saludóle tartamudeando éste.

— ¿Qué... qué quieres decir? — carraspeó Mr. Smithson.

— Por ti me apuro, por nuestro compromiso.

— He cambiado de parecer — dijo Mr. Clackson con dignidad.

— ¡Paff!! — sopló su amigo.

— Muy oportunamente — explicó con rapidez el solterón, queriendo salir del paso en seguida. — Un día más y hubiera sido tarde. Fuí lo bastante listo para arreglar con ella todo hace una hora. Si me descuido... Nunca me vi tan apurado en mi vida. ¡Ahjf!

— Pero tú no la querías... así me lo habías asegurado — barbotó indignado Mr. Smithson.

— No me entendiste bien — aclaró el otro acometido de una tos pertinaz. — Tú no podías prever ciertas contingencias.

El hombrecito se sentó al lado de su vecino.

— Yo había oído... yo había oído — exclamó haciendo un esfuerzo — que Digson le hacía la rosca con buen éxito.

El solterón respondió sin pensarlo:

— Eso fué cuando supo lo de la herencia de ella — dijo con severidad. — ¡Cielo santo! ¿Qué te parece, eh?

Mr. Clackson se limitó a encogerse de hombros con indiferencia.

— Anda tras de su dinero — agregó el oficioso vecino mirando con precaución en su torno.

— ¿Dinero? — dijo el solterón con burlona sorpresa. — ¿Qué dinero si ella no tiene un penique?

— ¡Ah! muy bien, si usted lo cree así. Usted está más enterado que yo, por supuesto. Yo únicamente insinuaba como amigo la noticia, pero si usted la conoce, nada hay que agregar. Dentro de pocos meses ella andará en coche y será la mujer más rica del pueblo.

Mr. Clackson detúvose, mirando a su informante con notoria perplejidad.

— Digson, noches pasadas, me tropezó para anunciarme que ni la misma viuda sabía una palabra... un tío de su madre fallecido en América. Lo sabrá cualquier día de éstos por conducto legal — explicó de un tirón Mr. Bignell.

— ¿Pero... pero cómo sabe eso Digson? — preguntó atónito Mr. Clackson.

— No me lo dijo, pero él sabe... él sabrá aprovecharse de la noticia. Bueno; todo esto es confidencial. Ni una palabra a nadie.

Y el vecino se fué, dejando a Mr. Clackson sumido en un mar de confusiones. Durante unos minutos su cerebro hervía en consideraciones. Por fin, poniendo a contribución toda su voluntad, se puso en movimiento hacia la casa de la viuda.

Transcurrida una hora el negocio estaba ultimado, es decir, fijada la fecha de la boda.

En aquella pequeña vecindad las noticias no necesitaban de la telegrafía sin hilos para, en pocos segundos, llegar a oídos de todos.

Tan pronto como Mr. Smithson oyó la nueva, irrumpió sin aliento en la casa de su amigo, tomó un largo resuello y extendió el índice acusador en dirección a Mr. Clackson.

El hombrecito, sin comprender todavía muy bien, pegó un salto, derrumbando la silla, y no fué capaz de articular una palabra: tal era su extrañeza.

— ¿Qué te parece? ¿Procedí o no procedí a tiempo? — remachó el otro.

Mr. Smithson se tambaleó como borracho; luego dejóse caer en el asiento otra vez.

— Demasiada calefacción ¿verdad? — dijo, torciendo la conversación, el prometido y comprometido.

Su vecino parecía medio amodorrado y caviloso.

— Pues como te iba diciendo — atrevióse a explicar Mr. Clackson en tono confidencial — Digson olió la plata y le hizo la corte. Por supuesto, la herencia que va a recibir la viuda no me hace efecto, tú sabes, aunque, claro está, no viene mal cuando se tienen intenciones de hacer algo por los amigos como tú. Es por un tío materno fallecido en América por donde ella...

Mr. Smithson hizo una mueca que le erizó el rostro, alzóse de la silla bruscamente, tomó su sombrero de un manotón, encasquetándoselo hasta las orejas, y se avalanzaba hacia la puerta cuando Mr. Clackson, con rápida acción, le agarró por los brazos y le sacudió como a un muñeco.

— ¿Qué significa tu actitud? ¿Qué te pasa? ¡Habla!

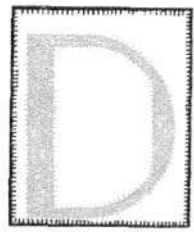
— ¡Iluso! — chilló con intensa rabia Mr. Smithson: — *yo creía que Digson era el más imbécil del* vecindario, pero ya veo que me equivoqué de medio a medio. El tío de América es invención mía. ¡Adiós!

Se sacudió del crédulo vecino, abrió la puerta y salió de estampía.

Mr. Clackson, con una doble punzada en el corazón, le vió caminar gesticulante por mitad de la calle.

FIN

LAS CLIENTAS DE DOÑA LOLÓ



De regreso de Petrópolis conocí en Botafogo a una señora que debería ser canonizada en vida. Es mi venerable amiga doña Loló, mujer de una actividad asombrosa, que se gana el pan vendiendo encajes nacionales a crédito a las aristocráticas damas de su barrio. Cuando se fatiga de subir y bajar las calles San Clemente, Voluntarios de la Patria, y las que les son transversales, trata doña Loló de llegar a mi casa, donde almuerza o hace su «lunch» en compañía de mis chicas.



No es, sin embargo, su alegría la que llevará a doña Loló al reino de los cielos; pero sí los «clavos» de que ha sido víctima, vendiendo al fiado a señoras que poseen «landoulet» y que casi diariamente vienen a la ciudad, donde hacen compras voluminosas que no pagan al contado. Y como eso me divierte, ya me he constituído en tenedor de libros de mi vieja amiga, que me recompensa el trabajo narrándome graciosamente sus numerosos casos del día.

Todavía ayer, ella me contó uno que me hizo reír largamente y que da una idea aproximada, si no perfecta, de la situación difícil por que atraviesan, muchas veces, nuestros círculos elegantes. Es una historia breve y curiosa. Hace cuatro o cinco meses, una señora conocidísima dió a doña Loló, para que ésta la vendiese, una excelente blusa que mandara hacer, y que no había servido, no sé si por grande o por pequeña. Doña Loló llevóla y, días después, cerraba negocio con una elegante de altísima representación, vecina de la calle San Clemente, la cual la adquirió, junto con una pieza de encaje, por la cantidad de ochenta mil reis. En cuanto al pago, se arregló que sería por amortizaciones mensuales de veinte mil reis, habiéndose hecho la primera en ocasión de la entrega de la prenda.



Al mes siguiente, doña Loló apareció. La señora no estaba. Treinta días después la señora salía para Petrópolis. Un día, asustada ante la probabilidad de un perjuicio, mi amiga resolvió usar de un expediente. Penetró en el jardín, y, mansamente, colocóse junto a la puerta de la sala de espera, aguardando a que alguien abriese. A los diez minutos llegaba el cartero con una carta. Ábrese la puerta; doña Loló entra de sopetón y encuéntrase con un joven embutido en un fino pijama de seda.



— ¿La señora no está? — pregunta doña Loló.

— No, señora; salió — responde el joven del pijama.

— En ese caso, el doctor tal vez me pudiese atender...

— ¿Qué doctor? — indaga el joven.

— El señor... El señor ¿no es el marido de ella?

— No, señora — respondió sonriendo: — ¡yo soy el criado!

Doña Loló mordió con rabia el labio inferior y retiróse. Pasados algunos días, esperaba ella el tranvía en la plaza de Botafogo, cuando vió pasar un automóvil en que iba su deudora con el marido. Mirólos bien, y rugió, paladeando con toda la boca el sabor de la perversidad:

— ¡Cínica! ¡Tiene el coraje de andar con su criado en automóvil!

Y desapareció.

HUMBERTO DE CAMPOS

TRADUCCIÓN DE JUAN ANS NOTTS

DIBUJOS DE BESARES

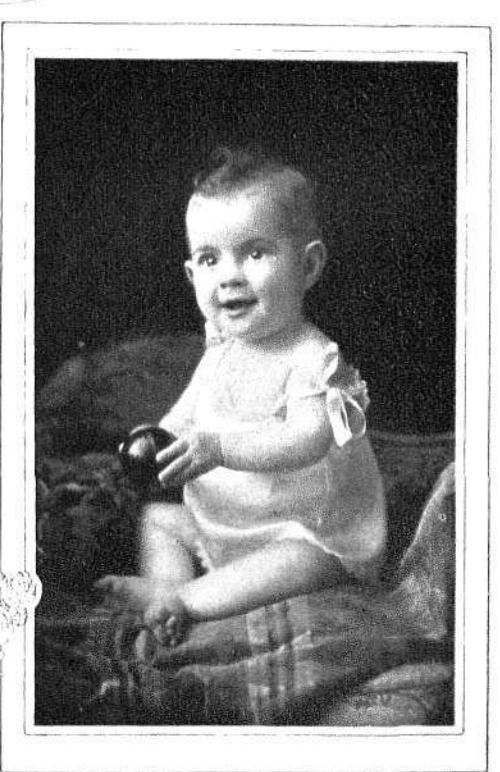
Página Infantil

Niña de Fitzpatrick

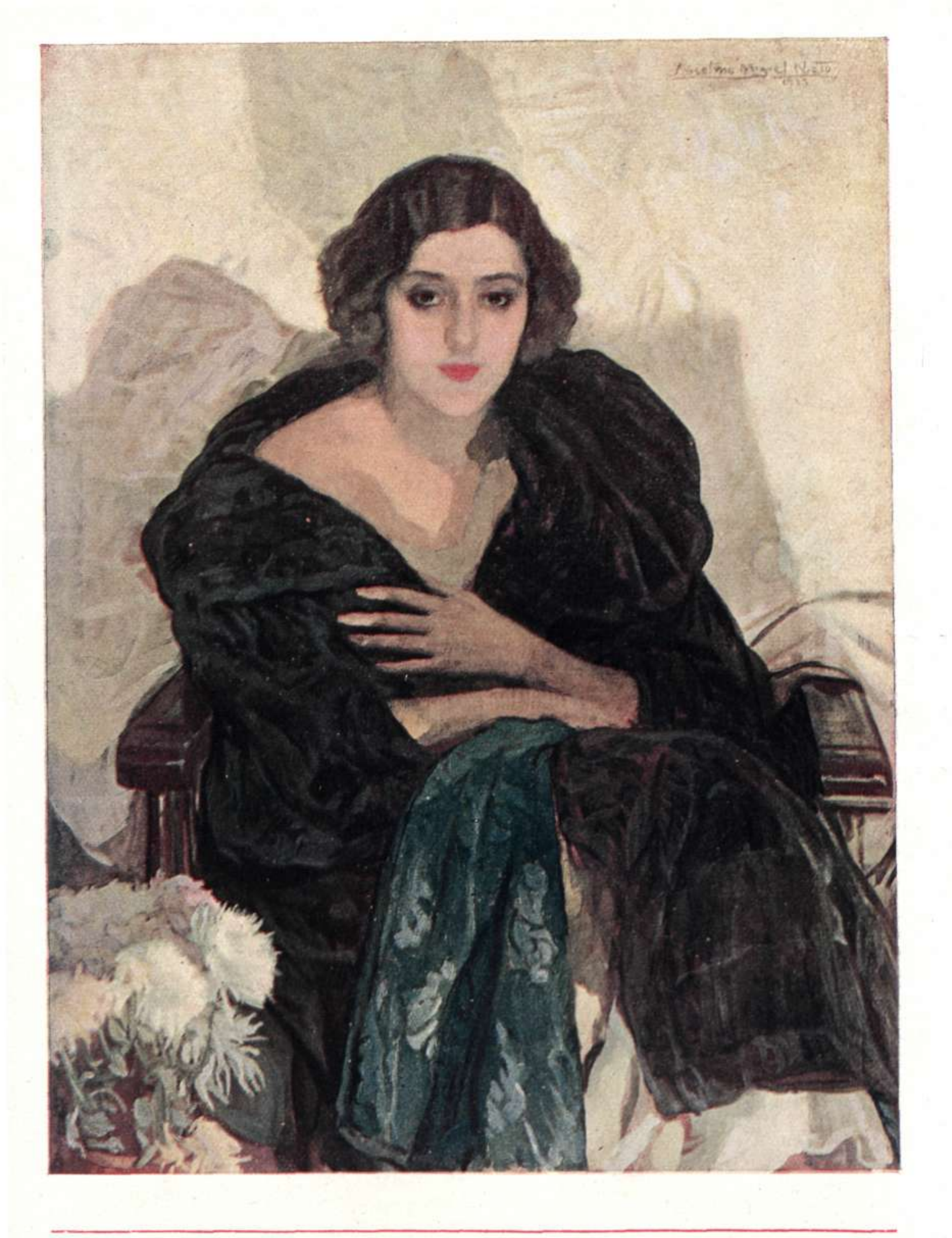


Lia René Rivero Pepe

FOTOS DE DIXIO.



Margarita Rita Kenny



R E C O G I M I E N T O

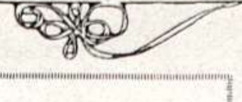
ÓLEO DE

ANSELMO MIGUEL NIETO

ENLACES







SEÑORITA ELENA ORMA CON EL SEÑOR EDUARDO DURAÑONA. EN LA BASÍLICA DEL SANTÍSIMO ROSARIO.

SEÑORITA MARÍA ELENA TORRES CON EL DOCTOR JUAN CARLOS BARRENECHEA. EN SU RESIDENCIA.



SEÑORITA EMMA REBECCA ALVAREZ DE TOLEDO CON EL SEÑOR VÍCTOR

PUENTES FALCÓN. EN LA CAPILLA DE NUESTRA SEÑORA DE LAS VICTORIAS.

A SU LLEGADA A LA ESTACION. — El presidente de la República, los ministros y demás personas de su comitiva, con el gobernador de la provincia, doctor Mosca, el intendente, señor Rouillon, y otras personalidades.

Visita del Dr. Alvear

El gobierno, la sociedad y el pueblo grandiosas manifestaciones



EN LA MUNICIPALIDAD. — El doctor Alvear leyendo su discurso en contestación al del intendente, que le dió la más cordial bienvenida en nombre de la ciudad, poniéndose de relieve en ambas piezas oratorias, sentimientos de elevado patriotismo y cultura.



EN EL JOCKEY CLUB. — El jefe de la nación a la hora de los brindis en el lunch que en su honor se sirvió, organizado por la comisión directiva.

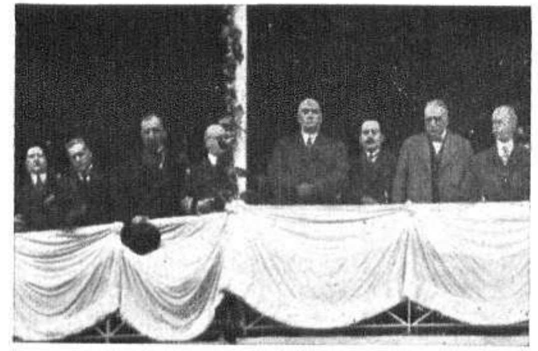


HOMENAJE ESCOLAR. — Alumnos de las escuelas fiscales, en número de 15.000, que desfilaron ante el edificio de la intendencia, desde uno de cuyos balcones saludaba complacido el presidente de la República, correspondiendo así a las cariñosas manifestaciones.

A LA CIUDAD DE ROSARIO

DISPENSARON AL PRIMER MAGISTRADO DE SIMPATIA Y ADMIRACION.

EN LA JEFATURA POLITICA. — Las altas personalidades y las distinguidas damas que asistieron al banquete ofrecido por el gobernador en honor del primer mandatario, al finalizar la significativa y hermosa demostración.



EN LA SOCIEDAD RURAL. — Aspecto del palco oficial al quedar inaugurado por el doctor Alvear el importante certamen agrícolo-ganadero.



EN EL SALON DE BELLAS ARTES. — El presidente y su esposa con el gobernador y su esposa, el vice gobernador y el ministro de agricultura, en la exposición de arte retrospectivo realizada bajo los auspicios de «El Círculo».

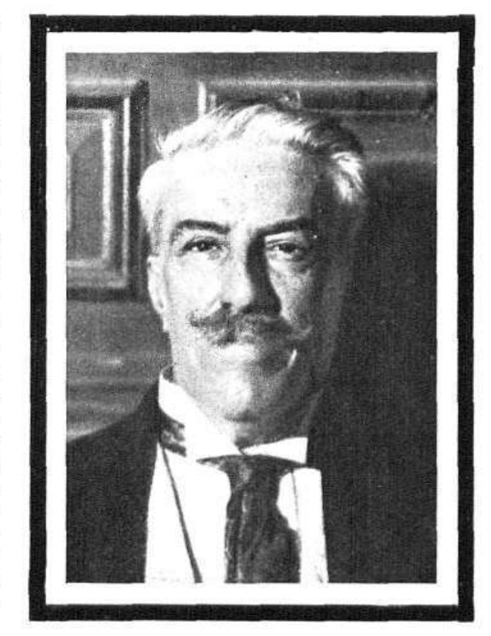


EN EL CLUB SOCIAL. — Conocidas damas y caballeros de la sociedad rosarina rodeando al doctor Alvear en el baile de gala dado por el Club Social, el que constituyó uno de los más brillantes actos de cuantos se realizaron durante la estada del presidente.

Fotó. de nuestro corresponsal Chiavazza.

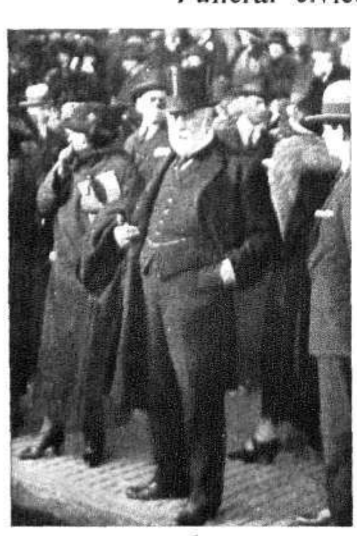
JUSTO S. LOPEZ DE GOMARA

Fundador y director de "El Diario Español"



Ha desaparecido con el señor Justo S. López de Gomara una de las más interesantes y bellas personalidades del periodismo extranjero en Buenos Aires. Hemos escrito «extranjero» y ya quisiéramos borrarlo, pues si es verdad que el señor López de Gomara era español, tenía por nuestro país un amor tan grande y tan sincero que habría hecho redundante la protocolar carta de ciudadanía. Español por los cuatro costados, el señor López de Gomara ocupaba tal sitio en esa tan activa manifestación de la vida nacional que es el periodismo, que los argentinos le teníamos por más nuestro precisamente cuando más español se nos presentaba. Era como una realización en carne y hueso de las fuerzas espirituales que mueven a argentinos y españoles a buscar en la unión más estrecha la síntesis de la raza. A las buenas partes del perfecto caballero, se juntaban en él, en la más amable armonía, los dones del talento y del carácter. Su labor periodística fué larga, intensa, inteligente, porque tenía la vocación profesional y manejaba como nadie las artes del oficio. Su obra como director de nuestro prestigioso colega «El Diario Español», fué siempre noblemente inspirada, y llenará uno de los más hermosos capítulos de la historia del periodismo español en esta República.

Funeral cívico a la memoria del presidente Harding



El representante del Uruguay, señor Daniel Muñoz.



El presidente de la República y su esposa saliendo de la ceremonia.



El ministro de Relaciones Exteriores y los miembros de la comisión organizadora.

La Sociedad Americana del Río de la Plata rindió un solemne tributo fúnebre en recuerdo del ilustre ciudadano desaparecido, en el teatro Colón, con asistencia de un enorme y distinguido público perteneciente a la sociedad argentina y a las colectividades extranjeras.

Gerónimo Podestá



Veterano del teatro nacional y uno de sus más talentosos y entusiastas cultivadores, nada menos que por espacio de medio siglo vino plasmando en nuestros escenarios las principales creaciones de la dramaturgia criolla. Sus cualidades emotivas, la naturalidad y el realismo que infundía a sus personajes y su aguda comprensión para identificarse artísticamente con lo más típico y racial del ambiente patrio harán imborrable su memoria.

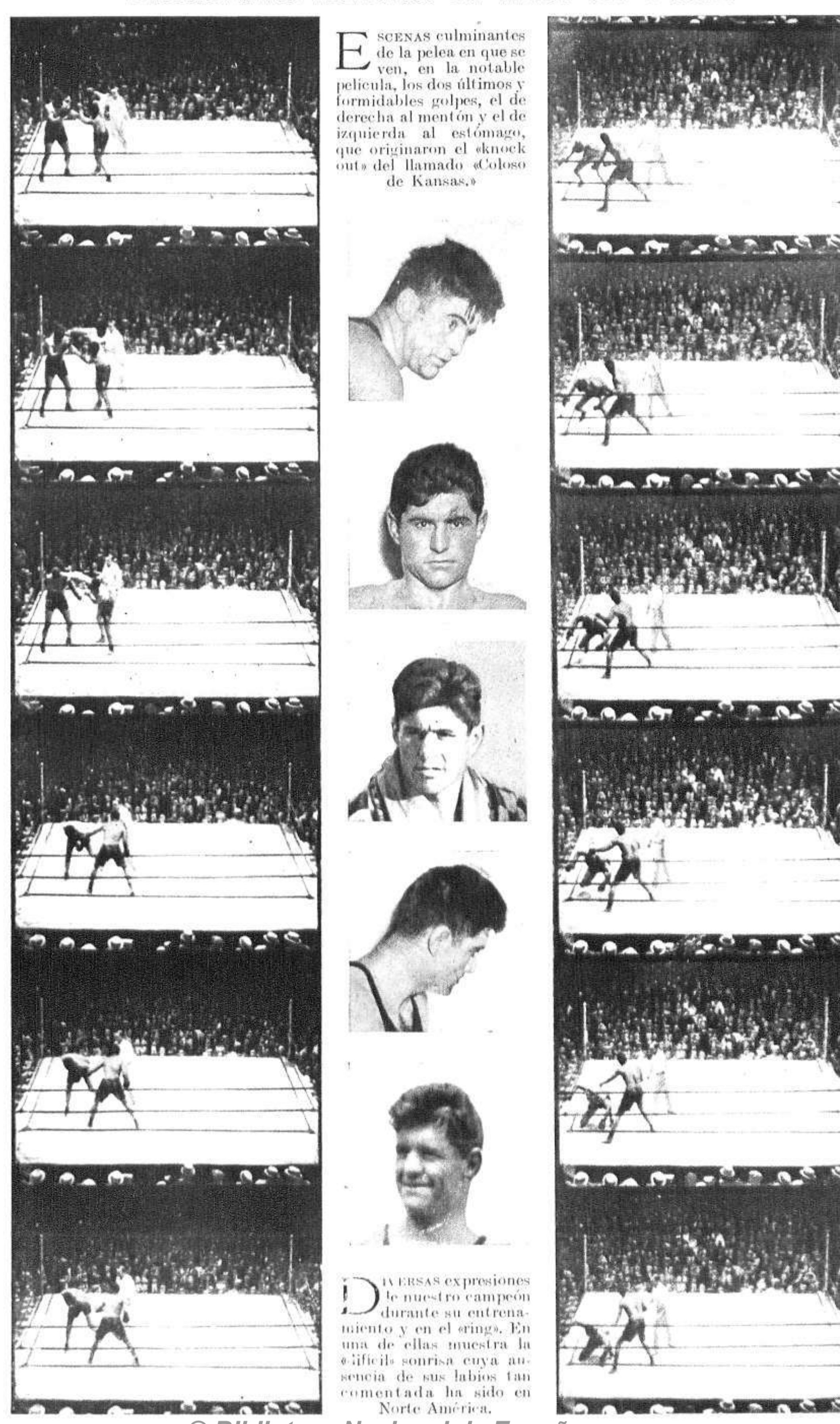
Dr. Francisco S. Soler



Pierde nuestra sociedad, con la muerte del doctor Francisco S. Soler, una de las figuras más representativas de la medicina nacional, la que ejerciera durante sesenta y dos años, tomando parte activa en cuantas manifestaciones de cultura se sucedieron en tan prolongado período, prestando valiosos servicios facultativos al ejército y siendo un gran educador, un infatigable y eficiente funcionario, sobre todo en su provincia, Entre Ríos, a la que prestó valiosos servicios.

Firpo hacia el campeonato mundial

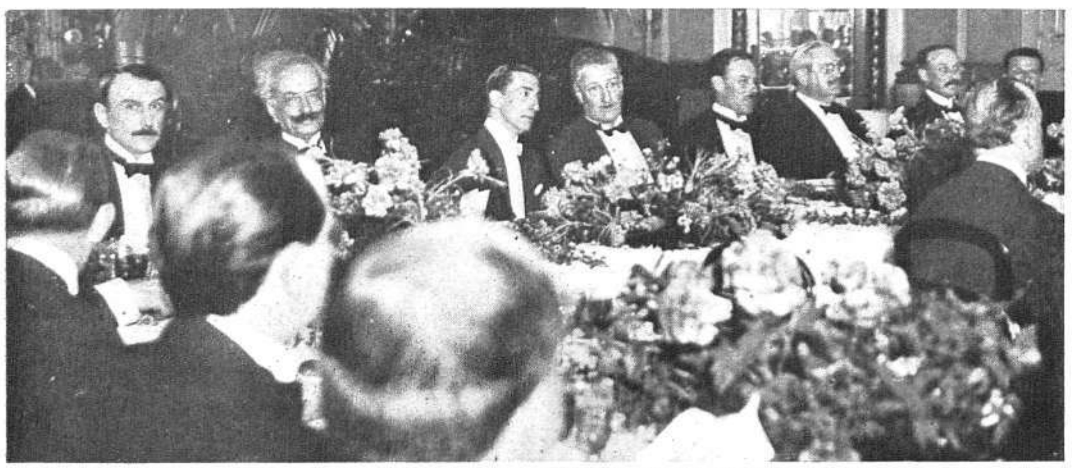
Emocionantes momentos del match con Willard



Escenas culminantes de la pelea en que se ven, en la notable película, los dos últimos y formidables golpes, el de derecha al mentón y el de izquierda al estómago, que originaron el «knock out» del llamado «Coloso de Kansas.»

Diversas expresiones de nuestro campeón durante su entrenamiento y en el «ring». En una de ellas muestra la «difícil» sonrisa cuya ausencia de sus labios tan comentada ha sido en Norte América.

Sociedad de Medicina Veterinaria



Cabecera del banquete ocupada por el presidente de la Sociedad de Medicina Veterinaria, doctor Arturo B. Quirós; el gobernador de la provincia de Buenos Aires, el ministro de Justicia, el vicegobernador, doctor Solanet; el intendente municipal y los doctores Ramón J. Cárcano, Joaquín S. de Anchorena y otros significados personajes y profesionales que concurrieron para conmemorar el 40.° aniversario de la inauguración de los cursos en el Instituto Agronómico Veterinario de Santa Catalina.

Nuevo presidente del Dto. N. de Higiene



El ministro del Interior, doctor Matienzo, el senador Vicente C. Gallo y el nuevo presidente del Departamento Nacional de Higiene, doctor Gregorio Aráoz Alfaro, en el acto de tomar posesión de su alto cargo.

En el Hospital Tornú



El intendente municipal, doctor Noel, el director de la Asistencia Pública, doctor Zubizarreta, el director del establecimiento, doctor Raymondi, y demás personal que presenciaron el acto inaugural de un pabellón para maternidad de tuberculosas.



Los asambleístas que se reunieron en la Bolsa, dirigiéndose en masa a la Casa Rosada, después de haber celebrado una importante y laboriosa reunión de carácter económico nacional.

Grupo de delegados subiendo las escalinatas del edificio del Gobierno para entregar al doctor Alvear un memorial de protesta contra los impuestos aprobados por la Cámara de Diputados.

117.º aniversario de la Reconquista de Buenos Aires



El embajador de España saliendo del Tedéum oficiado en la basílica del Rosario para conmemorar la gloriosa efemérides, acto religioso que estuvo muy concurrido.

El doctor Martín Hidalgo Barreiro, leyendo, en nombre de la comisión organizadora, un discurso patriótico en el atrio del templo, ante un numeroso auditorio que allí se congregó.

Fiesta nacional del Ecuador



El doctor Gallardo, nuestro canciller, y conocidas personalidades que fueron invitadas a la recepción ofrecida por el ministro del Ecuador para celebrar el 114.º aniversario de la independencia de su país.

Festival en honor de Bolivia



El ministro de Bolivia, que presidió el acto verificado en el Ateneo Hispano-Americano para rememorar la fecha de la libertad de aquella república, con los diplomáticos hispanoamericanos que asistieron.

Partida del 1.er tren de turismo de los F.F. C.C. del Estado



Eduardo Vargas Machuca, nuestro repórter gráfico, que acompaña a los excursionistas, representando a "Caras y Caretas" y "Plus Ultra".



El director de los ferrocarriles del Estado y un grupo de significados personajes que se adhirieron a la interesante jira, de la cual publicarán nuestras revistas diversos aspectos tomados por el enviado especial.

En el Club de Flores





Señoritas y jóvenes pertenecientes a la aristocrática institución, que dieron un te danzante pro tribu charrúa, con objeto de reunir fondos para organizar una orquesta indígena de tal carácter.

otos de Arr... y Ball

TIRABOSCHI CRUZA EL CANAL DE LA MANCHA

Realiza su magnífica hazaña marcando un tiempo record



El entusiasta nadador Enrique Tiraboschi, que al ejecutar su maravillosa proeza ha logrado realizar su más ansiado propósito.



Tiraboschi rodeado por sus admiradores después de intentar, el año 1914, el campeonato mundial de la distancia, del cual hubo de desistir debido a un contratiempo físico.



El representante del Club de Gimnasia y Esgrima, en uno de sus entrenamientos diarios antes de partir para Europa. El tiempo empleado, 16 horas y 33 minutos, da una idea precisa del notable triunfo alcanzado por el campeón.

DRAMATICO SUCESO

Chauffeur que luego de desacatar la orden de dos empleados de investigaciones se suicida

FUÉ tema de muchos y muy apasionados comentarios el sangriento suceso acaecido en la casa de la señora Lía Esther García de Soriano Nazar, en cuyo domicilio se introdujo su ex chauffeur, exigiéndole dinero y alhajas; y como ella se negara y él insistiera violentamente, la primera, valiéndose de su mucama, dió aviso a la policía de investigaciones. Poco después, cuando le intimidaban a rendirse dos agentes, dando golpes a la puerta tras de la cual se había encerrado, disparó su revólver y rompió un vidrio, y entonces, al forzar la cerradura, oyeron dos nuevas detonaciones, encontrándose ante el cadáver del intruso, que se había suicidado.

El suicida chauffeur Claudio Legaspe.



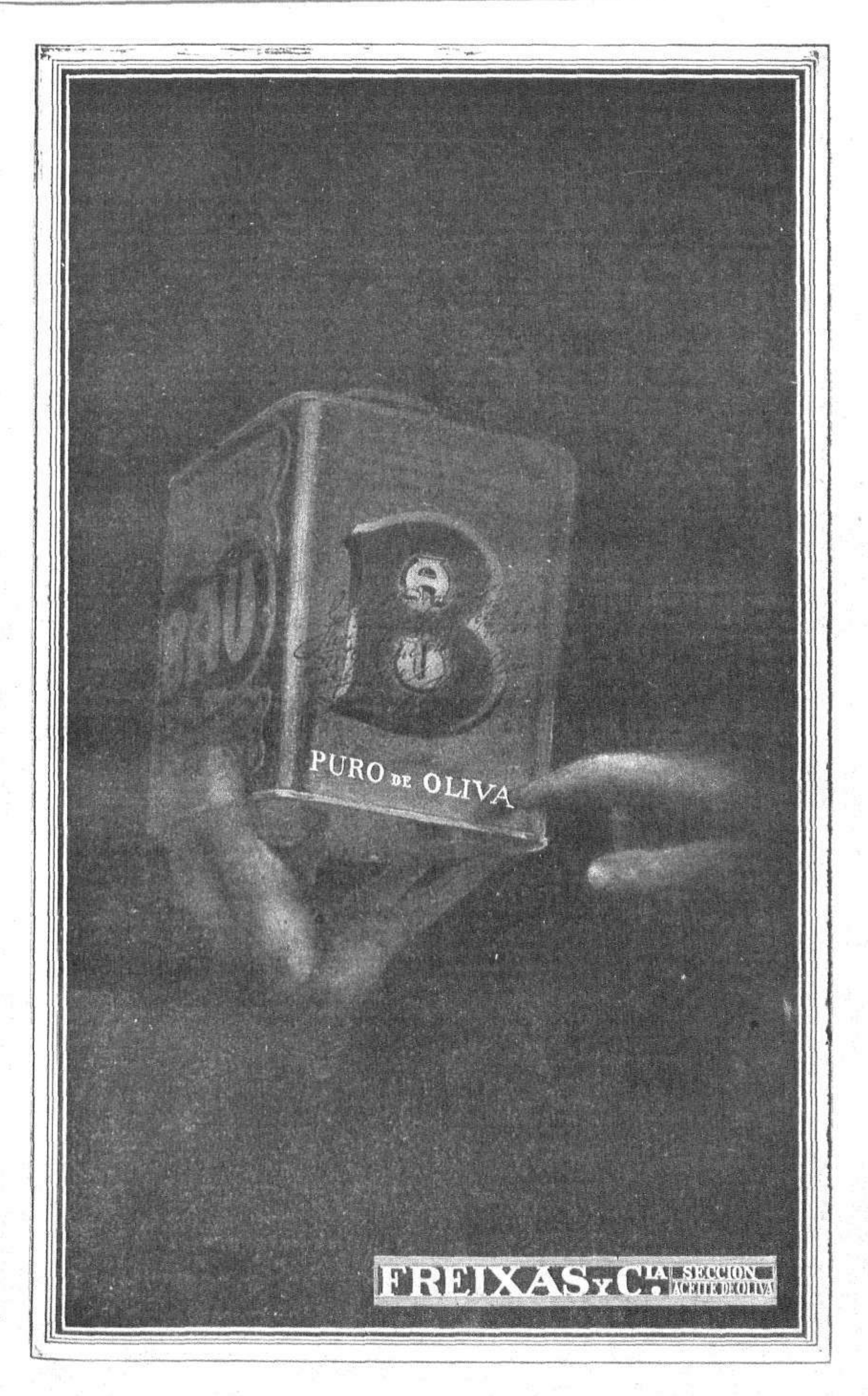
La sirvienta Benedita Rey de Paz.



El cadáver del chauffeur, tal como se le encontró al penetrar los funcionarios policiales llamados por los agentes de investigaciones cuando aquel les hizo un disparo.



El juez de instrucción, doctor Ortiz de Rozas, y su secretario, llegando al sitio del trágico suceso, en la calle Cabildo, 1959.


PURO DE OLIVA
FREIXAS y C.IA
SECCION ACEITE DE OLIVA

LOS LIBROS

En el deseo de propender al conocimiento y difusión de la producción intelectual entre nosotros, publicaremos una sucinta biografía y juicio crítico de los libros que lleguen a nuestra redacción.

OLLANTAY, *por Carlos Monsalve.* — Mucho se ha discutido acerca de si el drama *Ollantay*, escrito en quichua, es anterior o posterior a la conquista del Perú, y probablemente nunca se llegará a la solución decisiva del punto por falta de pruebas irredargüibles en uno u otro sentido; mas ello no es óbice para que esa obra tenga singular interés para todo lector de estas partes del mundo, pues su lectura evoca una civilización con la cual nos sentimos ligados siquiera sea por vínculos un poco románticos. Se sabe que el asunto de Ollantay es de aquellos que han florecido, por decirlo así, en todas las literaturas, con variantes más o menos acentuadas; pero como es un asunto particularmente emocionante, en que andan en juego las pasiones capitales del hombre: amor, orgullo, odio, piedad, siempre la lectura del drama resulta de interés. La obra del señor Monsalve, el recuerdo de cuya labor literaria anterior no se ha perdido, por cierto, no es una nueva traducción del drama quichua, sino una novela cuyo asunto ha sido sacado de él. El empeño no era de poco momento, porque, en realidad, se trataba de una resurrección histórica, al modo de «La Hija del Rey de Egipto» de Ebers y de otras por el estilo; y para lograr semejantes resurrecciones es menester no solamente mucho conocimiento de lo que se quiere resucitar, sino también la imaginación necesaria para dar vida a la resurrección, si se desea que no quede reducida al papel de una rapsodia más de historias requeteconocidas. El señor Monsalve ha vencido brillantemente las dificultades de su empresa por la sencillísima razón de que posee las cualidades indispensables para ello. Su conocimiento profundo de la civilización incaica queda de manifiesto en la introducción de su novela, que es una muy bien lograda exposición de lo que al respecto se sabe, exposición a la cual aun el más meticuloso de los críticos no podría hacer sino rectificaciones de detalle. Enamorado de la civilización incaica, el señor Monsalve no podía haber encontrado mejor manera de exteriorizar su amor que tomando a «Ollantay» como asunto de una novela. Ha seguido, pues, fielmente al drama en el desarrollo de su obra, bien que llenando ciertos vacíos que en el drama se advierten y que se atribuyen a la pérdida de parte del manuscrito original; y en todo momento se tiene la impresión de estar ante una resurrección histórica hecha con tanto amor como talento. No tienen los hechos ni los personajes de la novela del señor Monsalve aquello de artificioso que con frecuencia se advierte en la mayor parte de las novelas históricas; por el contrario, la naturaleza, el ambiente, la ideología de los personajes, la pintura de las costumbres, dan la impresión de la verdad, que es el triunfo mayor que en este género literario se puede obtener. Además, este libro dará ocasión a que muchos lectores se sientan atraídos por el deseo de conocer más de cerca la civilización incaica, que es parte tan esencial del conocimiento de la historia americana, y ello aumenta los merecimientos de «Ollantay», en cada una de cuyas páginas se nota la pericia de un escritor tan dueño de su asunto como de su estilo.

EL TESTAMENTO DE CARLOS II, *por Alfonso Danvila.* — Desde que, hace ya varios lustros, leímos el bello libro que el señor Danvila publicó sobre el infortunado Luis I de España y su deschavetada esposa, una Orleans de las de la Regencia, veníamos lamentando que el distinguido escritor no hubiese persistido en el cultivo de un género literario para el cual demostraba tan felices disposiciones, tanto más dignas de encomio cuanto poco frecuentes en la literatura española de nuestros días. Pues ahora, después de tantos años, vemos en gran modo satisfechos nuestros deseos con la publicación de este libro, primero de una serie que lleva el título general de «Las Luchas Fratricidas de España». No es este un libro de historia, como aquel a que aludimos al principiar, sino una novela histórica, en la cual algunos personajes imaginarios actúan en la trama, diremos, de la verdadera historia. La época escogida por el señor Danvila para su serie no podía ser mejor para el objeto, pues con la muerte de Carlos II y el advenimiento de los Borbones empezó en nuestra historia, es decir, en la historia de España y de América, que por entonces no eran sino una, una época singularmente interesante. Los días en que se desarrolla la novela del señor Danvila fueron de los más desoladoramente tristes porque ha pasado la madre patria. Mientras el rey no acaba de morir — un rey más bien digno de lástima y de amor que de desprecio, como dijo Cánovas del Castillo — el país no solamente se hunde en una ruina de que tal vez no hay otro ejemplo en la historia, sino que los demás potentados de la tierra conciertan el reparto de su herencia como si se tratase de bienes mostrencos y no existiese el dueño verdadero, el pueblo español. Eliminada por la muerte la candidatura bávara a la sucesión de Carlos II, la lucha se empeñó entre el austriaco y el francés, hasta que al fin venció el segundo, pues Carlos en su último testamento dejó su corona a Felipe, duque de Anjou, nieto de Luis XIV. Se comprende cómo semejantes sucesos traerían agitada e inquieta la vida de Madrid, cuya población estaba dividida entre partidarios del austriaco y partidarios del francés. El señor Danvila parece tener más simpatías por el austriaco, pues en un partidario de él ha puesto todas las virtudes, y hasta todos los defectos que suelen parecer virtudes, que podía tener un caballero de la época, y su retrato del cardenal Portocarrero, jefe de la facción francesa, no es, por cierto, halagador; bien es verdad que la historia no dice lo contrario. Mas ello nada tiene que ver con los méritos positivos de este libro, en el cual la fidelidad histórica es cumplidamente guardada, como puede comprobarlo quienquiera que conozca más o menos la época de que se trata. Muy merecedora de la tan favorable acogida que ha tenido es, pues, esta novela del señor Danvila, que si sabe mucha historia sabe asimismo escribir muy bien y es excelente novelista. Sólo un reparo se nos ocurre: que el distinguido autor haya eliminado de su obra todo lo relacionado con los sucesos que tuvieron como consecuencia que Carlos II fuese llamado el Hechizado, sucesos que no dejaron de tener su importancia sobre cuestión de tanta trascendencia como la que teóricamente resolvió el testamento de Carlos II, que habría de ser todavía, para España, causa de los trastornos y sufrimientos que el señor Danvila nos contará en los volúmenes siguientes de la serie tan hermosamente iniciada.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS

Más allá de las lágrimas, versos graves, por Tomás Allende Iragorri. Ediciones Selectas América. Buenos Aires.

Mirra, versos de M. de Saavedra Z.

La vanidad criolla, por Rómulo Baya. Buenos Aires.

Poemas de Amor y Juventud, por Horacio Ferreyra Díaz. Buenos Aires.

Flores y Amores, versos, por Sixto D. Soto. Buenos Aires.

Las charlas del juglar, por Horacio H. Dobranich. Imprenta Arias. Buenos Aires.

Predio Natal, versos, por Fel. Star. Catamarca.

Acacia de Firenne, novela, por Adolfo Venturini. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires.

Campo Arado, novela, por Amílcar Razori. Julio E. Rossi, editor. Buenos Aires.

Los primeros pecados, versos, cuentos y cartas críticas, por Fernando Lemmerich Muñoz. Imprenta «La Tierra». Rosario.

Boceto de mi viaje a Norte América, por Andrés Moch. Impreso en «La Baskonia». Buenos Aires.

Historia de Cristo, por Juan Papini, traducción de Mons. Agustín Piaggio. Editorial Bayardo. Buenos Aires.

FOLLETOS:

Conferencia del Excmo Sr. D. José Francos Rodríguez sobre «Acción hispanoamericana», pronunciada en el Salón Llorens, de Sevilla. Imp. de S. Peralto. Sevilla.

ALBUMES:

Lago Nahuel-Huapí (República Argentina). Estudios fotográficos de Alberto M. de Agostini con 30 vistas y dos panoramas. Rivoli Torinese. Italia.



—Ya que te van a guillotinar dentro de una hora, toma esta copa de aguardiente.

—¡Te lo agradezco; pero temo enfermarme de la garganta!

LA VERDADERA NOBLEZA

POR ADELIA DI CARLO



APÁ — decía Yiyito cierto día, — es una lástima que tú no seas rico.

— ¿Por qué, hijo mío?

— Porque los ricos son gentes muy felices.

— ¿En qué fundas tu creencia?

— Se trasladan de un punto a otro sin tomarse la menor molestia, porque tienen a su disposición hermosos coches, lujosos automóviles, y cuando emprenden largos viajes, ya sea por tierra o por mar, tienen los más confortables compartimentos en trenes y vapores.

— Pero, hijito, por eso no son felices. Te he dicho más de una vez que para ser feliz hay que ser bueno.

— ¡Es tan difícil, papá, ser bueno!

— Ya lo sé; el mal tiene mil asechanzas, mil modos de poner a prueba la bondad de un alma. Ten en cuenta cuando te sientas desfallecer que el bien triunfa siempre. Vamos a ver, ¿piensas tú que realmente la más bella cosa que existe en este mundo es ser rico?

— Sí, papá.

— ¿Por qué?

— Sencillamente porque los ricos no van a la escuela, no trabajan como tú, no padecen frío como mi amiguito Enrique, porque tienen buenos abrigos, estufas en sus lujosas casas, y cuando llega el calor se van al campo y comen muchos dulces y golosinas.

— ¿Por eso nada más?

— ¿Te parece poco?

— Sí, porque no creo que abunden ricos buenos que amen a sus semejantes como predicó Jesús.

— Es cierto y se olvidan que vivió toda la vida pobre y era hijo de un carpintero.

— Me entristece la amargura con que pronuncias la palabra pobre. Dime, hijo mío — añadió amorosamente el padre atrayendo hacia sí a Yiyito — ¿te han despreciado alguna vez por ser pobre?

— No, papá; pero cuando Carlitos, mi compañero de escuela y yo nos encontramos con el hijo del rico señor Arau, éste no hace más que enumerar las comodidades de que disfruta y mirarnos con aire de superioridad.

— No hagan caso de ello; procuren Carlitos y tú ser tan amables, tan educados, tan correctos que el niño rico reciba de ustedes tal ejemplo que se incline a quereros y a dejar de lado sus fanfarronerías. Recuerda, hijo mío, que no todos nacieron para ser ricos, y que serás noble únicamente si eres bueno. Si alguna vez alguien te reprochara tu origen humilde, acuérdate de la respuesta que dió en cierta ocasión un diputado de la Cámara de los Comunes de Inglaterra a un colega que le echó en cara su obscuro origen como si fuera una mancha. — «Recuerdo haberos visto lustrar las botas a mi padre»... El colega no se enojó y le respondió tranquilamente:

— «¿Y dígame, señor mío, nos las lustraba bien?»

El haber lustrado bien las botas, mejor dicho, el haber hecho bien su trabajo le producía una gran satisfacción, confundiendo al mismo tiempo al que quiso humillarlo.

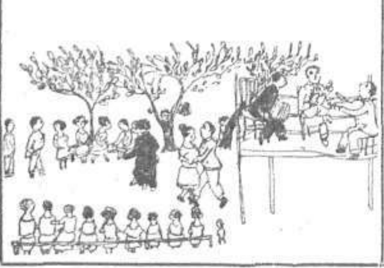

R. Mánica
DE USTED
DEPENDE
señora, la perfección de su físico, pues
es indudable que si usa diariamente el
POLVO GRASEOSO
LEICHNER
llegará a poseer un cutis realmente envidiable por su finura, delicadeza y suavidad, con lo cual tendrá de su parte el más importante factor para el triunfo de la belleza facial.
(Precio en la capital federal: $ 1.50 la caja)
MENDEL y Cía.
En Buenos Aires: calle Guardia Vieja, 4439
En Montevideo: calle Cerrito, 673



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



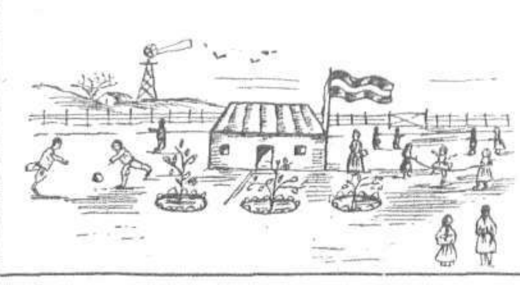
1482. — En el picnic.
RAMÓN RUBÉN MIQUEO.



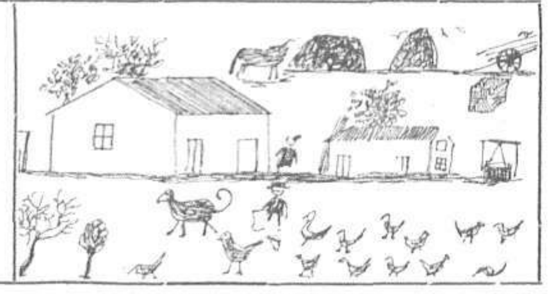
1483. — Mi abuelita está celosa.
MARÍA HAYDEE CORTEJARENA.



1484. — El asado de despedida.
JUANITO ALTOLAGUIRRE.



1485. — La escuela de Las Salinas en la pampa.
ROSITA CASTRO.



1486. — La chacra del tío.
PABLO GARCÍA.

De los dibujos publicados durante el mes de julio han sido premiados los siguientes números: 1448, 1449, 1450, 1452, 1453, 1455, 1456, 1458, 1459, 1460, 1464, 1467, 1468 y 1469.

— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!



PUNTO DE VISTA

Un sitio quedó libre en la mesa del baccará, y un jovencito entre los jugadores que estaban de pie, dirigió a manera de saludo una sonrisa a su vecina de la derecha y a su vecino de la izquierda, luego sentóse con precaución y cuidando de no incomodar a nadie. Sacó de su bolsillo una cigarrera, una cartera, un monóculo y lo colocó todo delante de él.

La dama observó sus ojos, que eran negros y hermosos, un poco húmedos, y de una dulzura singular. El vecino, su smoking, que era el más hermoso smoking que pudiera darse, las mangas tan bien montadas que seguían el dibujo de los hombros, los lados cortados con tanto acierto que modelaban sus pectorales, los reversos de la solapa, inflexivos y rígidos, el chaleco blanco abriéndose sobre las dos rayas del pantalón como la cola de una golondrina. De una mirada, el tallador apreció el rubí que brillaba en su dedo meñique y el inspector de juego, lo pulido de sus uñas. El joven soportó el examen sin preocupación ni temor, anunciando con una voz, un poco posada, cuando le llegó la mano: «¡Quince luises!» Perdió con buenas maneras, y, de nuevo las manos, puestas sobre la mesa, esperó su turno. Jugaba sin apuros, arriesgando de cuando en cuando uno que otro «banco», siempre dispuesto a renunciar si alguien manifestaba el deseo de reemplazarlo, aceptando como un honor la más mínima participación en sus pases, encargándose, cuando ganaba, de entregar la suma a su asociado como si le devolviera plata prestada. Hasta las once de la noche la partida fué más bien monótona. El paquete de billetes y de fichas con que su dedo jugaba no aumentaba ni disminuía sensiblemente. Parecía, además, darle poca importancia a ese detalle y encontraba un mayor placer en el golpe de vista que en el capricho de los naipes.

A eso de medianoche tuvo algunos pases felices. Pero, medido, lejos de extremar su suerte, pasó el mazo de cartas con una sonrisa satisfecha.

— Usted hace mal — observó su vecina; — la mano parece aún buena.

— ¡Bah! — repuso. — Perdía y he vuelto a recuperar mi dinero. No pido más. Generalmente estoy de «jetta»...

Su vecino de la izquierda lo miró severamente, porque esta palabra es de las que no deben pronunciarse jamás en un casino. Comprendió el reproche y se excusó asegurando que no era supersticioso. Y de nuevo quedó pensativo, absorbido en reflexiones hasta el punto de dejar pasar su turno. Esta distracción lo confundió hasta el punto de adelantar inadvertidamente un billete de mil francos. Hizo un gesto como para volverlo a tomar, luego cambió de opinión, sea que se quiso castigar de haber soñado a destiempo, o sea que se entregaba por entero a la suerte. Entregó cartas y dió vuelta «nueve»; volvió a dar y dió vuelta, «ocho». Dió una tercera vez y ganó.

— ¡Otra buena mano! — dijo la señora.



— Es una manera inocente de matar el tiempo...



— Yo te dije que no mascaras goma al tocar.

— ¡Vaya!... — dijo el joven, con los ojos medio cerrados porque el humo de su cigarrillo lo enceguecía.

— Seiscientos luises a hacer — anunció el tallador.

— Bueno — dijo aquél, pasando el mazo.

— Sólo hay para usted — dijo el vecino de la izquierda.

— Será por las veces que pierdo...

— Evidentemente, no se puede ganar siempre; sería demasiado hermoso...

Aprobó con un gesto de cabeza, contando sus billetes y sus fichas, que formaban delante de él un montón respetable, y dividió en dos partes su dinero: una constituía el capital, la otra su beneficio. Mezcló todo, lo volvió a dividir, levantando pequeñas torres de fichas multicolores, dibujando losanges azules, rojos, verdes; luego, habiendo echado abajo todas esas construcciones, limpió su monóculo, lo retuvo en la arcada del ojo izquierdo y, de nuevo los codos sobre la mesa, esperó.

La dama dijo:

— ¿Quiere que hagamos «banco», juntos?

— Si le agrada, cómo no.

Habiendo perdido, se levantó, siempre sonriente, y dió una vuelta por los salones.

— Usted tiene en verdad suerte — le dijo el vecino de la izquierda cuando volvió a su sitio. — La mano que le tocaba saltó al primer golpe. ¡Usted huele las cartas!...

— Apenas algunos principios. Es necesario dejar respirar la suerte, la buena tanto como la mala... si no... ¿Me permite? ¿Cuánto es el banco?

— Quinientos luises.

— Aquí están... ¡Nueve!

— Vuelve a empezar — murmuró la dama.

El, de pie, una rodilla sobre la silla, el cuerpo inclinado, daba aún y daba vuelta «ocho». Jugaba sin apresurarse, dejando a los puntos tiempo para reflexionar y decidirse, calmando con un gesto al tallador demasiado apresurado, dando cartas sólo cuando todos habían apostado.

Al sexto pase la dama dijo:

— ¡Es increíble!



— Lo que hay de más increíble — gritó el señor de la izquierda — es que desde hace una hora nos estamos dejando robar por un canalla.

— ¡Señor!

— ¡No hay nada de «señor»! — gritó el jugador. ¡Usted tiene un juego de naipes escondido entre la manga! ¡Vamos! ¡Agite su brazo!

— ¿Qué son estas historias?... ¡Estas historias! — deploró el jovencito. — ¡Nada de escándalo! Yo me voy. ¡Está bien!

— ¡No! ¿Pero usted cree que esto se va a arreglar sólo así? ¡Un inspector!... ¿Es que no hay un inspector aquí?

La señora decía, en medio de un hipo:

— ¡Es asombroso!... ¡Es increíble!...

Uno de los perdedores alzó el brazo vengador. Una dama protegió su collar entre sus manos cerradas, el cambista cerró el cofre de la «cagnotte». Al fin, el inspector apareció.

— Señor, yo no tengo que recibir observaciones de usted — dijo el inspector, fuera de sí.

— ¡Pero las recibirá a pesar de todo!

Se gritaba, se gesticulaba, las mujeres sobre todo dejaban oír sus notas agudas. Sólo, en medio de tantas personas desencadenadas, el joven del smoking impecable conservaba la sangre fría. Apenas un poco de rosado en los pómulos.

A pesar de que lo tenían rodeado de amenazas, su rostro denotaba más bien sorpresa que miedo. A veces, intentaba decir una palabra, pero, en un escándalo parecido, ¿cómo hacerse entender?... Resignóse al silencio. Por fin un poco de calma se consiguió, porque en la batahola un señor acababa de echarse sobre él y darle una cachetada estruendosa.

— ¡Oh, señor! — dijo entonces, y sin quejarse. ¿Por qué? No lo comprendo... Es un mal entendido... Si usted me hubiera permitido aclarar... ¡Yo soy extranjero, señor, y uno no puede conocer todas las costumbres! ¿Qué he hecho de malo?... ¿Podría saberlo?... En mi país, los juegos de azar están prohibidos, pero se permiten los juegos de paciencia y de habilidad. Aquí veo que es todo lo contrario... ¡Yo he jugado a la manera de mi país!...



— Hay muchísimas chicas que no quieren casarse.
— ¿Cómo lo sabe usted?
— Porque yo les he preguntado...

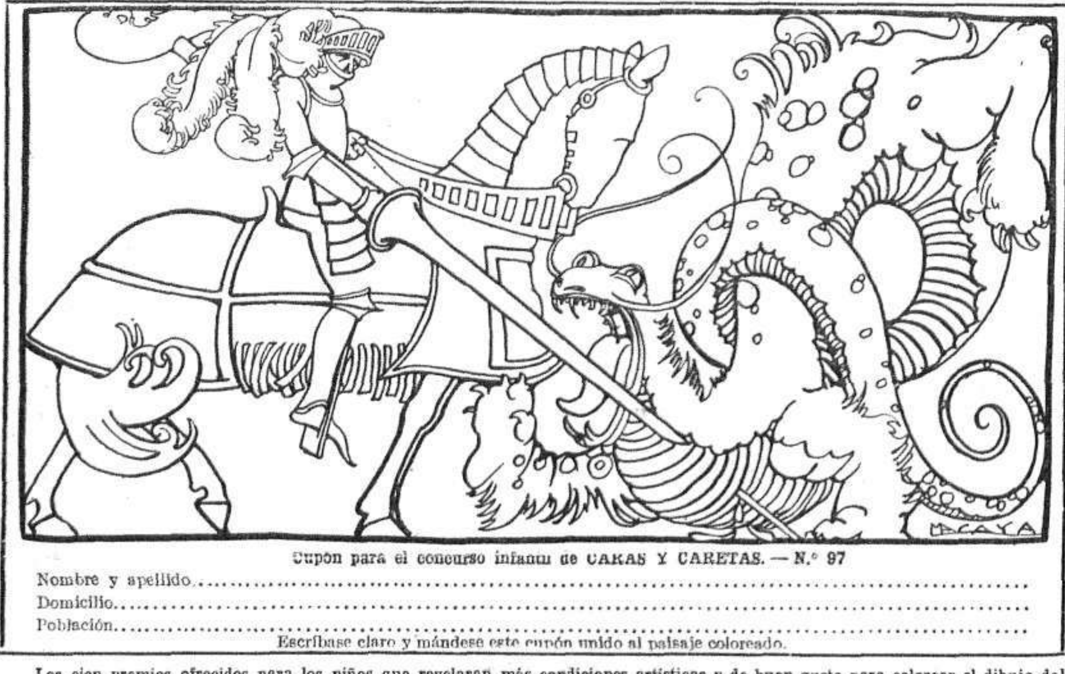


— ¡Te daré diez centavos por un beso, Isabel!
— ¡No, gracias! Gano más tomando aceite de bacalao...

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS — Chacabuco, 151-55, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 97

Nombre y apellido...

Domicilio...

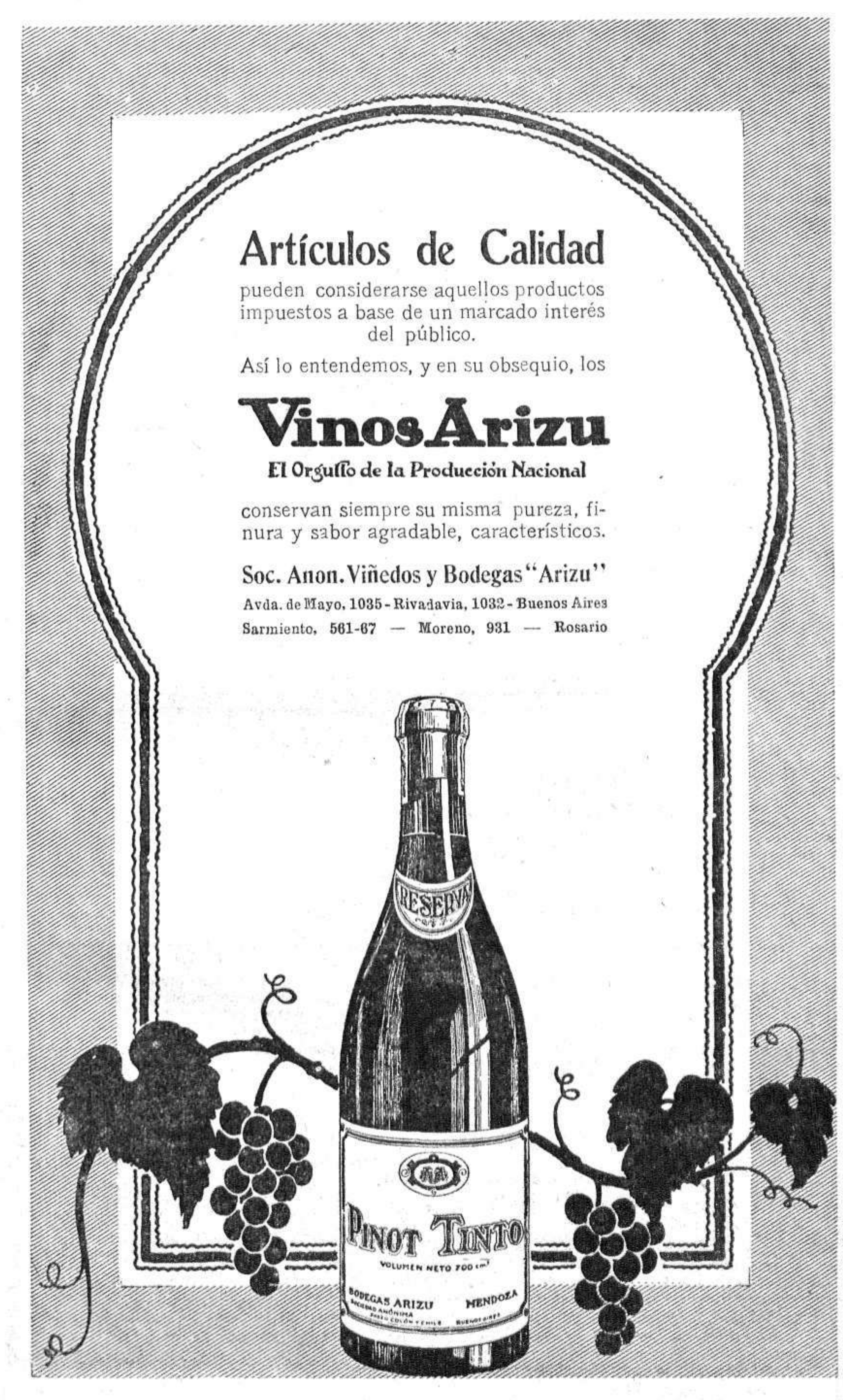
Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo del Concurso N.° 96 han correspondido a los firmados con los nombres que a continuación se expresan:

Acosta, Dora.
Areche, Italo Luis.
Abdala, Reinaldo.
Avelleyra, Carmen.
Anzaldi, Adela Eloisa.
Abideo, Rodolfo.
Alemán, N. Orlando.
Apellaniz, Virginia.
Berriola, Tomás.
Bacigalupo, Celia.
Barella, N. Adelina.
Bustos, R. César.
Berges, A. Jofre.
Bonacina, Luis Fernando.
Basaldúa R., Beatriz L.
Bonetto, María.
Cammarata, Antonio.
Costa Carrillo, Zaida.
Cortajerena, María Haydee.
Cabanillas, Alicia.
Ceniza, Filomena.
Carrajancq S., Oscar.
Cadirola, Carlos José.
Casares L., Ercilia.
Couto, Adulia.
Cortazar A., Ernesto.
Castellano, Angel.
Cova A., Nélida.
Carabelli, Elisa.
Callegaris M., Antonieta.
Chichizola, Roberto.
Chabiy, Miguel.
Chiappe, Eliseo.
Chiodi, Lilita.
Di Genni N., Orfilio.
Dupoleich G. B., Blanca.
Derubach, Elisa.
Dreher, Vicente.
Dandari, Rafael.
Dodero G., Augusto.
Deanna D., Jerónimo.
De Elía, Vito.
Debello, Rosa.
Espel, Encarnación.
Dante Fiorito P., Alfredo.
Fonseca M., Elena.
Fortuno, Miguel.
Fiambertti, Julia.
Giménez, Vicente.
Grosso, María Luisa.
Gómez C., Aníbal.
García, Margarita.
Gil, Semíramis.
Gapp, Héctor.
Gregorovich, Wladimiro.
Granzinotti, Pilarcita B.
Garagarza, Ignacia G.
Hahl, Elina.
Herrero, F.
Kohnan, Isaac.
Lauda, María Delia.
Luraschi, María Luisa.
Lastreto E., Bartolomé.
Luro, Alfredo.
Montaña, Eusebio.
Militello, Lila.
Martín, José.
Moreno, Francisco.
Marco, Aníbal.
Mobilia, Roberto.
Madueño, Susana.
Natalicio, Rodolfo.
Nisi, Marcelo.
Nino, Cecilio.
Olavarrieta M., Angélica.
Odena, Antonio Angel.
Peduzzi, Angel J.
Pretto, Victorio.
Pagnio, Héctor.
Penmpede, Yola Julia.
Purazili, Alberto Juan.
Pasman, Héctor Rodolfo.
Peña, Carmen.
Quenego, Elvirita.
Rosende, Aurora.
Roldán M., María B.
Rodríguez, Carlos.
Robles C., María.
Richter, Guillermo.
Stoppani, Andrés.
Senfft, Blanca R.
Selzer, Dina.
Sabria, Filomena.
Trech, Jacobo Nicanor.
Pirovani Tófalo, Pocholita.
Travieso, Patricio.
Tainhust, Ernesto H.
Vigón, Alba.
Vega, José.
Zamudio, Honorio O.

Los niños premiados residentes en la Capital deberán presentarse a retirar sus premios a esta Administración los días 21 y 22 del corriente mes, de 9 a 12 y de 15 a 18. — A los que residan fuera de la Capital rogamos soliciten sus premios por carta.


Artículos de Calidad
pueden considerarse aquellos productos impuestos a base de un marcado interés del público.
Así lo entendemos, y en su obsequio, los
Vinos Arizu
El Orgullo de la Producción Nacional
conservan siempre su misma pureza, finura y sabor agradable, característicos.
Soc. Anon. Viñedos y Bodegas "Arizu"
Avda. de Mayo, 1035 - Rivadavia, 1032 - Buenos Aires
Sarmiento, 561-67 — Moreno, 931 — Rosario
RESERVA
PINOT TINTO
BODEGAS ARIZU
MENDOZA

De Haedo (F.C.O.)



Parte de la numerosa concurrencia que asistió al festival artístico y danzante realizado bajo los auspicios de la Sociedad "La Gran Muñeca".

EN FAVOR DEL MATRIMONIO

Johnson asegura que el matrimonio tiene penas, pero el celibato no tiene placeres.

Clemente de Alejandría añade que el celibato apaga en las almas el sentimiento de caridad.

El gran Michelet, el filósofo del corazón, dice que el hombre sin mujer y sin hijos estudiaría mil años en los libros y en el mundo el misterio de la familia, sin que llegara a saber una palabra.

El amor conyugal no necesita de misterios ni de ilusiones.

Es una llama que arde poco a poco, sin quemar, sin delirio.

Es un sentimiento profundo: un afecto que tiene por compañeros la amistad, la estimación y el desinterés.

¡Felices, muy felices, los mortales prendidos con semejante lazo!

Su existencia corre sembrada de flores.

He aquí cómo se expresa Voltaire en pro del matrimonio:

Mientras más casados haya, menos crímenes habrá.

Regístrese la horrorosa estadística criminal, y se encontrarán cien solteros condenados por cada padre de familia.

El matrimonio hace al hombre más virtuoso y más sabio.

El padre de família no quiere avergonzarse ante sus hijos, y teme dejarles el oprobio por herencia.

PAÚL BOURGET.

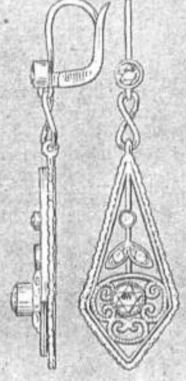
PRECIOS EXCEPCIONALES



N.° 136. — PLATA 900, con iniciales grabadas o esmalte, a... $ 5.00



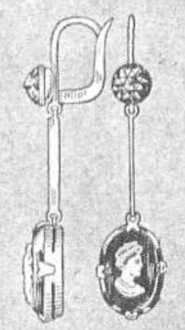
N.° 505. — ANILLO para caballero, oro 18 Fix, con 1 piedra quim., $ 9.00



N.° 509. — PLATINADO muy fino, con piedras fantasía, modelo elegante, a pesos....... 6.90



N.° 90. — PLAQUE de oro 18 kilates y piedras químicas, a.... $ 6.00



N.° 511. — PLATA fina, piedra imitación ónix, camafeo blanco. Precio de reclame..... $ 2.90



¡ULTIMA MODA!

PULSERA PARA SEÑORA O SEÑORITA, con cinta de moaré fino y de plata 900, con iniciales o nombre que se desee, en esmalte.. $ 5.-

La misma de oro 18 kilates, garantido..... $ 15.-

MARIA ENRIQUETA

N.° 508. — PRENDEDOR de nácar fino, con el nombre en esmalte................. $ 3.50

ESPLENDIDA OFERTA PARA NOVIOS

UN ESTUCHE CON DOS ANILLOS de oro 18 kilates, verdosos, de 6 gramos c/uno con iniciales y fecha, y un cintillo enchapado en oro 18 kil. con 5 brillantitos, todo por sólo $ 30.-

El mismo juego, con el cintillo de oro 18 kilates, a............................ $ 45.-

N.° 513. — BONITA PULSERA de moaré fino, con relojito simulado, platinado o ench. finísimo, bonito como regalo para niña o señorita...................... $ 3.50

BIEN OBSERVADOS

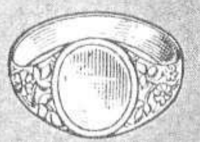
GARANTIA 3 AÑOS



RELOJ de níquel, chato, máquina bien observada, con cadena, a......... 7.90

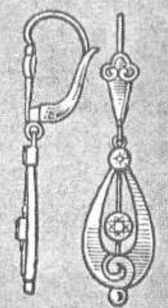
RELOJ de plata 800, 3 tapas, máquina bien observada y garantía por 3 años, c/cadena, $ 14

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno y enviamos los pedidos a cualquier punto de la República.



N.° 139. — GEMELOS de plata 900 con iniciales que se deseen en esmalte, el par, a..... $ 5.00

N.° 506. — ANILLO cincelado y ench. en oro 18 k. garantido, con monograma, a.... $ 6.00



N.° 499. — AROS de oro 18 kilates y piedras químicas, a... $ 12.90



N.° 510. — PLATA 900, para señorita, con el nombre en esmalte, varios modelos, a..... $ 3.90

El mismo anillo en oro 18 kilates, sellado, a $ 15.00



N.° 512. — COLLAR y medallón con esmalte fino, variedad de siluetas, de metal plateado, a pesos.......... 2.00

La Suiza Americana

RELOJERIA - D. SEITLER - JOYERIA

BERNARDO DE IRIGOYEN 540 Bs. AIRES



EL TRAJE SPORT

Por LUZ Y SOMBRA

Mientras que en el tennis y el golf los caprichos de la señora Moda no hacen brecha, nuevos horizontes se abren a las elegantes aficionadas a los deportes de tracción: el automovilismo y la equitación. Con la costumbre de cabalgar a horcajadas — hoy común a las mejores amazonas inglesas y latinas — se han introducido ciertas comodidades en la forma de vestir; la corbata en lugar del cuello rígido, el sombrero casi cow-boy, el saco hasta la rodilla y el breech en lugar de la incómoda pollera. En Inglaterra se usa el breech claro y el saco obscuro o de color. Si la silueta es linda y sabe llevar bien este traje, resulta elegantísimo. De la moda en automóvil hay mucho que decir: demasiado para concentrarlo en el corto espacio de esta página, en la que otro tema viene a ofrecerse a vuestro interés: el hombre. Hablaremos, pues, de las bellas viajeras en ocasión de relataros un enlace fuera de la ciudad. Y damos paso a la cenicienta moda masculina.

Hay que admitir que los porteños tienen en alto grado el instinto de la elegancia, pues, a pesar de que nadie se ocupe de la misma, es raro encontrar aquí un hombre que no se cuide de su aspecto mucho más que de... Bueno, en general los sacos de sport se usan muy ablusados y amplios. Esta última condición se obtiene por dos vías diferentes: por la forma de la bocamanga, que puede ser normal, pero la parte de abajo de la manga desciende sensiblemente y forma «soufflet», o puede tener la costura de atrás «acordeón»; la otra vía es una forma especial de la espalda. En este caso el ampleur se obtiene por pequeños pliegues relevados o hendidos; si son dobles se ponen de cada lado; si no hay más que uno, central. Los bolsillos son numerosos y no es fácil colocarlos bien. Es necesario tener presente el sport para el que está destinado el saco; porque, por ejemplo, un bolsillo demasiado alto en un saco de cazar puede molestar en el tiro. Esos sacos llevan cinturón, o martingala, y acompañan la bombacha o el pantalón. Con la primera el saco será más largo que para el pantalón. La bombacha puede ser de cabalgar o de golf. La primera, muy amplia y redonda sobre la pantorrilla, quiere una terminación del saco amplia; la otra, cerrada debajo de la rodilla por una tira ajustada, tiene el mismo largo de arriba abajo.

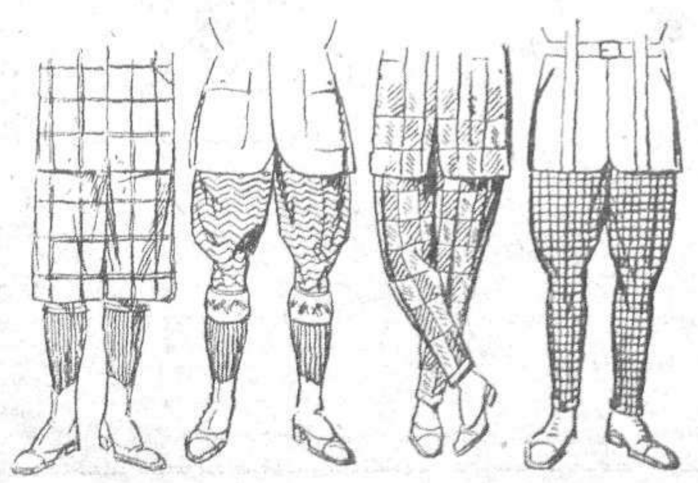
Con la bombacha — cuando no sea para cabalgar — el saco es derecho, y con el pantalón es ligeramente redondeado.

Para el yachting, pantalones de franela blanca y saco azul marino cruzado, cerrado por seis botones negros con el monograma del club. Los últimos modelos de sacos para yachting llevan las mangas raglán y la martingala clásica, que a veces se modifica en dos pequeñas martingalas laterales. El «mess-dress», o gran uniforme de yachting inglés, se ha transformado en un smoking de tono azul marino, cuyos dos botones gemelos, así como los cuatro botones del chaleco blanco, son dorados. El pantalón, azul marino, lleva la trencilla negra lateral. Un refinamiento agradable será la reproducción de la bandera del bote en los gemelos de la camisa y en la tapa del reloj... El último figurín del traje para camping es un saco amplio, ablusado, con cinturón 3/4, con cuello «reversible» que se puede abrir y cerrar según las variaciones de la temperatura; el pantalón tiene dos bolsillos horizontales; el chaleco es del mismo tejido con cuatro bolsillos cerrados por botones de cuero trenzado, la camisa de óxford o de franela.

Para el que vive en estancias o en quintas alejadas de la ciudad, ese traje convendrá para las mañanas, reservando para las visitas o las excursiones de tarde el saco habana o «tete-de-negre» con pantalones de homespún beige muy claro, casi blanco.

Es inútil decir que todos estos trajes serían absolutamente inadmisibles con un sobretodo de ciudad. Ellos exigen la capa de homespún o un inmenso raglán, o el «poncho» cuyas aberturas laterales forman mangas. El raglán tiene que formar casi kimono para ser de sport. Sin embargo, hay raglán con pliegues sin coser y martingala libre, que llenando el mismo fin no quitan esbeltez a la silueta.

Los géneros para los trajes sport son: homespún, shetland, vicuña, whippcord, sportex (que se empezó a fabricar en Europa el año pasado) y otro llamado «fresco» que es una etamina de lana suple y elegante, muy cara y poco conocida fuera de Francia.





UNA SEÑAL INEQUIVOCA

de distinción y de buen gusto es el uso de perfumes de rica clase y de esencias delicadas y discretas. Que no falte en su tocador la

LOCION CIELITO MIO

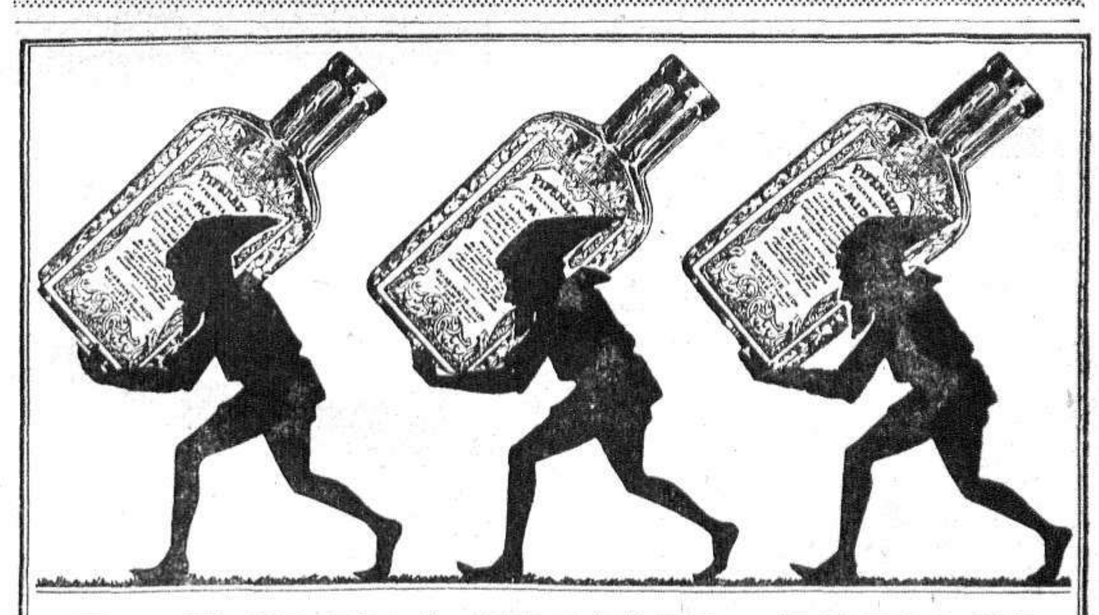
y el

POLVO CIELITO MIO

artículos de superior calidad y altamente deliciosos, y hará usted evidentes aquellas atractivas características personales.

PERFUMERIA MENDEL

En Buenos Aires: calle Guardia Vieja, 4439
En Montevideo: calle Cerrito, 673



PIPERAZINE MIDY

EL MEJOR DISOLVENTE DEL ACIDO URICO

Ha sido y será siempre el remedio soberano para el tratamiento del **REUMATISMO, GOTA aguda y crónica, ARENILLAS, URICEMIA, LITIASIS renal y vesical.**

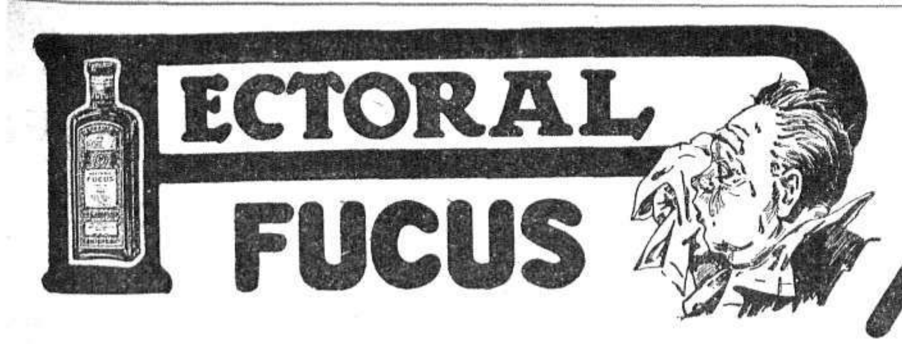
La **PIPERAZINE MIDY** se vende en todas las farmacias.

LABORATORIOS MIDY - 4, Rue Colonell Moll - París

Representantes para la Argentina y el Uruguay: CAILLON & HAMONET - Casilla Correo 543 - Buenos Aires

De Carlos Casares

Público congregado frente a la iglesia presenciando la salida de la procesión celebrada en honor de la Virgen del Carmen, patrona de este pueblo.



Impone Silencio a la Tos

2,50 el frasco
En las farmacias

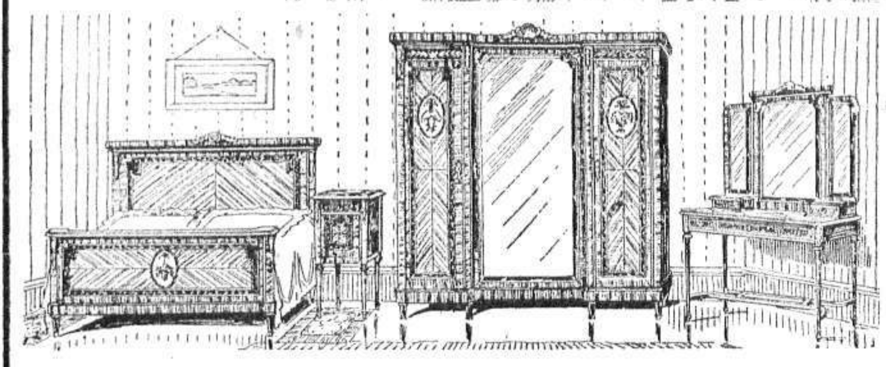
Batallón de boyscouts, que concurrió a los festejos organizados por el Ejército de Salvación, repartiendo caramelos entre los pequeños asilados.



Comedor de roble norteamericano o cedro-caoba, con marquetería y filetes de palo rosa, espejos biselados, mármoles «Coralinos», herrajes y aplicaciones de bronce. Compuesto de aparador con vitrinas laterales, trinchante, mesa ovalada con 1 tabla de agregar y 6 sillas tapizadas en cuero de búfalo.

$ 465





Dormitorio 3 cuerpos, en cedro-caoba, con marquetería fina, incrustaciones con filetes de palo rosa y aplicaciones de bronce, lunas y cristales biselados, elástico patentado, 1 mesa de centro y 2 sillas.

$ 550

TERZA Hermanos - 746, Sarmiento, 746 - Bs. Aires





"EL SOL DE NOCHE N.° 335"

ES EL ULTIMO MODELO DE LINTERNA A NAFTA
con pantalla fija, de bronce niquelado, denominada

"EL REY DE LA TEMPESTAD"

por ser a prueba de vientos, lluvias e insectos.

300 bujías de poder, **UN** litro dura **12** horas. Se gradúa la luz a voluntad.

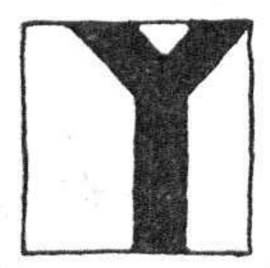
HERMOSO SURTIDO EN LAMPARAS PARA TODOS LOS USOS Y GUSTOS.

GRATIS remitimos nuestro catálogo general ilustrado, N°. 35; pídase a:

RICHEDA y Cía. - Talcahuano, 289 - Buenos Aires

REVENDEDORES ACTIVOS NECECITAMOS, UNO EN CADA LOCALIDAD.

LOS TARTARINES DE LAS POTENCIAS



Ya en otra ocasión os he hablado de las «Memorias» del ex káiser y de su prosa deslavazada y ramplona. ¡Qué diferencia entre su estilo literario y el que usaba cuando, asociado a la Providencia, dirigía a los ejércitos aquellas memorables frases jupiterinas! *Sic transit gloria mundi*... Del káiser podrá tener la posteridad un juicio contradictorio; pero ha de convenir en un punto, o sea en lo admirablemente que supo representar su papel. No ha tenido la humanidad un actor más perfecto. Alguien dirá que el último acto dejó algo que desear. Pero a esto hemos de responder que el último acto ya no era cosa escénica, sino dura realidad, y en ella cada cual se desempeña como puede. No es posible exigir al actor que sea en las apreturas de la vida lo que es en el escenario teatral. A nadie se le ocurrirá que Zacconi, por ejemplo, que tan admirablemente representa en escena la ataxia, o parálisis locomotriz, siga siendo atáxico si alguien le persigue en la calle o en el campo. Esto sería absurdo. El actor, sea en el teatro, sea en la política internacional — que tanto tiene de teatro — cumple con representar bien su papel, sin estar luego obligado a continuarlo en la vida real.

Don Guillermo no sólo representó de una manera inolvidable su papel imperial — no lo hizo mejor ningún emperador romano — sino que ha sabido también representar, con rara perfección, su triste papel de desterrado. Sus barbas lacias, sustituyendo a los bigotes antes enhiestos y enfilados como dos bayonetas; su humilde indumentaria, reemplazando a la capa blanca y el casco de bronce con las triunfales águilas; su gesto sosegado y tranquilo; todo, en fin, nos hacía suponer un manifiesto desdén por las pompas y vanidades del mundo, y hasta llegamos a creer que, imitando a Carlos V, acabara en místico anacoreta. Pero nuestra suposición ha salido fallida en este punto, como lo demuestra su nuevo matrimonio con una viuda que aun conserva atrayentes huellas de una belleza que, en sus floridos años, debió acelerar las palpitaciones del que entonces era gallardo kromprinz. El rescoldo se ha hecho brasa. Y ello nos induce a creer que si el ilustre desterrado renuncia a los dos primeros enemigos del alma, quiere permanecer adherido al tercero.

* * *

Pero vengamos a un punto de sus «Memorias» que resulta muy interesante para los pueblos latinoamericanos.

«Aquí tenemos — dice el ex káiser — un informe del profesor Usher, en el que se expresa la participación que habían de tener Inglaterra, Francia y Estados Unidos en los futuros acontecimientos, entre los cuales se contaban la conquista de las colonias españolas (el informe se refiere a 1897), el control sobre Méjico y la América Central, la apertura de China y la anexión de las estaciones carboníferas.»

Comentemos un poco. Fueran o no las cosas como las cuenta el ex káiser, el hecho indubitable es que en los años que precedieron a la guerra no pocos políticos, profesores, periodistas y militares de alta jerarquía de esta vieja Europa solían, insinuándolo unos, diciéndolo claramente otros, hablar de la intervención, control, protectorado — conquista, en una palabra — de ciertos países americanos. En los Estados Mayores, los mapas de algunas naciones del nuevo mundo estaban llenos de alfileres indicadores de los puntos por donde podrían ser invadidas por las gallardas tropas conquistadores.

Con todas estas fantasías marciales terminó la conflagración, cuya cola de problemas sociales y económicos no permiten ya a la vetusta Europa pensar en tales aventuras. Pero vale la pena de discurrir, siquiera someramente, sobre este anhelo de prolongarse, «manu militare» en la otra banda del Océano. ¿Podría realmente la potencia europea más potente dominar el más pequeño país americano? Una cosa es estudiar un mapa en el papel y tender sobre él todo género de paralelas y curvas, y otra muy distinta conocer la realidad física de un país, su composición social y el espíritu de sus moradores. De este conocimiento estaban ayunos todos los hombres que en Europa hablaban de la posibilidad de conquistas americanas.

* * *

Y puestos nosotros, con igual derecho que el ex káiser, a fantasear, vamos a imaginarnos un gran ejército europeo de un millón de soldados penetrando en una pequeña república — pequeña por el número de habitantes — pero enormemente mayor en territorio que la potencia invasora.

En marcha. La capital de la república está en la costa, como todas las capitales americanas, porque la manera que tuvieron de defenderse sus remotos fundadores de las asechanzas del indio era embarcándose: ¡al agua patos!...

Prosigamos. Ya ha llegado multitud de trasatlánticos con el millón de conquistadores. Convoyan los transportes unos terribles buques de guerra: drenos, cruceros, acorazados, submarinos. Los hidroaviones, patos mecánicos, y los aeroplanos, águilas siderúrgicas, vuelan sobre la capital. El general en jefe del ejército invasor envía un pliego al presidente de la república, diciéndole que no viene en son de guerra, sino a proteger al país contra los enemigos interiores y, sobre todo, contra otra potencia, enemiga de la potencia que él representa. El presidente manda con viento fresco al comisionado del pliego y agrega unas palabras terribles que pasarán a la historia. Entonces interviene el almirante, el hombre de los drenos, y da un plazo de 24 horas, pasado el cual bombardeará la capital. El presidente replica: «Este pueblo no le mezquina el cuero a su escuadra, ni echa lo que echó la taba». El almirante no comprende. Se apela al intérprete que llevan a bordo. Tampoco entiende, porque sólo conoce el castellano de Universidad, no el del universo. En su dictamen, aquellas palabras son indias.

Pasan las 24 horas y comienza el bombardeo. En poco tiempo la capital queda reducida a polvo. Y mientras caen las bombas se desarrolla en las calles una escena truculenta y no menos lógica que el bombardeo; la población nativa degüella a toda la colonia perteneciente a la potencia invasora. «La guerra es la guerra», apotegma que ha dejado calvos a tantos estadistas y generales.

Cuando desembarca la expedición no hay nadie en la capital. Todo el mundo «ha ganado campo afuera». El pueblo invadido no cuenta con armas ni municiones que oponer a los terribles artefactos bélicos que han llevado de Europa los invasores. Y entonces no queda más remedio que organizarse al antiguo modo de las montoneras. Toda la república está a caballo por las llanuras inmensas y los bosques tenebrosos. Los partidos políticos han desaparecido; no hay más que un solo partido. Los treinta o cuarenta contrincantes del presidente han depuesto sus odios, cencentrándolos en uno solo, frenético, ardiente, fogoso, en el odio al invasor. La república tiene ahora la unidad campacta de los grandes momentos históricos. El sublime superesfuerzo surgirá de todas las voluntades.

* * *

El formidable ejército invasor empieza a internarse en el país. No se ve a nadie. La artillería tira sobre la llanura desierta; sólo caen algunas vizcachas y peludos que se han descuidado. Los patos se han asustado un poco, pero se recobran pronto y siguen viaje a lagunas más lejanas. No hay caminos en la república, y la gran artillería europea se va hundiendo poco a poco. Ya no hay manera humana de sacar los cañones pesados de entre el polvo y los baches. La escuadra recorre la costa y dispara cañonazos; pero no hay nadie en la costa; es como si tirara sobre la Luna. Inútil la artillería de mar y tierra, el ejército invasor resuelve hacer la guerra a caballo; pero los pingos se los han llevado los republicanos invadidos.

Necesario es ir avanzando a pie. Se aventuran por el desierto y los bosques los destacamentos de avanzada. Y de pronto llueven sobre ellos las boleadoras, y pasan sus cabezas, en tránsito breve, desde los hombros a las puntas de las lanzas. No saben por donde andan; sus estudios sobre el mapa no les sirven sobre la realidad. Los invasores sólo conocen el país por el atlas geográfico; del mapa espiritual, que es detalle bastante importante, no saben una palabra.

El ejército republicano, que es todo el pueblo, tiene una movilidad de gamo. Su sobriedad es maravillosa; vive de cualquier manera. Además se ha llevado por delante los ganados, las vacas y las

ovejas, dejando al invasor, que pensaba vivir sobre el país, como la langosta, entregado a sus propios recursos. Las cocinas de campaña empiezan a estar demás. En la inmensa llanura hay unos animales y unos pájaros raros. San Huberto, patrón europeo de los cazadores, no los conoció nunca. Como las provisiones se van acabando, los invasores necesitan apelar a la caza; pero no saben cuáles de aquellos bichos son comibles. El hambre les obliga a no reparar, y apencan con los chajás, los chimangos, los zorrinos, las vizcachas y otros bocados igualmente exquisitos. Se declaran el escorbuto y la disentería. Entre los soldados invasores empieza a cundir la idea de sublevarse; algunos son partidarios de pasarse al enemigo, porque, además de la razón, tienen mejores alimentos. Son fusilados varios centenares de conspiradores...

El ejército europeo no encuentra agua en larguísimos espacios. Reina un calor horrible. Al tormento de la sed, añaden los mosquitos, que tupen la atmósfera, la saeta de sus aguijones. Unas serpientes colosales, que ven en los bosques abrazadas a los árboles, producen a los conquistadores un pánico que les suspende el aliento, pues aunque los culebrones están dormidos y son inofensivos, les parece que pueden tragarse un regimiento con cornetas y tambores.

La sed, el hambre, las fiebres, la disentería y el escorbuto van dejando por campos y bosques un tendal de fatigados. Los americanos invadidos acuden a retaguardia y realizan la obra de piedad de despenarlos con el cuchillo. No se puede hacer más para aligerar su desventura. Los oficiales son encorados, que es un género de muerte que invita mucho a la reflexión.

Al año de ser invadida la república, del millón de expedicionarios sólo queda la mitad, pálida y triste, quebrantada, precaria de salud y llena de nostalgia por la gran potencia de la cual la sacaron para agrandarla más, aunque, en realidad, va a disminuir en un millón de hombres.

La escuadra, ya herrumbrosa en su ocio, se bambalea en las costas solitarias. Ha corrido la voz de que la marinería será desembarcada para ir a los desiertos a reemplazar las bajas producidas. Pero los marineros, que ya saben cómo anda el ejército terrestre, protestan, alegando que ellos son guerreros acuáticos...

* * *

El general en jefe pasa un parte a su rey, o a su gobierno, diciendo que la moral del glorioso ejército es excelente. Luego, tras de afirmar que la victoria ha sido completa, alude a las grandes dificultades del terreno y del clima. Insinúa también que las pérdidas son sensibles, porque los americanos «casi todos indios» hacen una guerra irregular, y «nuestro heroico ejército está acostumbrado a la regularidad». El parte es un pequeño galimatías que deja perplejo al gobierno de la gran potencia. Y se empieza a pensar en una conferencia de La Haya...

Pasa otro año. Ya no queda del gran ejército más cien mil invasores esqueléticos. Han cambiado de piel y de color, y nos los conocería la propia autora de su existencia. Casi todos tiritan de chucho. Y piden a gritos opacos — porque ya ni fuerzas tienen para gritar — que los reembarquen en seguida. Uno de los generales de la gran potencia aventura una definición que pasará a la historia: «La montonera no es una guerra; es el infierno».

La gran expedición ha sido devorada por el desierto, por el calor, por las fiebres, por el hambre y la sed, por los mosquitos, por la depresión de la soledad, por el sentimiento mismo de injusticia, por la inadaptación al medio, por el desconocimiento geográfico, por mil factores más. Los invadidos sólo han necesitado tiempo para que la invasión se fuera estrellando poco a poco en su choque con la naturaleza cruda, con el medio físico hostil. El lazo, la lanza, las boleadoras y el cuchillo no han hecho sino completar, con su justa cólera, la obra destructora de los elementos, dotados también como de un instinto ciego de independencia.

En la gran potencia europea se inicia un fermento revolucionario ante el estéril sacrificio. Y la aventura invasora termina con conferencias, interpretaciones doctrinarias, a las que tan pronto se hace decir blanco como negro, sutilezas, sofismas, papeleo diplomático. El resto maltrecho de la gran expedición retorna a sus viejos lares. Heridos de muerte por los padecimientos sufridos, van feneciendo todos a edad temprana, sin lograr sacudirse nunca la fiebre contraída ni el aguijón del mosquito patriota. En los delirios de su lenta agonía sufren la visión permanente de las boleadoras en el aire. El gobierno de la potencia invasora se justifica ante el mundo con mil patrañas; pero los hombres de conciencia ilustrada, esparcidos por todos los puntos del planeta, no comulgan con aquellas ruedas de molino. Y ven que los instintos de trágica rapiña están más latentes en los viejos Estados que en los nuevos.

FRANCISCO GRANDMONTAGNE

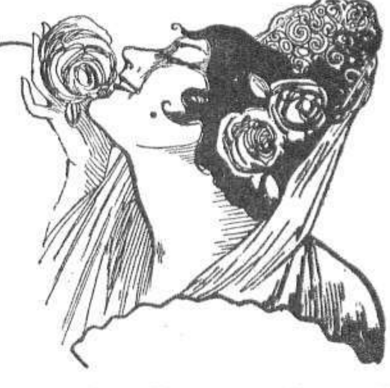
* * *

Esta narración fantástica sobre el triste fin de una invasión contra una pequeña república americana puede servir de apéndice en una segunda edición de las «Memorias» del ex káiser. Y también pudiera agregarse este comentario: América es territorialmente inconquistable. Y, en el sentido moral, quizá sea un día la conquistadora de Europa; porque sus instituciones republicanas, más amplias, más libres, más humanas, acabarán por ganar los espíritus de estos viejos pueblos europeos, regidos por poderes mayestáticos, de un arcaísmo propio de la Edad Media...

De Pergamino

Grupo de socios del Club Sports que tomaron parte en el torneo interno de tennis realizado en honor de los jugadores de Junín señores Cuenin y Mitchell, que actualmente visitan esta localidad.

AL hacer sus compras de artículos de tocador, Lociones, Extractos, Polvos, Jabones, etc. le rogamos pida que sean marca MYRURGIA, pues son superiores a sus similares por su delicado perfume y esmerada preparación.





"MADERAS DE ORIENTE"
LOCION, EXTRACTO Y POLVOS

"MYRURGIA"

PERFUMERÍA ESPAÑOLA

Del país en que
las flores son
las más bellas
del mundo.

Cada caja de polvo Maja Goyesca de MYRURGIA contiene una sorpresa para su compradora.

PUNTA rayada en el Eversharp, cilindro de metal en la pluma Wahl, e idéntico diseño en ambos, identifican a los mejores útiles de escribir.

Los hay grabados con los mismos artísticos diseños. Los que le convienen en tamaño, estilo y precio, están entre ellos.

De venta en los mejores establecimientos de todas partes.

Los legítimos llevan el nombre grabado. Eso los garantiza.

THE WAHL COMPANY
Nueva York E. U. de A.





Concurrentes al almuerzo criollo ofrecido por el Club Atlético de esta localidad en honor de los socios del F. B. C. Comercial.

LA DESGRACIA DE LA P

He aquí un curioso fragmento de carta encontrada en Bogotá hace cuarenta años, en la que se ve que el autor no tenía grandes simpatías por la letra P. Decía así: «No me atrevo ni a nombrar mi pueblo, pues su recuerdo me espanta, y cuando tenga que hablar de él lo designaré con la letra P por ser esta consonante la inicial de pueblo, de patíbulo, de panteón, de presidio, de ponzoña, de purgatorio, de perdición, de pesadilla, de pánico, de pavor, de pena, de pobreza y, en fin, toda palabra mala. Esta décimanona letra del alfabeto es el Judas del abecedario. Los partidos que se debaten en la política; cuando ésta se propasa, se hacen los pronunciamientos, y éstos son la guerra civil, que es el peor de los males, y la guerra se hace por adquirir el poder, es decir, la presidencia, los puestos públicos, el presupuesto, la procuradoría, las prefecturas, que dan pesos al portamonedas. El pueblo es la víctima, pero se le dice que es por hacerle poderoso. Los poetas llorones no emplean en sus sentidas estrofas más que estas palabras: pesadumbre, pesar, partida, pena, promesas, Prometeo, protervo. Es indudable; no se podría decir que había en este mundo un solo hombre perverso si no existiera la P. Apenas un infeliz comete un crimen cuando es preso, va a la prisión, se le instruye proceso, y luego, marcha a un pontón, al presidio; a la penitenciaría, al patíbulo, al palo. En el siglo XII un monje descubrió nada menos que la pólvora; quedaba por descubrir el mejor medio de aprovecharla, y se inventó, para completar la destrucción, el proyectil, y ¿cuál sería el metal más apropiado? el plomo.»

Especialidades de la Casa América

Nuestras CUERDAS ARMONICAS



darán doble valor a su guitarra.

Pídanos un encordado de ensayo y se convencerá. Oferta extraordinaria por un tiempo limitado.

Encordado Tripa Romana impermeable «Colorada», con bordonas de seda amarilla, a........ $ 2.70

Encordado Tripa Romana impermeable «Amarilla», con bordonas seda violeta, a pesos..................... 3.60

Encordado Tripa *Romana* «Concertola», con bordonas seda violeta, a............... $ 4.20

Por los tres encordados juntos cobramos solamente $ 10.—

Porte pago a cualquier punto de la República.
Cuerdas para toda clase de instrumentos.

Pidan Catálogo N.º 30
Buena comisión a Revendedores.

GUITARRAS "AMERICA"

Aun mantenemos nuestras ofertas especiales.

N.º 3013. — En cedro, con mosaico.................. $ 12.—
N.º 3015. — Modelo fino, en nogal, con cenefa.... » 17.—
N.º 3002. — En nogal, con incrustaciones de nácar. » 25.—
N.º 3021. — Guitarra de concierto.............. » 36.—

Solicite gran catálogo ilustrado N.º 23 enviando $ 0.20 en estampillas.

N.º *101*

Regio GRAFOFONO AMERICA



con gran corneta amplificadora del sonido. Motor suizo, sólido y silencioso, membrana doble con goma aisladora.

Nuestra gran oferta extraordinaria.

$ 49.50

con seis piezas, 200 púas y embalaje gratis. Otros modelos de grafófonos, desde

$ 35

Solicite gran catálogo ilustrado N.º 21

DISCOS

Siempre grandes novedades en bailables Nacionales y Extranjeros, Cantos Populares, Operas, Música Clásica, etc., etc. — Gran Catálogo general de discos remitimos enviándonos $ 0.20 en estampillas.

CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
CASA AMERICA

Av. de Mayo 979
BUENOS AIRES
No tenemos Sucursales.
No cerramos los Sábados.

VIOLINES FINOS
Modelo STRADIVARIUS

Fabricación esmerada, sonoridad incomparable.

N.º 4100 bis. — **Violín** tipo «Conservatorio», completo, con estuche, arco y pez, a.......... $ 33.—
N.º 4101 bis. — **Violín** de orquesta, completo, con estuche, arco y pez, a $ 38.—
N.º 4102 bis. — **Violín** de salón, completo, con estuche, arco y pez, a $ 45.50
N.º 4103 bis. — **Violín** de gran orquesta, completo, con estuche, arco y pez, a........ $ 53.—
Otros modelos desde $ 25.— Solicite gran Catálogo ilustrado N.º 24, enviando $ 0.20 en estampillas. (Embalaje gratis).
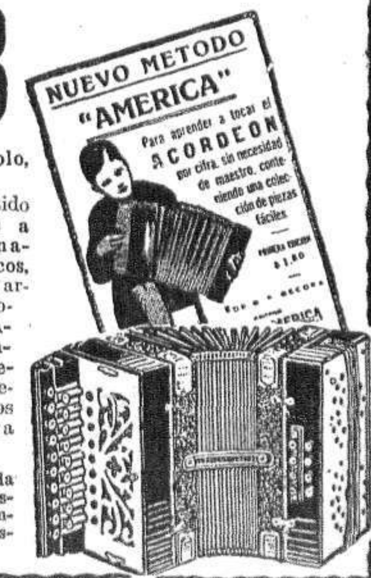
CUERDAS ARMONICAS

Con el fin de dar a conocer nuestras cuerdas insuperables, hacemos por un tiempo limitado las siguientes ofertas, porte pago a cualquier punto:

Encordado fino, para estudio.. $ 1.90
Encordado extra, para concierto, con con 4.ª de plata............ $ 2.60
Encordado "Concertola" de gran concierto, 4.ª de plata.......... $ 3.40
Comprando los tres encordados en una sola vez...................... $ 7.50

OFRECEMOS POR TIEMPO LIMITADO este *precioso* **ACORDEON de 8 bajos y 19 voces**, con el nuevo método y embalaje gratis, por sólo

$ 18



El método solo, $ 1.50

Grandioso surtido de **Acordeones a piano, semitonados y cromáticos**, exclusivamente artículos finos, modelos de «**STRADELLA**», y **Bandoneones Alemanes**, que ofrecemos a precios de verdadera oportunidad.

Solicite en seguida gran catálogo ilustrado N.º 26 enviando $ 0.20 en estampillas.

Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

RECTIFICACIÓN DE CORRIENTE ALTERNA

Se vió en un artículo anterior la forma de obtener la rectificación de la corriente alternada para cargar acumuladores, aprovechando el fenómeno característico de las lámparas Tungar de no permitir el paso de una corriente sino en un solo sentido.

Para la obtención de una corriente para la carga de acumuladores el circuíto es sencillo desde el momento que no importa si la corriente obtenida es de una tensión constante, pero como veremos ahora este es un punto importante en la rectificación para obtener la tensión de placa necesaria para el funcionamiento de un audión transmisor.

Desde ya, la lámpara rectificadora debe soportar una tensión mucho mayor que la lámpara que se emplea para cargar acumuladores, ya que en este circuíto necesitamos una tensión que sea algo mayor que la de la batería que está en carga.

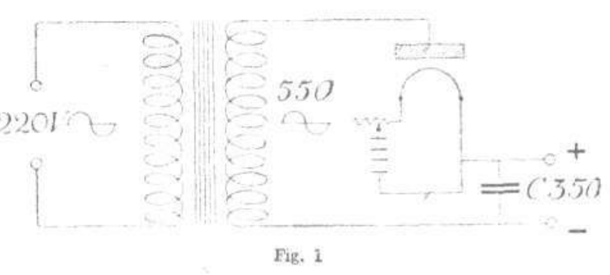


Fig. 1

En cambio, para las lámparas transmisoras se requieren tensiones que varían de 350 volts a 7000. Las tensiones hasta de 2000 volts pueden obtenerse por medio de dínamos, pero para tensiones mayores que éstas la construcción de los dinamos se hace dificultosa debido a la aislación necesaria a tan elevada tensión que aumenta considerablemente el precio de estos generadores.

En cambio, el empleo de circuítos rectificadores no implica más que la fabricación de lámparas rectificadoras, que contando dos electrodos como la que empleábamos para cargar acumuladores, tenga características especiales de manera de permitir la rectificación a tensiones más elevadas de 2000 volts.

Para tensiones menores indudablemente el empleo de un dínamo es más conveniente, pues evita las incomodidades que originan al principio uno de estos circuítos hasta obtener un rendimiento aceptable, pero es siempre más costoso que un circuíto de rectificación.

La figura N.º 1 representa un circuíto para rectificación de un solo sentido de la corriente alterna semejante al empleado para la carga de los acumuladores, aunque presenta una diferencia por la presencia de un condensador conectado a los dos bornes de los cuales se recoge la corriente rectificada.

El efecto de este condensador es de vital importancia como se verá a continuación. Si sobre la placa del audión oscilante se aplica una tensión variable, como la producida por un dinamo sin filtro como ya se vió, las ondas continuas resultan también variadas con la misma frecuencia de las variaciones de tensión, y como estas variaciones son generalmente de frecuencia audible, junto con la voz se oye un zumbido que en ciertos casos llega a dificultar la recepción de las palabras. Este hecho, que habrán notado los aficionados con mucha frecuencia, no tiene otra razón que la que se acaba de dar, y piénsese que las variaciones se producen a una frecuencia bastante elevada; luego, ¿que ocurriría si esas mismas variaciones se produjeran a la frecuencia de la corriente alterna de canalización que es de 60 a 70 períodos por segundo?

No sólo debe pensarse en el efecto debido a la frecuencia, sino a la diferencia de tensión, ya que para el caso primero las diferencias de tensión son de pocos volts, mientras que en un circuíto que emplea corriente rectificada, la corriente aumenta de cero a un máximo para volver a cero, de manera que el circuíto oscilará y dejará de hacerlo tantas veces por segundo como frecuencia de la corriente alterna.

Recuérdese el primer gráfico del artículo anterior donde se mostraba el resultado de la rectificación con una sola lámpara y que para una determinada pulsación, que duraba una fracción de segundo, durante otra fracción siguiente e igual, no circulaba corriente por el circuíto.

Es menester entonces un dispositivo que permita hacer que la corriente se mantenga a un valor promedio, de donde se deduce que para obtener una tensión determinada sea menester aplicar sobre la placa de las lámparas rectificadoras tensiones mayores en previsión de esa disminución.

La forma de obtener este efecto consiste en conectar el condensador C, como aparece en la figura N.º 1, de manera que cuando la placa de la lámpara es positiva, es decir, circula corriente por el circuíto, el condensador se carga, siendo importante que este condensador esté en condiciones de soportar la presión aplicada, que para este ejemplo supondremos de 350 volts, para utilizar con una lámpara de 5 watts.

Cuando, por efecto de la inversión del sentido de la corriente en el primario del transformador, la placa está a un potencial negativo, no circula ninguna corriente por el circuíto, pero, en cambio, queda conectado al mismo el condensador, el cual se descarga y, como la tensión de la carga del condensador es la misma a la que fué cargado, la corriente continúa circulando y disminuyendo de valor a medida que la carga se disipa.

Esta carga no alcanza a disiparse, pues hemos tomado la precaución de que la capacidad de C sea grande, de manera que así ocurra, y al invertirse de nuevo el sentido de la corriente y al ser positiva la placa, vuelve a cargarse el condensador quedando de nuevo en condiciones de suplir la alternancia que desaparece. Con esto, la corriente se mantiene muy constante y la pérdida de tensión es reducida desde que para obtener la tensión de 350 volts que precisábamos aplicábamos una de 550 volts.

La figura N.º 2 representa un circuíto para la rectificación de ambos sentidos de la corriente. Su funcionamiento es el siguiente:

El secundario del transformador produce una tensión de 1100 volts y tiene un contacto en el mismo medio que es el punto neutro del bobinado, desde el momento que en él no se producen variaciones de tensión.

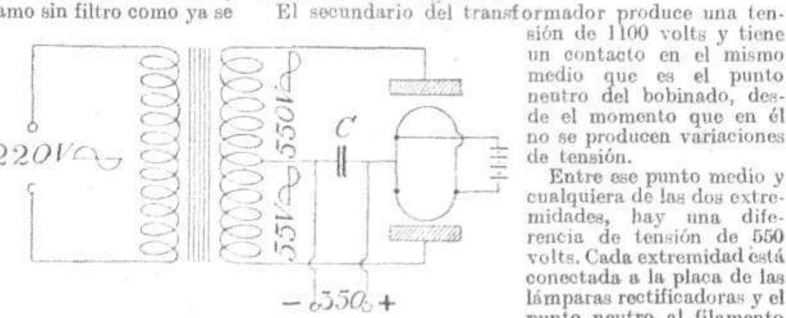


Fig. 2

Entre ese punto medio y cualquiera de las dos extremidades, hay una diferencia de tensión de 550 volts. Cada extremidad está conectada a la placa de las lámparas rectificadoras y el punto neutro al filamento de las mismas.

Se comprende que cuando una placa es positiva y la otra negativa, la corriente circulará por la primera, y al invertirse el sentido la corriente circulará por la segunda, y así sucesivamente, resultando que adquiriendo el condensador C la carga necesaria una mayor cantidad de veces por segundo, la tensión se mantiene más uniforme.

El empleo de los filtros es imprescindible, pues es gracias a su empleo que desaparecen las pequeñas variaciones de tensión que aun subsisten.



SAN AGUSTIN. — Señoritas y jóvenes aficionados al arte de Talía, que tomaron parte en la velada artística últimamente realizada.

ESCALADA (F. C. S. F.) — Personal del ferrocarril en la celebración del 30.º aniversario de "La Fraternidad".

PERFUMERIA ATKINSON
LONDRES

INSOUCIANCE

POLVO
EXTRACTO
LOCIÓN

ROYAL BRIAR



POLVO
EXTRACTO
LOCIÓN



AGUA DE COLONIA
DE
FAMA MUNDIAL

POLVO ROYAL BRIAR
ATKINSON

POLVO INSOUCIANCE
ULTIMA CREACIÓN DE ATKINSON

Se imponen

rotundamente sobre todas las demás nuestras sólidas
PUERTAS Y VENTANAS DE CEDRO
fabricadas con el máximum de perfección y que resultan más económicas que las de madera inferior.

Puerta para patio N° 21

Ventana N° 15

Acordamos 5 % de descuento

Tenemos existencia permanente de los siguientes números de nuestro catálogo: 1, 2, 3, 4, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 35, 36, 47, 48, 51, 52.

de cedro

de cedro

Puerta N.º 21
De 2.40 x 0.70 c/u. $ **54.—**
De 2.20 x 0.70 » » **52.—**

Ventana N.º 15
De 1.40 x 0.75 c/u. $ **40.—**
De 1.20 x 0.75 » » **38.—**
De 1.00 x 0.75 » » **36.—**

Estos precios comprenden las aberturas con marco y herrajes colocados.

Solicite catálogo

TORTOSA Hnos

Escritorio: Charcas 2941 - Buenos Aires

PEQUEÑA GRAN TRAGEDIA



Es un gatito gracioso, nada más, fruto de los amores y de la boda morganática de Zaquita, hermosa gata persa de piel azulada, con vayamos a saber qué gato gris, vulgar y anónimo... Los gatos grises abundan en Auteuil, y en ciertos días de precoz primavera, cuando la tierra dijérase que respira hálitos balsámicos, parecen cubiertos de serpientes y de otros caprichos visuales. Los sátrapas de piel rayada, ebrios de vegetal incienso, se retuercen voluptuosamente y frotan los hocicos en la tierra a fin de impregnarse del alegre perfume de la estación, del mismo modo que ciertas mujeres suelen pasarse el índice humedecido de perfume por el rinconcito de piel situado bajo las orejas.

No es sino un gatito gracioso, hijo de uno de aquellos rayados, y por eso lleva en el pelaje las rayas de su raza. Pero, gracias a la sangre noble de la madre, sobre esas rayas se extiende un velo sedeño y azuloso, de luengos pelos, impalpables como una transparente gasa pérsica. Se puede, por tanto, asegurar que con el tiempo se pondrá muy bello, más bello, pues ya es encantador y nosotros le hemos puesto el nombre de Kamaralzamán, bautismo vano, pues la cocinera y la sirvienta, que son personas razonables, se obstinan en llamarlo Michiquito.

Es un gato gracioso, ya lo decimos, siempre dispuesto al juego. La bola de papel le interesa extraordinariamente y el olor de la carne lo convierte en un dragón minúsculo y rugiente. Los pajarillos vuelan demasiado ligero para que pueda el gato seguirlos con sus miradas de ágata; pero cae en una especie de éxtasis, detrás de los cristales de la ventana, cuando los mira picotear sobre el alféizar. Hace mucho ruido al mamar porque los dientes le están naciendo apenas. En síntesis, se trata de un inocente gatito en medio de un loco torbellino, de una tragedia que comenzó el día en que la Negra de los vecinos se puso a llorar, sobre la pared medianera, la pérdida de sus hijos que se habían ahogado en la mañana de aquel mismo día. Lloraba como sólo saben hacerlo las madres a quienes se despoja de sus herederos, es decir, sin detenerse un instante y respirando apenas entre cada dos maullidos. El pequeño Kamaralzamán la miraba desde abajo y a veces levantaba su hociquillo azuloso y sus ojos color de agua con jabón, cegados por la luz. Ni siquiera se atrevía a jugar, sin duda porque estaba impresionado por la larga lamentación. Mas, de pronto, la Negra de los vecinos alcanzó a verlo y se bajó del muro como un ariete. Primero lo olfateó detenidamente, y al percibir el olor extraño dió un maullido de disgusto y le lanzó un zarpazo al gatito, después del cual se le acercó nuevamente, lo volvió a oler, tornó a retirarse de nuevo, horrorizada, y volvió a él por segunda vez, emitiendo un tierno ronroneo. No sabía qué partido tomar, y se hallaba titubeante en momentos en que, de improviso, semejante a jirón de nube y azul oscuro como una tarde de borrasca, Zaquita apareció en el jardín y, llena de furor, se lanzó hacia su hijo. La aparición aquella recordóle a la Negra de los vecinos su dolor maternal y el respeto que se debe al territorio ajeno. Marchóse mohina y sus lamentos, más lejanos esta vez, entristecieron todo el ambiente...

Sin embargo, volvió al otro día calculadora y prudente como un felino montés, sin dar gritos y capaz de una osadía muda. Pacientemente esperó el instante en que Zaquita dormía su siesta y en que Kamaralzamán se escapaba al jardín; y no bien vió al gatito acercósele con las ubres muy hinchadas de leche, y arrullando tiernamente como una buena nodriza. En tanto que el ávido Kamaralzamán mamaba yo, que contemplaba la escena, la veía entrecerrar los ojos y fruncir y fruncir las narices como una persona que se contiene para no romper a llorar...

Fué entonces cuando el drama se produjo. La madre, la verdadera madre, apareció con los lomos erizados y lanzando injurias con una insólita voz ronca. La Negra de los vecinos, sacada de súbito de su ilusión maternal, respondió únicamente con un gruñido largo y con resoplidos que demostraban angustia y que dejaban ver sus fauces rojizas. Una injuria grave de Zaquita la hizo recular unos pasos, pero entonces ella elevó también las voces, en son amenazante.

El gatito, asustado, se encontraba entre las dos gatas, erizado, azuloso, parecido a una bola de felpa. Y yo me admiraba que pudiese haber en tal circunstancia, en lugar de la lucha inmediata, en que los copos de pelo vuelan a cada golpe felino, una tentativa de explicación, una reivindicación casi comprensible para mí. Pero, súbitamente, la Negra de los vecinos lanzó una aguda insinuación que al ser escuchada por Zaquita la hizo dar un grito que seguramente significaba: — ¡Oh, eso sí, no lo puedo permitir! — y se lanzó ferozmente sobre su rival. La Negra de los vecinos, aterrada, salió corriendo, subióse a un tilo y de allí pasó a lo alto del muro medianero, en tanto que la madre lavaba cuidadosamente a su pequeño, manchado por las caricias de la extranjera.

Varios días pasaron luego, durante los que nada insólito pude observar. Zaquita, inquieta, vigilaba sin reposo y comía poco. Mordida por la fiebre, tenía la naríz reseca y su leche disminuía visiblemente. Sin embargo, Kamaralzamán, más gordito que nunca, rodaba sobre los alfombrados lleno de júbilo.

Al cabo, una mañana en que yo me desayunaba cerca de Zaquita y en que la tocaba con un palillo lleno de leche azucarada, se extremeció y se acercó a la puerta mirándome de un modo tan expresivo, que yo la seguí. Zaquita no se equivocaba. La descarada Negra de los vecinos le estaba dando el pecho a Kamaralzamán y ambos reposaban felices y estrechamente unidos en el descanso de la escalera. Apenas tuve tiempo de recibir en mis brazos a Zaquita, privada de su sentido, desmayada como una madre humana.

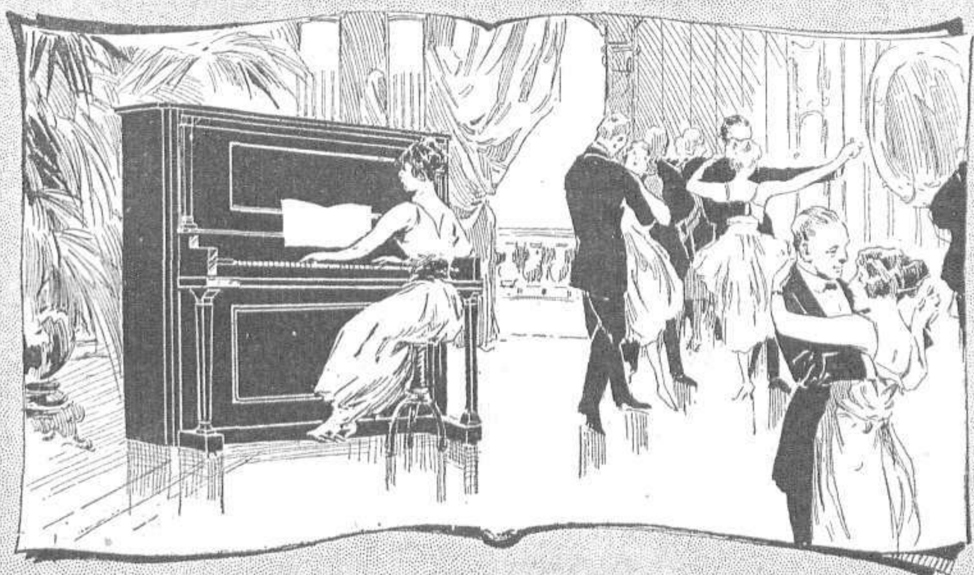
Fué así como Zaquita, linda gata persa, perdió su leche, renunció a sus derechos maternales y se sumió en una melancolía profunda. Vagaba luego indiferente por los tejados, sin importarle nada las intemperies y llena de odio por las gatas negras. Sin embargo, su semblante no mostraba dolor alguno. Y cuando Kamaralzamán se le acercaba y se ponía a jugar cerca de ella, replegaba las patas bajo las ubres agotadas y resecas y entornaba los párpados como si durmiese...



COLETTE WILLY

DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA

EN SU CASA FALTA



UN PIANO BREYER

Vd. sin duda ignora cuan fácil le sería adquirir uno de estos hermosos instrumentos en nuestra casa.

Tómese la molestia y pídanos catálogo ilustrado con condiciones para la compra por mensualidades.

Se lo remitiremos gustosamente y gratis.

El resultado de su lectura será que la casa de Vd. se llenará de música y alegría.

BREYER Hnos

FLORIDA 414
BUENOS AIRES

SUCURSALES EN

LA PLATA, CALLE 7 Y 55 N.º 601
BAHIA BLANCA, SAN MARTIN 252
TUCUMAN, 9 DE JULIO N.º 90
MENDOZA, SAN MARTIN 1374
PARANA, GENERAL URQUIZA 525
CORDOBA, SAN MARTIN 234

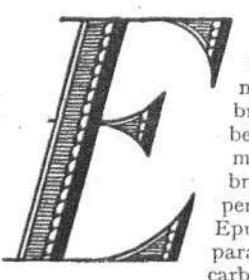
Un descanso en el baile social dado en el Club Atlético Umbertino con motivo de las fiestas patronales.


PRODUCTOS
SUPREMA
¿Quiere Vd. ser más hermosa?
Use diariamente los exquisitos
PRODUCTOS
SUPREMA
POLVO GRASOSO Y AGUA COLONIA
La caja, $ 1.10 El frasco, $ 2.20
DE VENTA EN TODAS PARTES
Sociedad General de Perfumes Productos
SUPREMA
P. BURS y Cía. Bolivar, 1725. Bs. Aires
Remitimos muestra de Polvo Grasoso SUPREMA. Gratis.
SUPREMA
Polvo Grasoso
SUPREMA
SUPREMA

NUESTRAS MINAS DE CARBÓN

EPUYÉN

Por
E. GILLIATT

N el artículo que publicamos en CARAS Y CARETAS, número aparecido el 31 de marzo del corriente año, sobre el mismo tema que encabeza estas líneas, comentábamos y aplaudíamos el nombramiento de una comisión de peritos que partían en viaje a Epuyén (noroeste del Chubut) para estudiar un yacimiento de carbón que allí se había descubierto hacía tiempo. La existencia de esa mina de carbón era lo que motivaba, ostensiblemente, la construcción de un ramal férreo de casi 200 kilómetros — de K. 448 a Epuyén — a fin de poderla explotar.

Aunque muy incompletos, hemos podido obtener algunos datos sobre el resultado de los estudios efectuados, los que aun se reservan hasta tanto sean elevados los informes respectivos al Ministerio de Agricultura. La demora en elevar esos informes se debería a que se ha encarado el asunto con toda seriedad, sin optimismo ni pesimismo, y que se esperaba el informe del geólogo de la Dirección General de Minas y Geologia, quién durante varios meses ha estado estudiando esa cuenca carbonífera donde afloraba un combustible sólido que se decía ser carbón de piedra, o sea hulla.

Según nos han dicho, cada uno de los peritos ha procedido independientemente y según su criterio propio, mirando las cosas desde su particular punto de vista, geológico, minero, industrial, carbonífero o como importante factor de la defensa nacional para su empleo en barcos y locomotoras.

No conoceremos exactamente el resultado a que han arribado esos estudios hasta tanto no se den a la publicidad los citados informes al ministro, cosa natural y que no podemos criticar a pesar de nuestra impaciente curiosidad.

No dudamos que una vez llenada esa formalidad el doctor Le Breton autorizará al Director General de Minas, doctor Sobral, a publicar esos informes en forma de folleto, anticipando los principales datos a diarios y revistas.

Se nos ha dicho que el geólogo que hizo el estudio de ese yacimiento es el señor Rigal, quien en una conferencia de carácter privado entre profesionales, y con asistencia de algunas personas que se habían ocupado de tan interesante cosa, ha detallado, en forma extractada, pero brillante y concisa, el resultado de su labor en aquellas montañas lejanas.

Se exhibieron allí numerosas muestras de las rocas que rodean el yacimiento, de las arcillas y calcáreos encontrados, de muy interesantes restos de fósiles de aquellas remotas épocas — conchillas y caracolitos, en lenguaje vulgar — y de clarísimas impresiones de hojas y ramitas de los vegetales carbonizados que forman ese yacimiento.

Fueron también presentadas varias muestras del combustible extraído de allí, el que conserva en muchas de sus partes el aspecto leñoso y fibroso, de color negro pardusco, que le hace designar con el nombre característico de *lignito* o *liñito*, es decir un



— Usted lo ve; él no es perezoso. Lo málo es que no le agrada el trabajo...



EL SABIO PROFESOR

— Rodríguez: ¿Cuál es el origen de la palabra caballo?

— No sé, señor...

— Pues viene de "hippos", caballo en griego, y se ha cambiado el "hip" por "ca" y el "pos" por "ballo"...

combustible que puede generalmente considerarse con un valor intermediario entre el carbón de leña y la hulla, y que puede tener varios usos muy útiles.

Pero ese liñito soporta mal el traqueteo del transporte ferroviario; dada su fragilidad se desmenuzaría mucho, perdiendo bastante sus condiciones.

Puede ser ventajosamente empleado en el mismo lugar de su extracción, pero para poder utilizarlo en los hogares de las calderas de vapores y locomotoras sería necesario lavarlo, mezclarlo convenientemente y fabricar briquetas (bloques prensados en forma de pequeños ladrillos), pues así quemarían bien y soportarían el transporte.

También podría usarse mezclándolo con carbón o hulla de otra procedencia o con leña fuerte, en las proporciones que aconseje la experiencia.

No hemos podido obtener ningún análisis reciente de los que ha hecho la comisión con ese combustible para agregarlos a los informes. Los conoceremos al ser publicados.

Desde nuestro punto de vista, es decir del empleo de ese combustible para reducir el mineral de hierro en los altos hornos, tal como lo deseábamos en el citado artículo precedente, sentimos tener que decir que no lo creemos apto para ese uso.

Sin embargo, como entre ese liñito de Epuyén se han encontrado pedazos aislados de mejor carbón y se ha obtenido coque, aunque poco consistente, cuya calidad no hemos podido averiguar aún, consideramos que los informes oficiales tratarán ese punto y no darán por definitivamente terminada la investigación. Tampoco satisfacen por ahora ni la cantidad de carbón que está a la vista ni el que se calcula como probable que exista, ni el espesor de las vetas examinadas, que son delgadas y entremezcladas con arcillas diversas. La formación geológica tampoco deja presumir que puedan encontrarse allí los terrenos de la verdadera formación carbonífera de la época primaria. Tanto las rocas que rodean el yacimiento, como las arcillas que están mezcladas al carbón o en capas alternadas con él, y otros datos más, indican claramente formaciones geológicas varias muy posteriores a la carbonífera, y que van desde cerca de la mitad de la época secundaria hasta la terciaria y la época glacial.

Pero, como ya lo hemos dicho anteriormente, si ese combustible no es igual a los buenos de Europa y Norteamérica no deja de ser un combustible, y debemos tratar de utilizarlo estudiando la manera de aprovecharlo por medio de procedimientos apropiados, diferentes de los comunes, si la cantidad que hay fuese importante.

Tanto para investigar sobre la cantidad de combustible que puede haber en Epuyén como para saber si hay vetas de mejor calidad que las que afloran, el geólogo señor Rigal aconseja una perforación de estudio en un lugar ya señalado para ese objeto.

Tenemos entendido que esa es también la intención de la Dirección General de Minas y Geología, si obtiene los fondos necesarios para esos trabajos.

Si esa perforación de estudio diera buenos resultados o datos geológicos que indicaran otras riquezas mineras, quedaría perfectamente justificada la construcción del ramal férreo proyectado a Epuyén.

PARA terminar haremos resaltar lo escaso, en dinero y en personal, que el presupuesto asigna a la dirección General de Minas para que pueda trabajar con amplitud y llevar a cabo sus proyectos de estudio geológico y minero de nuestro subsuelo.

Para trabajar eficazmente no bastan ni la buena voluntad, ni las buenas intenciones, ni los estudios de gabinete.

Poderoso caballero es Don Dinero.

No deben olvidarlo las Cámaras al votar el presupuesto, si quieren que se estudie convenientemente todo lo que se refiere a la minería.

Sin el fomento de una buena minería nuestras industrias carecerán de numerosas materias primas, y entre ellas, principalmente, hierro, cobre, estaño, plomo, combustibles y cientos de otras que actualmente tenemos que importar del extranjero.

Cualquier suma así bien empleada en el fomento de lo nuestro será rápidamente recuperada y con creces, cuando en lugar de enviar tanto oro al extranjero lo hagamos circular entre nosotros, bastándonos a nosotros mismos.



El motivo por el cual Fanny no encontró a su esposo esperándolo bajo el árbol.

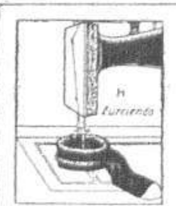


— Mi marido siempre recuerda mi natalicio.
— ¡Claro! Cuando se ha hecho una cosa tantas veces, uno se acostumbra...

TEATRALES. — El señor Saldias, rodeado por el elenco de la compañía Arata, que con todo éxito estrenó en el teatro Olimpo la obra "Los Angelitos", de la cual es autor.

"La escalera de la muerte", una de las pruebas aéreas más emocionantes que efectúa la intrépida aviadora.

Señorita Rosa Malvado y señor Humberto Gatti, que vienen destacándose por sus arriesgados ejercicios aéreos.







Esta Copa del Campeonato "Royal"

es la que la Compañía «ROYAL» otorgará al que resulte vencedor de entre los 12 dactilógrafos que han obtenido Medalla de Oro en el reciente Concurso de Competencia.

En dicho Concurso, realizado el día 7 de Agosto, algunos de los competidores llegaron a **escribir más de 100 palabras** por minuto, record que, considerando que no se trataba de profesionales especialmente dedicados a conseguir enormes velocidades, sino que de empleados del alto comercio bonaerense, hace resaltar aún más las sobresalientes cualidades prácticas de la «Royal».

Las máquinas «Royal» empleadas en este Concurso fueron entresacadas de nuestro stock, sin hacerles sufrir ningún arreglo especial, y siendo completamente nuevas para los competidores, que, a pesar de estas condiciones, pudieron, merced a la liviandad y docilidad al tacto, la facilidad del manejo y la asombrosa rapidez del escape de las máquinas «Royal», obtener este óptimo resultado de más de 100 palabras por minutos.

La máquina «Royal» es la que produce la más hermosa escritura, gracias a la nitidez de sus tipos y a la precisión de su fuerte construcción. Basta comparar el trabajo de la «Royal» con el de cualquier otra máquina para convencerse de que aquélla es la que todo comerciante progresista debe tener en sus oficinas.

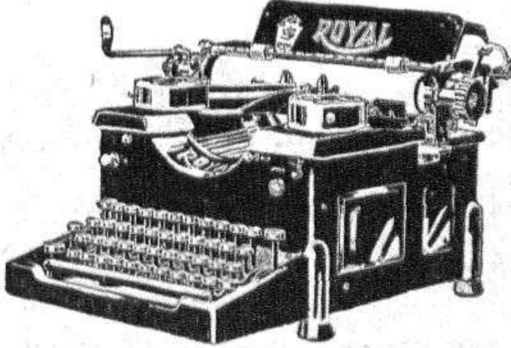
PRUEBA GRATUITA.

Sin que ello signifique ningún compromiso para Vd., colocaremos a prueba una máquina "Royal" en su oficina, para que Vd. pueda constatar y comparar personalmente su limpio, nítido y rápido trabajo. Escríbanos o telefonee a Avenida 5075-5077, U. T.

Cía. LA CAMONA

39, Maipú, 43. Buenos Aires







MOLDES. — Concurrentes a la asamblea organizada por la Federación Agraria Argentina en la cual le fué otorgado un voto de confianza al presidente de la misma, señor E. Piasenza, por su activa labor desplegada al frente de esa institución.

PENSAMIENTOS

—Si habéis oido o leido en el dia alguna cosa elegante, docta, grave o santa, guardadla bien en la memoria. Si habéis visto alguna buena obra, procurad imitarla, y si visteis alguna mala, tomad aviso y guardaos de ella. — LUIS VIVES.

—Todo verdadero trabajo es sagrado; en todo verdadero trabajo hay algo de divino. El trabajo, grande como la tierra, tiene su cumbre en el cielo. Sudor de la frente, y subiendo de ésta al sudor del cerebro, sudor del corazón... — CARLYLE.

—Si te llaman tus hermanos, anda; si te llama tu padre, corre; si te llama tu madre, vuela. — EL KORÁN.

—La falta de amor es un grado de imbecilidad, porque el amor es la perfección de la conciencia. No amamos porque no comprendemos, o, más bien, no comprendemos porque no amamos. Porque el amor es el sentido último de cuanto nos rodea: es la verdad, es el gozo que está en la raíz misma de toda creación. — RABINDRANATH TAGORE.

—El que quiere ser virtuoso se parece a un hombre que procura trepar por un monte escarpado, y el que se entrega al vicio, a uno que baja por una pendiente rápida. — FILOSOFÍA CHINA.

—Si queréis formar juicio acerca de un hombre, observad quienes son sus amigos. — FENELÓN.

—La moral enseña a moderar las pasiones, a cultivar las virtudes y a reprimir los vicios. — LEMENNAIS.

—Cuando un hombre deja de ser un dios para su esposa, puede tener la seguridad de que ya es menos que hombre. — X.

—Las cosas mínimas empujan a los hombres. — NAPOLEÓN.

—Un guijarro en el lecho de pobre arroyuelo puede mudar el curso de un río. — X.

—Para el hombre ambicioso el buen éxito disculpa la ilegitimidad de los medios. — MASSILLION.

—La vanidad suele a menudo darse la mano con la bajeza. — MICHARD.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

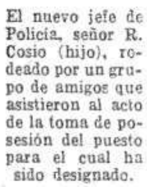
EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR		EN EL EXTERIOR	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» 5.00	Semestre	» 6.00	Semestre	» » 4.00
Año	» 9.00	Año	» 11.00	Año	» » 8.00
Número suelto	20 ctvs.	Número suelto	25 ctvs.		
Número atrasado del cte. año	40 »	Número atrasado del cte. año	50 »		

Para Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Méjico, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año, $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.

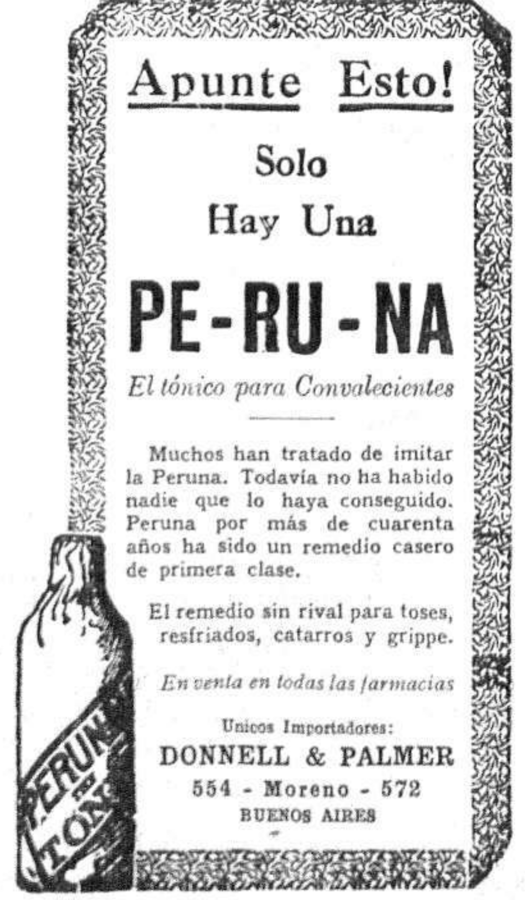


El nuevo jefe de Policía, señor R. Cosio (hijo), rodeado por un grupo de amigos que asistieron al acto de la toma de posesión del puesto para el cual ha sido designado.



Grupo de distinguidas señoritas de la sociedad tucumana que asistieron al hermoso baile ofrecido por un núcleo de oficiales del ejército.







A unos dos mil metros del Colegio de los Capuchinos se levanta una modesta casita rodeada por una quinta cuidada como un jardín...

— ¿Es un español el dueño de esa quinta, che? — pregunté a... mi chauffeur — porque los españoles son quinteros de primera...

— No, es un italiano... Un tipo interesante, cargado de familia, y... muy trabajador... Yo lo conozco... ¿Quieres hablarle?

— Bueno...

Una manada de perros nos vino al encuentro, con intenciones de comernos de un solo bocado.

— ¡Afuera!...

El dueño de casa los hizo blanco de una lluvia de cascotes y los pobres y fieles servidores se retiraron, profundamente mortificados. Parecían decir:

— ¡Y sin embargo cumplimos con nuestro deber!...

Pero seguramente deben haber pensado que también los veteranos de la guerra del Paraguay, los sobrevivientes de la gran guerra, han cumplido con su deber y sin embargo no siempre cosechan recompensas y gloria. Casi siempre más gloria que recompensas tangibles. Los perros, por ser perros, ni una ni otra.

— ¿Qué tal, don Domingo?... Hemos venido a hacerle una visita...

— Han hecho bien... Bájense... ¡Casa de pobre!... Pero en fin, lo que hay...

— Me alegro mucho — le dije a don Domingo — de conocerle... Quiero felicitarlo por su quinta... Una monada... Un «bijou»...

— También yo sé si me cuesta trabajo...

— Pero debe darle bien...

— ¡Se vive!... La familia crece, se crían los muchachos y me basta...

— ¿Cuántos años hace que anda por acá?

— Desde el año 80... El otro día...

— ¡Caramba!...

— Si le contara lo que me pasó... Antes de venir acá yo vivía en la ciudad... Sí, señor... En un conventillo... donde mis compañeros de viaje alquilaban una pieza... Eran seis adentro de una pieza de pocos metros cuadrados...

— ¿Compañeros de viaje porque habían venido de Italia junto con usted?

— Eso es... Y no teníamos ni medio... Yo, por colmo, estaba casado y tenía dos criaturitas... Bueno; para vivir hicimos una especie de cooperativa, juntamos las ganancias de todos para sacar el sustento... Comíamos pan negro, grandes sopas, arenques, cebolla y... nada más... Pero no había trabajo estable... Hacíamos changas... uno que otro día por semana... A mí me llamaban de jardinero o quintero, y tenía que recorrer cuadras y cuadras para llegar al lugar de mi trabajo y otras tantas para volver... Total por un pedazo de pan...

Bueno... Un día me ofrecieron un pedazo de tierra. Me la alquilaban barato. Me convenía el negocio porque trabajando bien me habría dado resultado y a más había un rancho, donde mi familia se encontraría siempre mejor que en la pieza del conventillo. Así que cerré el trato, pero... Hubo un pero... ¿Con qué iba yo a realizar la mudanza de los pocos cachivaches? Para efectuarla precisaba un carro y un carro me costaba cuatro pesos...

— Barato...

— Indudablemente cuando uno los tiene, pero carísimo cuando uno no dispone más que de pocos centavos. Pagar el carro quería decir imponer un ayuno de tres o cuatro días a la cooperativa...

— ¿Y cómo se las arregló?

— Va a ver... Reunimos el gran consejo de la cooperativa y mis amigos resolvieron que la mudanza se efectuaría a lomo de... cristiano. Ellos mismos, de noche, cargarían mi reducido mobiliario y en pequeñas etapas lo llevarían hasta mi nueva residencia...

— ¿Y por qué de noche?

— Para no dar espectáculo... Salimos a las tres de la mañana. Uno llevaba un colchón hecho con hojas de maíz, un bulto enorme, no muy pesado, pero que abarcaba un espacio que había que ver... Atado, prensado y todo no bajaba de dos metros cúbicos. Costó un triunfo sacarlo de la pieza a tirones y el más guapo de mis compañeros lo alzó y abrió la marcha. Una caravana.

— ¿Era muy largo el camino que debían recorrer?

— ¡Puede imaginarse!... Nosotros vivíamos en el bajo de la calle del Puerto, que ahora se llama calle San Martín. Debíamos cruzar toda la ciudad hasta llegar a las quintas. En aquellos tiempos el bajo de la calle del Puerto era muy poco poblado, así que por unas tres cuadras ni un alma nos vió pasar. En la esquina de Urquiza y San Martín dimos con el primer agente de policía, quien al vislumbrar esa caravana tan rara se alborotó en el acto y nos corrió al encuentro con el sable desenvainado, dándonos orden terminante de hacer alto ahí no más.

— Ustedes habrán comprendido muy poco de lo que les decía el agente.

— Poco o nada, porque, como recién llegados, de castellano no sabíamos más de tres o cuatro palabras. Pero el lenguaje del sable lo comprende cualquiera y nos quedamos mansitos como ovejas... El agente seguía amenazándonos con el sable y al mismo tiempo silbaba como un desesperado. Una cuadra antes de llegar a Plaza Mayo, donde estaba el Departamento, otra patrulla de agentes a caballo vino a todo lo que daba... A pocos metros de nosotros nos gritaron — «Alto...» Todo el mundo acató la orden y el que mandaba la patrulla de caballería empezó a conversar con el oficial de policía. Nosotros no comprendíamos palabra de la conversación. Pasaron unos minutos y el jefe de la patrulla, que supimos luego era el mismo jefe de Policía, nos dirigió la palabra en italiano: — ¿Quienes son ustedes? ¿Dónde van? — Por suerte había uno entre nosotros que, a más del dialecto furlano, hablaba bien el italiano...

— ¡Miren qué suerte!...

— Cállese... Ahora mismo cuando pienso en aquella noche me saben dar los sudores fríos... El mozo habló bien, creo yo, porque el jefe de Policía lo dejó hablar largo y tendido... Le explicó de qué se trataba y demás. Después de haberlo escuchado, el jefe dió unas órdenes al oficialito, que salió al galope y luego se dirigió a nosotros.

— ¿Hablando siempre en italiano?

— Sí, señor... Lo hablaba muy bien... Parecía de los nuestros... Nos dijo: — ¡Pobre gente! Sigan viaje no más... ¡Vayan tranquilos! — Todos aprovechamos la indicación con cierto apuro... No veíamos el momento de no tener nada que hacer con la policía... El único que se quedó un rato fué el que había hablado en nombre de nosotros todos. Quiso decir unas palabras de agradecimiento, pero no atinó más que a un... — ¡Muchas gracias, señor!... Lo atormentaba una duda y se atrevió a manifestarla... — ¿No volverán a llevarnos presos otra vez por ahí? Y el jefe fué muy bueno... Se puso a reír y lo palmoteó: — Vete no más — le dijo. — Ya he dado todas las disposiciones necesarias para que lleguen sin ser molestados a destino... ¡Quédate tranquilo, rubio!... — Nuestro compañero orador, en aquel entonces era realmente rubio... Hoy más o menos está tan canoso como lo estoy yo.

— ¿Y vive por acá?

— Vive a un par de leguas de acá. Pero nos vemos muy a menudo.

— Así que ustedes más o menos han quedado siempre juntos...

— No nos hemos alejado mucho. El rubio hoy está casado, es padre de cinco o seis argentinos. Un buen hombre que se ha hecho una posición desahogada. Y claro, nos acordamos siempre con gusto de aquellos tiempos...

— ¿No siente deseos de volver a su país?

— ¡Para qué!... Es decir... Me gustaría ver aquello otra vez antes de morirme.

— Dígame, ¿y cómo terminó la mudanza?

— ¿Cómo terminó? Terminó que vino el día y la gente empezó a salir a la calle. Puede imaginarse la risa de todos los puebleros al ver una procesión tan extraña... Habíamos querido realizar la mudanza de noche para no ser blanco de las burlas del público y justamente nos sorprendieron en lo mejor...

— Mala suerte.

— Mala, sí. Entonces fué el apuro. Hoy, al recordarlo, siente uno cierta melancolía y vienen a la memoria aquellos versos del poeta: «Cualquiera tiempo pasado fué mejor».



Señora Rosario Reyes de Tezanos. — Capital.

Señora Carolina R. de Madonni — Capital



Señorita Ofelia Núñez. — Capital.



Señora María A. L. de Belosc — Capital.



Señora Antonia Urrutia de Silva. — Ezpeleta.

Señor Inocencio Maglio. — Capital.



Señor Vicente Santinelli. — Capital.



Señor Julián Traversa. — Carmen de las Flores.



Grupo de legisladores provinciales oficialistas rodeados por un núcleo de correligionarios y amigos que los hicieron objeto de una demostracion de afecto celebrando su reciente triunfo electoral.

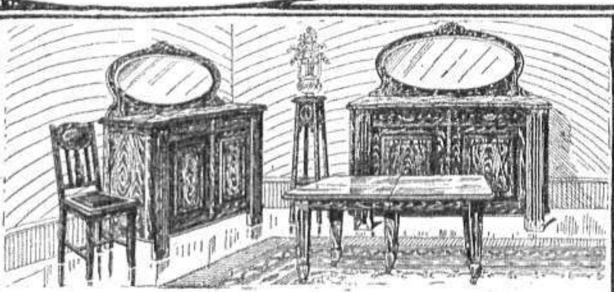


Corrientes 1172-80
Bs. As.

POR **DEMOLICION**

PARA REEDIFICAR, VENTAS A PRECIO DE RIGUROSO COSTO.

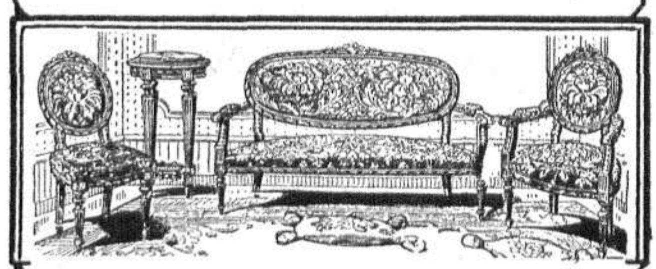
Para el interior, embalaje y acarreo gratis.



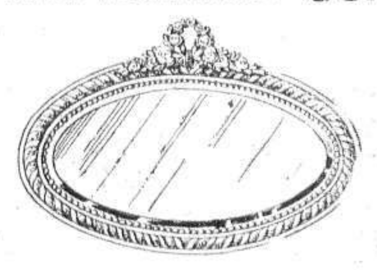
JUEGO DE COMEDOR construído en roble norteamericano, lustre a muñeca, en color claro u obscuro, amplio formato de 3 cuerpos, frente fileteado en palo de rosa. Compuesto de: 1 aparador, 1 trinchante, 6 sillas tapizadas en cuero búfalo, 1 mesa con tabla de agregar; herrajes y aplicac. de bronce cincelado, lunas S. Gobain, mármoles Breche. Comp. $ **580.-**



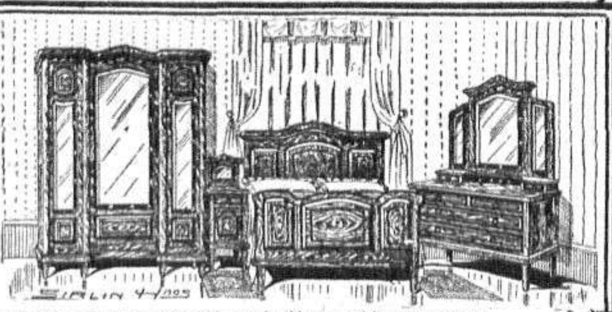
CAMA DE HIERRO, modelo inglés, elástico imperial, esmaltada al laqué blanco; 2 ½ plazas, $ 80.—; 2 plazas, $ 60.—, 1 ½ plazas, $ 50.—; 1 plaza.......... $ **38.-**



JUEGO DE SALA, modelo ovalado, dorado «París» sobre nogal tallado, tapizado en lampás de seda. Compuesto de: 1 sofá, 2 sillones y 6 sillas. El juego completo........... $ **320.-**



ESPEJO BISELADO con marco dorado París, metros 1.40 por 1.00; formato grande, para sala............ $ **120.-**



JUEGO DE DORMITORIO construído en roble norteamericano, lustre claro u obscuro, amplio formato de 3 cuerpos, frente fileteado en palo de rosa. Compuesto de: 1 ropero, 1 cama 2 plazas con elástico, 1 toilette forma cómoda, 2 mesas de luz con repisa, lunas biseladas, herrajes y aplicaciones de bronce, mármoles de color. El juego completo.. $ **530.-**

GUARDARROPA construído en nogalina maciza, imitación roble, lustre y acabado perfecto, puertas corredizas sobre rieles, lunas biseladas, herrajes de bronce; medidas: alto 215 centímetros, ancho 143 ctms.
Precio de Gran Reclame........ $ **75.-**
El mismo, con dos cajones y luna grande, $ 85.—

CATALOGOS
- General de MUEBLES edi - Nº 8
- CAMAS de BRONCE " " Nº 2
- CAMAS de HIERRO esmal " Nº 1

Solicite catálogo del artículo que le interese.

Los campeonatos

VIVIMOS en plena época de campeonatos y de «records»: «box», «football», «tennis», natación, carreras en autos y motocicletas, etc., etc. Creeríase que los deportes constituyen el único objeto de la vida. Millares de humanos se dedican a ellos. Los restantes son espectadores entusiastas. Aquellos que no pueden asistir, por cualquier causa, a un «match» de «football», buscarán ansiosamente, en los diarios y en las revistas, la crónica apetecida.

El «box» está ya casi oficializado. Tanto y tan rápidamente se ha difundido, que resultaría curioso, extraordinario, estigmatizante para cualquier bonaerense no saber emplear su izquierda oportunamente con un «swing», o un directo, o un «cross».

A este paso van a estar de más los dentistas, sobre todo los que se dedican a extracciones. Trabajarán solamente aquellos que se concretan a construir dentaduras postizas. ¡Ah!, esos sí tendrán una labor constante.

Porque — es de preverse — por cualquier razón, por simple discusión sobre el asunto más nimio, entrarán en juego las manos.

— ¿Cuál es el mejor de los nadadores? — Maciel. — No, señor. Tiraboschi. — ¡Digo que Maciel! — Y ¡zas!... ¡tras!... Un «hook» de derecha, un «swing» a la mandíbula, seguido de un «uppercut» y... labor para el dentista. Una muela, un colmillo y un incisivo quedan en compostura.

También los oculistas tendrán tarea para rato. Los que no sean muy hábiles en el arte de la defensa recibirán ahí, en los ojos, todos los golpes que no resulten cortos.

Un amigo mío, boxeador que se estima, se lamentaba en mi presencia de la fatalidad que le persigue.

— Siempre — decía — recibo el primer golpe en un ojo. Naturalmente, entro así peleando en desventaja. ¡Si no fuera por ese primer golpe!

Le he visto en un «match» y debo declarar, como hombre veraz que soy, que mi amigo recibió en un ojo el primer directo que le despacharon y también el último. Cuando terminó el «round» yo no sabía si aquello era la cara de mi amigo o la punta de un buzón. Sólo veía, sobre un fondo rojo, una abertura que sospechaba fuera la boca.

Pero mi amigo es un entusiasta. Pocas semanas después concertaba otro «match» y subía al «ring» tranquilamente, a despecho de su presentimiento fatal, declarando a los amigos: — Lo verán ustedes, el primer golpe... ¡en un ojo!

No se equivocaba jamás.

— Pero bloquee — le aconsejaba un experto.

El bloqueaba, pero era inútil. Y uno quedaba en la duda de si era el puño que buscaba al ojo o el ojo que buscaba al puño. Y tan misterioso resultaba ello que jamás logró ponerlo en claro el «manager» de mi desdichado amigo.

Con esto del «box» los debates parlamentarios, ya de suyo amenos, tendrán un atractivo más. Después de una discusión acalorada vendrá el «match» improvisado, que ofrecerá todas las ventajas hilarantes de los «encuentros» espontáneos.

Entre los diputados Melquiades y Landívar se produce un incidente.

— El señor diputado por... no sabe lo que se dice.

— Es el señor diputado quien se está ganando, admirablemente, un título de nulidad.

— ¡Usted es un insolente!

— ¡Usted un cretino!

Y ya estaremos en pleno «match».

Los diarios, celosos siempre de su misión informativa, enviarán dos cronistas a la cámara. Uno, el parlamentario; el otro, el de los deportes. Ahora entra en actuación este último. Saca su libreta de apuntes y anota:

« Primer «round». El diputado Melquíades pretende entrar con una derecha, que Landívar esquiva hábilmente. La derecha de Melquíades, en su amplia trayectoria, alcanza la calva cabeza del diputado Chirlaqui, que está en el banco inmediato. Landívar ataca a su vez y se produce un «clinch». Ambos se castigan con furor. Intervienen los segundos, por falta de «referee» y rompen el «clinch».»

Entra ahora el cronista parlamentario: — «Se continuó la sesión sobre el mismo asunto: «Bueyes Perdidos».»

La crónica parlamentaria resultará más amena matizada con el deporte de moda. Eso sí, podría hacerse necesario la instalación de un botiquín, fuera de presupuesto. ¿A qué partida podría adosarse? Conviene que, por ahora, no se discuta. Podría dar lugar a otro «match» y que algún diputado resultara tan infortunado como aquel mi pobre amigo.

— El primer golpe, en un ojo.

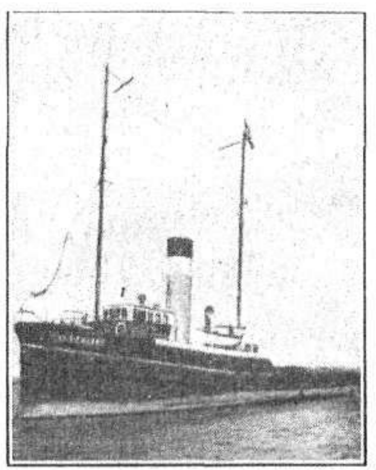
De seguir así el furor boxístico ya no habrá estatuas para los hombres de ciencias para los militares heroicos, para los poetas. No; apenas alcanzará el mármol para los pugilistas descollantes.

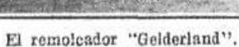
Y es lástima, porque también hay campeones entre los intelectuales. ¡Formidables campeones — son pocos, es verdad, — que se escriben novelas de quinientas páginas en esta época de síntesis, quintaesencias y comprimidos!...

Y si los títulos de campeones están siempre expuestos a caer, las estatuas, en cambio, permanecerán firmemente de pie... salvo el caso que no sean ecuestres o movedizas como lo era la piedra del Tandil.

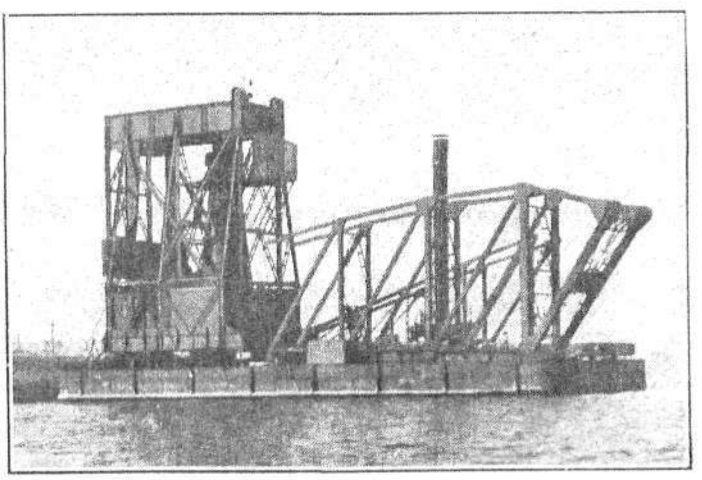
LEONARDO A. BAZZANO

La odisea de la grúa "Toba"

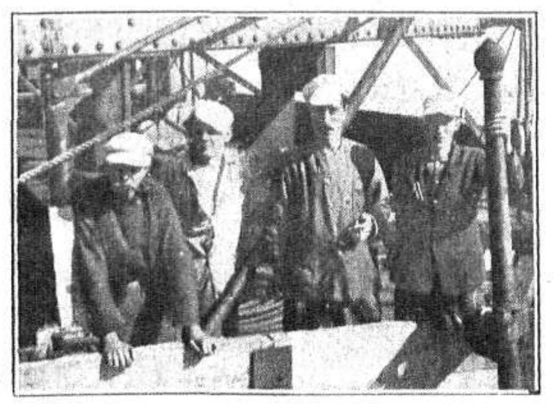




El remolcador "Gelderland".



La grúa "Toba" fondeada en el puerto de Montevideo.

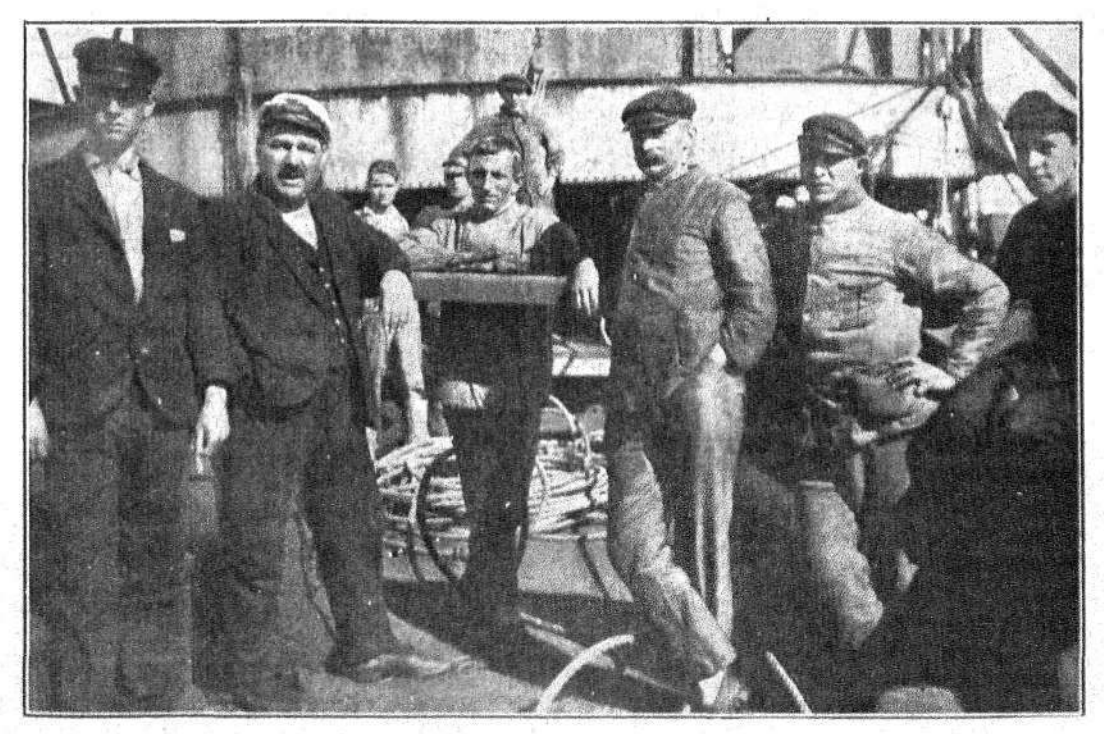


Los cuatro tripulantes de la grúa "Toba" que estuvieron a punto de perecer.

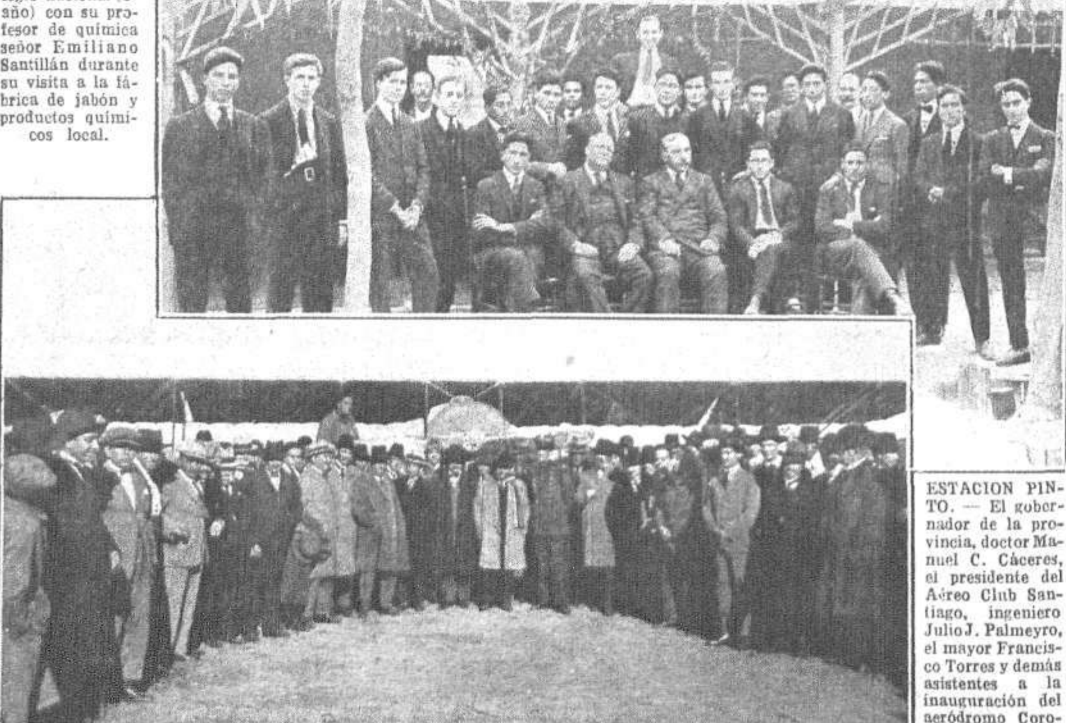
Rompiendo las amarras que la sujetaban al remolcador «Gelderland», la grúa «Toba» ha corrido una verdadera odisea en medio del océano, donde permaneció a merced de las olas, conduciendo a cuatro tripulantes que por suerte nada han sufrido en tan accidentado viaje. Asombra que este enorme catafalco de acero, que se eleva unos veinte metros sobre el nivel de la cubierta, haya podido mantenerse a flote a pesar del fuerte temporal que reinaba. Después de cuatro días, en los que recorrió 154 millas, sin rumbo, fué encontrada por el remolcador «Gelderland», que la condujo al puerto de Montevideo.



El capitán del "Gelderland", van Sprnijt Dink.



La oficialidad del "Gelderland".



TABOADA. — Alumnos del colegio nacional (5º año) con su profesor de química señor Emiliano Santillán durante su visita a la fábrica de jabón y productos químicos local.

ESTACION PINTO. — El gobernador de la provincia, doctor Manuel C. Cáceres, el presidente del Aéreo Club Santiago, ingeniero Julio J. Palmeyro, el mayor Francisco Torres y demás asistentes a la inauguración del aeródromo Coronel Mosconi.





GLICEROLATO AMARO

de terpina y creosoto

D'EMILIO

Es el remedio infalible para la cura radical de catarros, toses, resfríos y cualquier afección a los bronquios.

Infinidad de certificados de las más destacadas eminencias médicas de todo el mundo así lo atestiguan.

Lo que dice el Dr. FRANCESCO DE AMICO:

"Su GLICEROLATO AMARO de terpina y creosoto me hace mucho bien y yo en conciencia trato de recomendarlo siempre, lo que me causa satisfacción y la de mis clientes."

Pídalo en todas las Farmacias y Droguerías, o a su

ÚNICO DEPOSITARIO:

FEDERICO LANCELLOTTI

Rosario, 588. Ciudad

U.T. 1756, Flores

ALFA-LAVAL

ALFA-LAVAL

DESNATADORAS

Y

Máquinas de Ordeñar

INSTALACIONES ECONOMICAS PARA CREMERIAS Y GRANJAS

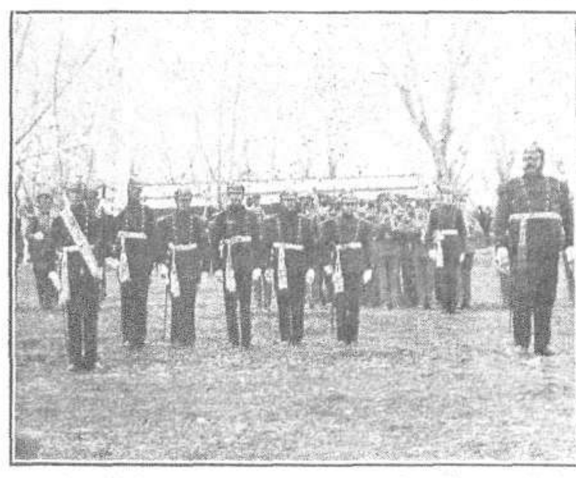
INSTALACIONES PARA FABRICACION DE CASEINA

PIDAN CATALOGOS Y PRECIOS

Goldkuhl y Brostrom Lda.

CHACABUCO, 199 — BUENOS AIRES

ALFA-LAVAL



Conscriptos de la clase 1902 pertenecientes a los regimientos 16 de Infantería y 1.° de Artillería que juraron la bandera, dando lugar este hecho a una hermosa ceremonia.



Aspecto del palco oficial ocupado por las autoridades provinciales y por destacadas familias de la sociedad mendocina.

¿QUIÉN QUIERE APRENDER MI LECCIÓN?

Patrón, obrero, aprendiz, sacerdote, ateo, idiota o pensador, padre o hijo, mercader o poeta, artista o sabio, aproximaos:

No es una lección, puesto que quita las barreras para daros acceso a otra lección.

Y de ésta pasaréis a otra, y a otra más todavía.

Las grandes leyes se aceptan y se extienden sin discusión; yo soy como ellas, y les rindo homenaje de igual a igual.

Absorto oigo narraciones tan espléndidas, que me detengo a escucharlas. Y sin embargo a nadie puedo confiarlas.

Yo sé que este globo deleznable que se mueve siempre sin el error de un segundo no fué hecho en seis días, ni en diez mil años; que no se dibujaron sus planos, ni que se le construyó poco a poco, como lo hace un arquitecto con una casa.

No creo que setenta años sean la existencia de un hombre o de una mujer, ni setenta millones de años, porque éstos no pueden poner término a mi existencia ni a la de nadie.

¿Os parece prodigioso que yo sea inmortal? Todos lo somos. Mi alma os abraza en este momento sin que nunca nos hayamos visto; se impresiona en vosotros, y tal vez no llegaremos a conocernos jamás.

¿No os parece esto prodigioso?

WALT WHITMAN.



EL VIAJE A BRUSELAS

Uno de esos vendedores que recorren la provincia, transportando sus arcas de muestras en un carricoche — «Aquí se hospeda a peatones y a jinetes y no se responde de nada», — llegó, un día, a una pequeña ciudad donde tenía unos asuntos.

No es que vendiese allí mucho...

Pero la tendera principal jamás le había querido hacer el menor encargo, y, sin motivos admisibles, rehusaba hasta dejarle solamente ofrecer sus géneros.

Los amantes son celosos de poseer y los vendedores de vender; y se dice también que no hay en el mercado gente tan terca.

Nuestro hombre pensaba más en la rebelde que nada le compraba, que en ninguno de sus clientes. Había tomado a pecho forzarla a una resolución.

Llega, pues, a la tienda, cuando, al abrir la puerta, ve súbitamente ocultarse, bajo el ancho mostrador en el cual trabajaba, a la inasequible patrona. ¡Después de haber pulido, para sus adentros, las más dulces palabras y tallado los más insinuantes argumentos, hallar sólo a una criada indiferente! Enrojece así de cólera por haber sorprendido esta huída como de despecho por no poder combatir; mas, no obstante, se adelanta con paso apresurado, pone la boca en hociquito de quien viene desde lejos a prometerlo todo por nada, y formula sus ofrecimientos de servicio.



— La señora se desconsolará sabiendo que el señor ha venido — le responde la muchacha. — Ella está ausente, en viaje a Bruselas. No sé cuándo volverá.

— ¡Oh, qué enfadoso contratiempo! ¡Y yo que me regocijaba pensando ofrecer a la señora la primicia de una selección de artículos a precios sumamente reducidos!... ¡Pero quiero mostraros, señorita, algunas de estas extraordinarias novedades!

El vendedor tiene su idea. Se ríe para su almilla. Aunque la muchacha repita su explicación de la partida de la señora, de su incapacidad para comprar, y farfulle se excusa, y se adelante para arrojar afuera al importuno, éste ha hecho una señal al mozo de cordel que le acompaña; las monumentales maletas son traídas. Y hele aquí, sin reparar en las muecas contrariadas y suplicantes de la muchacha, en sus gestos de protesta, ni aun en las furtivas ojeadas lanzadas detrás del mostrador; hele aquí desembalando, una a una, la inmensa multitud de mercerías reunidas en sus cajas; exhibiendo, dice, objetos reservados que no ha mostrado a nadie; anunciando, con voz entusiasta, «puras lanas» y «puras sedas» más barato que «malos algodones»; urdiendo a placer precios capaces de entusiasmar, para aprovechar la ocasión, a la revendedora más rebelde. Habla, inventa, miente, desembala, expone.

Riéndose para su coleto, se figura a la mujer acurrucada y reducida al silencio, aquí debajo, desde hace una hora. Es sobre ella que golpea con la palma de la mano jurando que con tamaños precios se arruina. Es sobre la espalda de la mujer escondida que descarga estrepitosamente sus cajas de maravillas.

Porque allí está ella, víctima de su malicia, desesperándose primero por marrar los ventajosos tratos que oye proponer.

Luego resopla, quebrada en dos en ese estrecho escondrijo. Gime por los calambres que le contraen las pantorrillas. Desfallece de miedo bajo los golpes que hacen retemblar las planchas sobre su cabeza. Y, al fin, cede, está a punto de rendirse. Sólo una cosa la retiene: la certidumbre de que el vendedor no la ha visto, y de que él es el engañado.

Ahora parece haber agotado él sus recursos; arregla las pilas que ha detallado y hace volver las gavetas a sus robustos cofres. La prisionera recobra el valor; reconoce el paso — un paso que conmueve la casa — del mozo de cordel que se lleva las cajas. Va a partir el maldito vendedor; le oye excusarse y saludar a la dependiente. ¡Oh!, él levanta un pie, cuando... Ella exhala un grito. El vendedor se ha doblado en dos, y por sobre el mostrador su cabeza roja y sonriente ha venido a decirle en la nariz, con dulce voz:

— ¡Bueno! ¿Volveréis, al fin, de vuestro viaje, señora? ¿No estábais en Bruselas?

Quien engaña al engañador y [roba al ladrón,
Gana cien días de verdadero [perdón.

LOUIS DELATTRE

TRADUCCIÓN DE MARCOS FINGERIT

DIBUJOS DE GIGLI.



METILEO (Pampa). — Parte de los concurrentes al almuerzo criollo ofrecido por la comisión directiva del comité "Leandro N. Alem" en honor de sus numerosos adherentes.

APARATO PARA ESTIBAR MATEMÁTICAMENTE LA CARGA DE UN NAVÍO

El ingeniero italiano señor Emilio de Lorenzi ha construído un ingenioso aparato que permite distribuir de una manera precisa y rápida las diferentes partes de que se compone el cargamento de un barco.

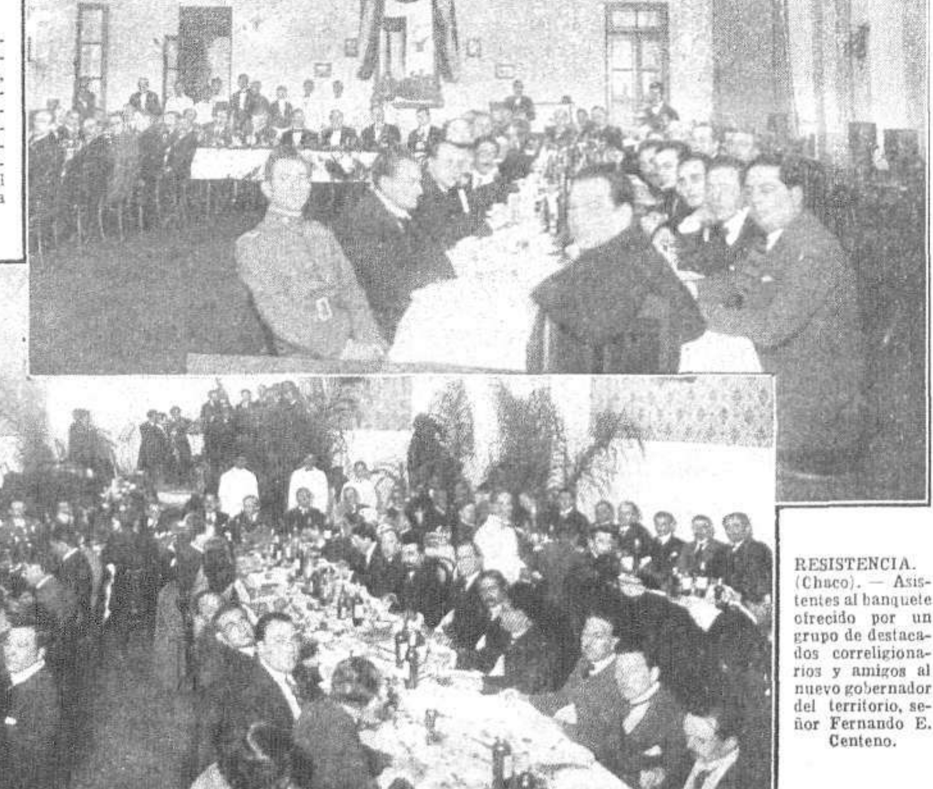
Conocidas son las dificultades que existen en la materia, pues hasta ahora era necesario pesar individualmente cada parte y distribuirla de acuerdo con cálculos largos y dificultosos que, no obstante, no podían ser más que aproximados.

Este aparato se compone de un tubo cilíndrico hueco, susceptible de flotar, colocado en un hoyo practicado en la parte central del fondo del barco y que comunica, por una abertura de su parte inferior, con el agua de mar. En virtud del principio de los vasos comunicantes, el agua del mar sube dentro del tubo a la misma altura que sobre los flancos del navío; y el tubo cilíndrico recibe una presión de abajo hacia arriba que, según el principio de Arquímedes, es igual al peso del volumen de agua desalojada.

Luego, para una carga determinada, el navío se sumerge en una cierta proporción y el cilindro recibirá una presión equivalente que permite conocer el peso suplementario recibido.

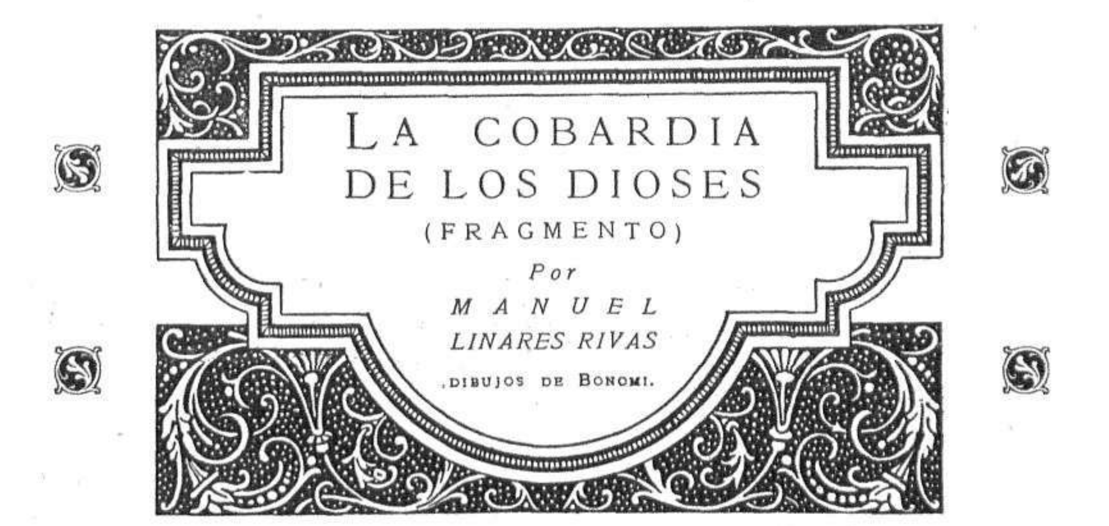
Una báscula unida al cilindro por una palanca de brazos articulados, completa el aparato del ingeniero de Lorenzi. Esta báscula tiene un cuadrante especialmente graduado sobre el cual acciona una aguja indicadora. Una simple ojeada al cuadrante dará el peso de lo que se carga de acuerdo al equilibrio que debe mantener el barco.

Los resultados obtenidos con el nuevo equilibrador han sido controlados por el gobierno italiano, el cual ha resuelto reducir los derechos de puerto a los navíos que lo lleven en razón de las grandes facilidades que él significa en las operaciones de carga.



POSADAS. — Banquete ofrecido por el gobernador del territorio, doctor Héctor Barreyro, al gobernador de Corrientes y a su comitiva durante la reciente visita del segundo a esta ciudad.

RESISTENCIA. (Chaco). — Asistentes al banquete ofrecido por un grupo de destacados correligionarios y amigos al nuevo gobernador del territorio, señor Fernando E. Centeno.



LA COBARDIA DE LOS DIOSES

(FRAGMENTO)

Por

MANUEL LINARES RIVAS

DIBUJOS DE BONOMI.

EL SEMIDIÓS



RUESO, grande, con ojos azules en su cara morena, lo que da siempre aspecto de candidez y de dulzura; con facciones rectas y abultadas, a imagen de las que se labran en los pórticos de las catedrales para esa legión de santos que representa la corte celestial y que producen la impresión de que están con bastante indiferencia en tan preferido lugar; con el pelo rizado, sus dos metros de estatura, manos y pies enormes y constantemente una sonrisa bonachona por sus labios carnosos, que dejaban ver la dentadura blanca, regularizada y poderosa.

Se llamaba Juan, le llamaron Juanón por su corpulencia y por sus extraordinarias fuerzas físicas, pero como era bueno y afable y servicial las mozas le dulcificaron el sobrenombre, y de Juan, pasando por Chanón, vino a ser y quedarse en Chanín.

En veinte leguas a la redonda trascendía su fama contándose proezas fabulosas, que la distancia iba enriqueciendo de fantásticos detalles hasta convertirlas en hazañas de romancero.

Chanín era fuerte, muy fuerte, pero a la imaginación popular no le bastaban sus arranques de hombre, y ampliándolos refería heroicidades de semidiós.

Un mozo, jayán forzudo, cogió con sus manos la mano de Chanín, estrujándola vigorosamente. Y Chanín sonreía impávido.

—¡Eso no hace daño, hombre!...

Y el romance, en boca de ciegos y por oídos de impresionables, convirtió en piedras las manos del jayán, y lo que Chanín sostuvo, sin mostrar sufrimiento ni flaqueza, no fué la presión de las manos de un hombre sino el peso formidable de una peña que dejaban rodar desde lo alto de un monte, y que el héroe detenía en su mitad de carrera...

En una ocasión mató a un lobo, sin armas ni palos, y la leyenda hizo del lobo una manada, y la pintura callejera reprodujo el soñado esfuerzo presentando al público asombro la escena de un hombre que luchaba y vencía, cuerpo a cuerpo, a una docena de lobos hambrientos y feroces...

Claro está que en el relato de tales andanzas no entraba nunca el cúmulo de pequeños incidentes: levantar a pulso un par de arrobas, echar para delante un carro atascado, torcer una barra de hierro... ¡eso no contaba ni valía la pena de contarlo!...

Un día que le preguntaron si se atrevería a luchar con un león, Chanín, que de los leones no se formaba más que una idea aproximada, porque nunca vió ninguno, tuvo una contestación humilde:

—Con uno, no sé... pero dos a un tiempo puede que me destrozaran.

Aquel *puede*, aquella posibilidad de ser despedazado, admitida modestamente por Chanín, venía en línea recta del Cid...

Físicamente era invencible. Y, como todos los que en realidad son poderosos, era pacífico. Según él mismo decía, cada vez que le animaban a cualquier aventura con los otros mozos del lugar, tenía mucho miedo. Tanto lo dijo, que no faltó un rapaz que se atreviera a repetírselo en sus propias barbas, pero entonces Chanín se lo explicó un poco más claro:

—Tengo miedo de estrujaros si juego con vos...

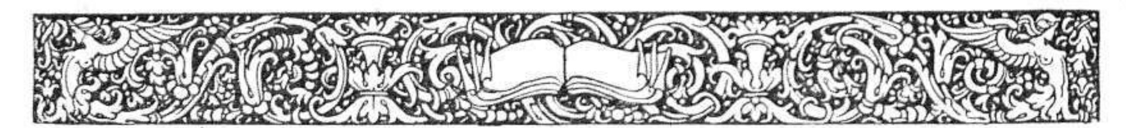
Esta frase, de simplicidad homérica, voló desde Anzobre por valles y montañas. Y aldeas y parroquias y ciudades la fueron pregonando a los cuatro vientos, incluso el del mar, por toda la provincia de La Coruña y sus confines de Lugo y Pontevedra.

Y mientras la gloria, al son de sus invisibles trompetas, ensalzaba y difundía los singulares y no imitados arrestos del héroe de Anzobre, el héroe, tranquilo e ignorante de su propia aureola, labraba sus tierras, comía borona y guiaba impasible y sereno su yunta de bueyes marelos.

EL SEMIDIÓS Y LA NINFA

BONITA lo era: eso no se le podía negar. Y que me lleve el diablo, antes de que llegue mi hora, si había en todo el contorno una rapaza más garrida, más fresca y más lozana. Era rubia, que es mucho mejor que ser morena, aunque por morena no hago memoria de haber despreciado a ninguna; pequeñita, lo que tampoco es defecto y hasta puede que sea ventaja porque resultan más manejables, aunque en eso del manejo una buena voluntad suple todas las habilidades y vence todos los inconvenien-





tes; y siendo menuda y siendo espigada, había en su cuerpo unos salientes que eran un alabar a Dios, que no hay cosa de mejor ver que la abundancia puesta en los sitios en donde lo que abunda no daña. Y para mayor goce de la vista, añadan los buenos aficionados que este aumento de la personalidad de la moza estaba tan sabiamente distribuído, que modelado parecía y no casual de la Naturaleza, y cayera hacia delante o cayera hacia atrás, nunca había de ser mortal el golpe con la Tierra...

Además de estos atractivos locales, la cara era una bendición, el andar una delicia y el habla una dulzura. Con una moza así pongan ustedes al lado a un mozo, de cualquier manera que sea, y ya tienen a todos los demonios del infierno dando volteretas de gusto y al mismísimo Satanás escribiendo en su libro de entradas de almas el nombre del pobre mozo.

Era una rosa..., se llamaba Rosa y la llamaban Rosiña, que pronunciado al modo gallego venía a sonar como Roxiña, con lo cual a un tiempo le daban el nombre del bautismo y el mote que le cuadraba por su tez blanca y su pelo dorado.

Bueno. Pues de esta rosa que era Roxiña andaba Chanín...

¿Van a creer que enamorado?...

¡¡Pues aciertan!!... Enamorado y como un loco.

En todos los cuentos que se estiman de buenos cuentos hay un pero... Ahora sabrán ustedes cuál es el de este, que le llamo cuento por el bien parecer de muchas personas y el respeto de muchos respetos, pero que, si me apurasen un poco, por historia y muy verdadera podría salir, dándole envidia, en lo de verdadera, a muchas que se refieren con nombres y señales, y no van ni a la zaga de este mi cuento de Roxiña y de Chanín, con más otros personajes que a su debido momento irán apareciendo.

El pero consistía en que Chanín, que no hurtaba el cuerpo para trabajos y malas andanzas, dentro siempre de la ley de Dios y de las buenas costumbres, tenía el alma más chiquirritica que una avellana, las palabras más contadas que las pesetas en bolsa de pobre, y la voluntad galanteadora más encogida que castaña pilonga. Jamás había tenido, con mujer alguna, propósitos que no fueran cuidadosamente honestos, y si alguna vez le cabrillearon los ojos y se le fueron las manos por el huerto del pecado, por seguro ha de tenerse que siempre cayó en terreno bien labrado y de donde pudo coger todo menos primicias.

En lances de amor fué siempre de logrado y nunca de logrero, y en más de una vuelta perdió buenas fortunas por no acabar de convencerse a qué mesa le invitaban.

Añádanle a estas timideces naturales la cortedad de un amor verdadero, y fácil será comprender que sus cariños permanecían en el más recatado de los misterios y en el más discretísimo de los silencios.

Algo, y aun algos, barruntaba la moza de que su persona era muy del gusto del mozo, pero como él no se explicaba ni se ponía en camino que diera margen para sonsacarle, quedóse la cosa en tal estado meses y años, y si le daban broma, la Roxiña contestaba:

— Sí que le gusto, pero nada más.

Y en lo de nada más quedaron...

Una noche, volviendo de la Peregrina, que es romería muy sonada, de mucha devoción, y que a muchas mozas les deja recuerdo cerca de un año, estuvo a punto de saberse el enamorado aprecio de Chanín por la Roxiña.

Como digo, volvían de la Peregrina en amigable procesión varios mozos y mozas, y a uno de ellos, galán de oficio y majo por costumbre, dióle en vena cortejar a Roxiña, con tales prisas y tales exigencias, que más diríase de boda recién hecha que de cortejo recién empezado. Pero Roxiña, que a reidora y a pronta en una agudeza se las tenía firmes con el mismísimo lucero del alba, si al lucero se le antojara dejar sus luces de estrella para ponerse unos bigotes y venir de galanteador, comenzaron a cansarle los asedios de aquel guapo que pedía como si mandara y que tocaba como si ella fuera tambor y él tamborilero. Que se toque alguna vez puede pasar como descuido, pero ya para repicar hay que tener su razón, y el mozo aquel no tenía ninguna.

Entre bromas y veras y quiero y no quiero, y se ha de ver y ya está visto, fueron agriándose las palabras de mala manera, hasta que el mozo, ni corto ni perezoso, se arrancó por derecho a uno de aquellos salientes de que antes hicimos especialísima mención, que son difíciles de ver mirando de frente, y que cogen a mano derecha según se va por el costado izquierdo.

Roxiña, ni perezosa ni corta, como primera respuesta le largó el más soberano bofetón que oyeron los montes, entre los muchos que espontáneamente da de sí el retorno de una romería, a noche cerrada y desmán abierto. El mozo, con la ofensa, que estimó en muy grande por el número de gentes que la presenciaron, y con la morrada en sí, que era de apreciar aunque nadie la hubiese visto, se olvidó de su papel de enamorado para no acordarse más que de sus prestigios de jaque, y agarrándola brutalmente de un hombro, con la voz entrecortada por la cólera y el despecho, le dijo:

— Agradece a la Virgen que eres mujer, que si hombre fueras, te mataba! ¡Y aun mujer y todo has de recordar de mí!...

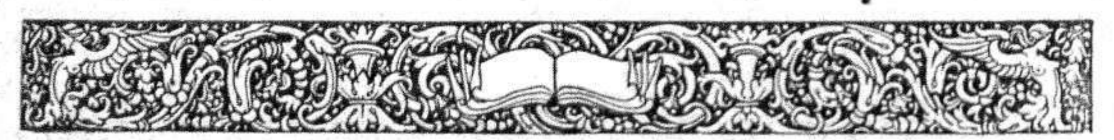
Roxiña dió un grito. Uno dió, que más no hizo falta, porque ya Chanín estaba a su lado y en su defensa, y cogiendo al mozo en vilo como si fuera un perro faldero, con una mano le alzó del suelo y lo mantuvo en el aire a pesar de sus gritos y de sus contorsiones desesperadas.

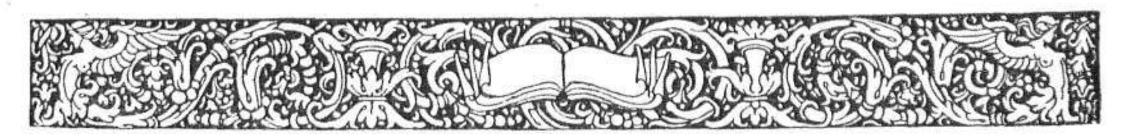
— ¡Como no estés quieto vas de cabeza contra las peñas!

El perro faldero, que antes era un galán bravucón, se estuvo quieto y los demás mozos se aproximaron, queriendo apaciguar la contienda. Pero Chanín, que aun no estaba satisfecho, se opuso.

— ¡No acercaros, que os daré con él!...

El pobre mozo, desde los aires, aun tuvo una soberbia:





—¡No acercaros, que me basto yo!...

Y era verdad: para estar por los aires bastaba él...

Cuando los compañeros se apartaron prudentemente, viéndose desembarazado de estorbos, Chanín, siempre con su carga, anduvo unos pasos hasta llegar al pretil del puente que momentos antes atravesaran, y extendiendo el brazo colocó al infeliz mozo en línea recta sobre el abismo.

El mozo, con la sangre paralizada de espanto, aun tuvo arranque para decirle:

—¡Tírame bien y pídele a la Peregrina que muera, que si salvo, con un cuchillo te he de abrir las entrañas!

El pulso de Chanín no se conmovió por la amenaza, y por su boca habló una vez más el Romancero:

—El cuchillo y tú aun seredes pocos para Juan de Anzobre.

Y como el mozo no replicara y los demás mozos permanecieron silenciosos ante la tragedia inevitable, en la augusta quietud de la noche y de la montaña se elevó el rumor cristalino del arroyo despeñándose juguetón sobre las rocas y los guijarros de su cauce. Entre el murmullo del agua se distinguía perceptiblemente el canto de las ondinas que preparaban al mortal un lecho de muerte en las movibles arenas y un sudario inmaculado en la irritada espuma...

La voz de Chanín rompió el encanto:

—Vas pedirle un dispense a Roxiña...

La voz del mozo, como un eco, repitió:

—¡Dispense, Roxiña!...

—Vas prometerle que nunca más ha de pasar.

—¡Nunca más!...

—Júralo por tu ánima y por las ánimas benditas del Purgatorio.

—¡Juro por mi ánima y más por las ánimas benditas!...

—Libre eres hasta donde esta palabra no coja.

Y libre y en tierra firme dejó Chanín al atribulado y arrepentido galanteador.

Todos se apresuraron a rodearles, separando a uno del otro. Cuando el grupo que se llevaba al mozo estuvo a unos cincuenta metros, el mozo, algo repuesto, los hizo detenerse un instante, y con todo el clamor de su voz, gritó:

—¡Chanín! ¡¡Chanín!!... ¡Acuérdate que de ti no juré nada!

Chanín, desdeñoso, le respondió:

—¡Si te acuerdas, en mala hora será para ti!...

Y como el otro aun insistiera, llamándole a voces, el semidiós, para cortar de una vez los aullidos de aquella bestia rencorosa y vencida, volvió de lleno la cara hacia el grupo, que se difuminaba ya entre las sombras, y con todo el vigor de sus potentes pulmones de gigante lanzó al viento el clásico y sonoro aturuxo de los montañeses gallegos, sosteniendo hasta perder el aliento la última vocal de la sílaba que se pronuncia, a la que indefectiblemente añaden una u, con sonido francés, entre u e i...

—Calla hom... ¡¡o... u!!...

Y a modo de trueno, que de las nubes cae al monte y del monte al collado y de nuevo asciende por los montes hasta perderse en las lejanías, a cada paso más débil y con menos rumor, así fué el sonido de la voz de Chanín rebrincando bramador, y los animales dañinos se azogaron en sus cubiles, y las aves de rapiña despertaron inquietas en sus nidos, y por un claro de luna se vió cruzar el sendero a un raposo que tornaba amedrentado y fugitivo de sus nocturnas cacerías.

Roxiña lloraba desconsolada cuando Chanín se acercó a ella. Por tácito acuerdo, los demás los dejaron caminar solos.

Juntos iban en dirección a la aldea. Para consolarla en aquella aflicción, Chanín le dijo afectuoso:

—¿De qué lloras, mujer?...

—De lo que pasó.

—¡Si no pasó nada!...

—Y del juro que hizo...

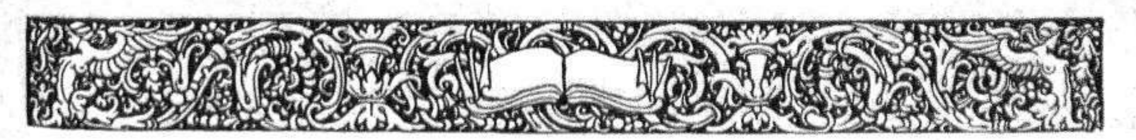
—¿Tienes miedo por mí?...

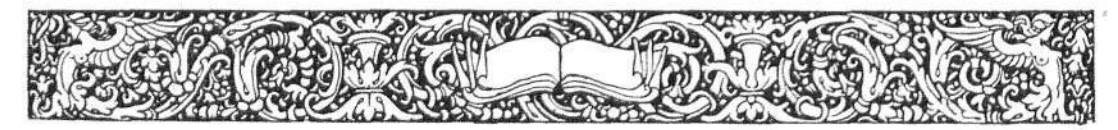
—¡Tengo!...

Por las venas del héroe pasó como una ráfaga de gozo, dejando en la sangre un vaho de delicioso calor.

—Para mí es poco un hombre.

—¡Es que vendrá con un cuchillo!





— Eso no le hace.

— Pero, ¿y si viene?

— Se lo quito, y en paz.

La cosa era tan sencilla que no valía la pena de insistir, y ambos dieron el punto por resuelto.

Callaron, volviendo él al silencio y ella a las lágrimas. Disculpándose de hallarse a su lado en aquella soledad y en aquellos lugares, al fin dijo el héroe:

— Te acompaño, sabes, porque he oído asegurar que vieron un lobo noches pasadas...

Roxiña, con la gratitud por la defensa, encontró muy natural asustarse un poco de la historia del lobo, y se arrimó a Chanín más de lo prudente por la hora, pero muy en su punto para persona asustada.

— ¡Ojalá no salga!

— Total, es como un perro de ganado, y aun más pequeño.

A Roxiña le pareció que era bastante para un susto.

— ¡No, no!...

— Y si apareciera, verías cómo se mata un lobo; después mandaría curtir la piel, y de recuerdo podías quedártela...

Aquello de la piel, recuerdo y trofeo a la par, no lo encontró mal del todo: lo que no acababa de convencerla era el rato a pasar desde que el lobo se presentara, vivo y acometedor, hasta que dieran la piel a curtir... Y por si acaso, rezó tres avemarías seguidas, que dicen que son muy eficaces para ahuyentar a las fieras, pero sin dejar de mirar con el rabillo del ojo, que también es muy eficaz para enterarse de si vienen lobos...

A medida que iban avecinándose a la aldea pasábanle los miedos a Roxiña, disminuyéndosele la excitación nerviosa que la acometiera desde el lance con el osado mozo; y como además el héroe no decía palabra, limitándose a prestar el material amparo de su presencia, los pensamientos de la moza no encontraban dique para refrenarse ni distracción para llevarlos por otro rumbo y seguía impertérrita aferrada a sus cavilaciones, suspiro va y lágrima viene...

Vencida a la postre por esa inmensa y desconsoladora laxitud en que terminan todas las sobreexcitaciones, sintió el cansancio, físico y moral, de la anterior tensión de sus nervios, le tambalearon las piernas, diéronle en ponerse ante los ojos extrañas sombras que bailaban inverosímiles zarabandas, y al fin vino a tierra su menudo cuerpo, y en tierra quedó como si ya no hubiera vida.

El héroe mostróse perplejo ante tamaña complicación. El sabía de músculos, pero no de nervios; de peleas y de combates, pero no de desmayos, que jamás se encontrara en paso tan difícil, en donde son de más utilidad las artes endiabladas de los curanderos que el corazón valeroso de un semidiós.

Y como no sabía qué hacer, no hizo nada. Sentóse en el suelo, apoyó contra su pecho el inanimado cuerpo de la moza, para que al menos tuviera cómodo descanso, y mientras permanecía traspuesta, con la cavilosidad de que fuese cosa grave, afligiósele el ánimo a Chanín, y silencioso y consternado dió rienda suelta al hilo de su llanto.

Y así estuvieron largo rato: ella, privada, y él afligido, con tan hondo desconsuelo, que más semejaba llorera de niño que pesar de hombre.

En tanto que pasaba esto de no pasar nada entre Roxiña y Chanín, acertaron a cruzar por la vereda dos mozas, rezagadas de la romería, y ya desde lejos, divisando los bultos confusos de la desmayada y de su galán sostenedor, empezaron a cuchichear.

Y una de ellas, indignada de no sé qué suposición, les gritó sin detenerse:

— ¡Eh, vosotros!... ¡¡Ya podíades ser menos marranos y retozar donde no vos vieran!!...

El héroe protestó avergonzado. Pero después, para mayor vergüenza todavía, recreóse en pensar lo feliz que sería si el denuesto fuese adivinanza y no malicia solamente...

En estas y en las otras el tiempo transcurría y el desmayo tocaba a su término. Luego movimientos, a modo de temblor, sacudían el cuerpo de Roxiña: el rocío de la noche, que en septiembre ya trae manto de helada, estimuló la circulación de la sangre, y presto las pálidas mejillas recobraron sus naturales colores.

Cuando volvió completamente en sí, pero sin noción exacta aun de lo ocurrido, al verse en el suelo, con Chanín al lado, poco le faltó para desmayarse de nuevo.

Pero la voz del héroe la tranquilizó:

— ¿Qué tuviste, mujer?...

Si él no lo sabía, poca culpa era la suya... Decididamente, se tranquilizaba.

— ¡Fué mucho miedo, Chanín!...

— Cuando llegues para casa, arrópate y duerme. Mañana estás compuesta del todo.

Y como el héroe no añadía palabra de más sustancia, enfrascándose en su clásico mutismo, Roxiña, estimando que para desmayo bastaba y para silencio también, dió por concluída la aventura.

— Vámonos, vámonos, que debe de ser muy avanzada la hora y estarán ya los padres con cuidado.

Pero el deseo la engañaba y las fuerzas no respondieron a su voluntad de caminar. Apenas anduvo una docena de pasos, otra vez flaquearon las piernas...

— No puedo andar, Chanín. Creo que tengo calentura... Si fueras hombre, de bien una miaja más, te llegabas a dar aviso.

— ¿Y voy dejarte?...

— ¿Qué remedio?...

— Para todo lo hay, salvo caso de muerte o de condenación.

— Pues tú dirás por dónde lo hallas.

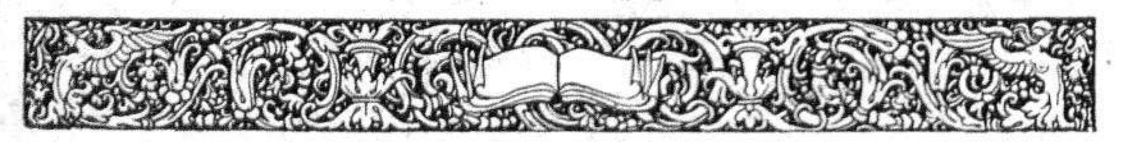
— Si no te ofendes de mis brazos, en mis brazos te llevo.

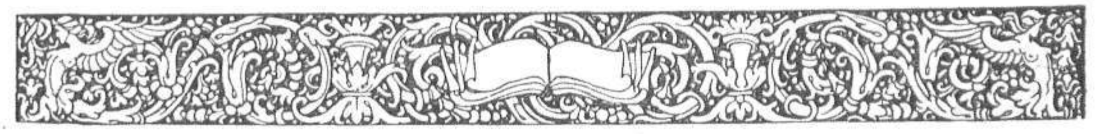
La calentura redobló por las venas de Roxiña.

— ¡¡Chanín!!...

— La Virgen de la Peregrina habías de ser y con más respeto no te portaría sobre de mí...

— Entonces...





—¿Consiéntesme tal favor?...

—¡Y muchas gracias, hombre!

Y así fué. Como sacerdote que en su primera misa alza por vez primera la sagrada hostia, y le tiemblan las manos con el peso de lo inmaterial y la idea de la divina transmutación que en sus manos se realiza, así Chanín alzó del suelo, respetuoso y conmovido, el humano peso de la débil moza. Ella, para afianzarse mejor, le echó los brazos al cuello...

Chanín, erguido y firme y olímpicamente orgulloso, sin más palabra comenzó su caminata.

En una revuelta del sendero le divisó un hombre que bajaba de una vereda más alta, conociéndole por su estatura. De lejos le habló:

—¡Oh, Chanín!... Buenas noches.

Chanín conoció la voz.

—Buenas noches, Pedro.

—¿Qué llevas?... ¿Llevas lobo?...

—No. ¡Cordera es!...

—Pues buen provecho y buenas noches.

Y ambos dejaron mutuamente de verse, que los senderos, un breve trecho vecinos, de nuevo se apartaban en distintas direcciones.

Roxiña, que el aire y el suave balanceo espabilaban, y la extraordinaria situación sugería inacabables malicias, arrimó un poco su cara de nieve a la morena cara del héroe:

—¡En caso de ser, el lobo serías tú, Chanín!...

—¡No! Para eso fáltanme las entrañas.

—La verdad es, que muy callado eres.

—Soy.

—Y muy de bien.

—A gala lo tengo.

—Con otro no me dejaría llevar como tú me llevas.

El Cid volvió a revivir.

—Otro no sería Juan de Anzobre. Y calla, si puedes, que antes me daría con la cabeza en los peñascos que seguirte conversación de mala idea.

Roxiña se indignó.

—¡De mala idea tuya!

—Haz cuenta de que no lo dije, pero sí de que lo pienso, que bastante quebranto es llevarte a cuestas, y con un pensamiento solo que no vaya al derecho podemos irnos todos al mismísimo demonio.

—Si es por bien del alma, callaremos.

—Es, y calla.

Así razonó el alma del héroe, templada en prudencia.

Todo acaba en este mundo: acabó también la deliciosa jornada al divisar la aldea de Lañas, cuna y mansión de la ninfa.

Roxiña, despidiéndose, retenía la mano de Chanín entre las suyas.

—Portástete como muy buen hombre...

—Amarrado estaba por mi palabra, pero júrote que pasé más de un buche amargo.

La inocencia de Roxiña resplandeció.

—¿Y por qué fué lo amargo, tú?...

—¿Y por qué había de ser, ladrona, más que por ti misma?...

—Ay, si lo sé, bajo antes...

—Y si la Virgen no lo remedia, voy soñar contigo...

—Peor sería una enfermedad...

—No lo creo.

—¿Por...?

Chanín ibá a decir algo, pero se le puso un nudo en la garganta, y no encontrando forma de romperlo, contentóse con mirar a Roxiña.

—Quédote muy obligada y muy amiga tuya, Chanín.

Aquello de la amistad era un término muy decente, y a él se agarró Chanín.

—Y yo soy tu amigo, y para servirte, y has de mandarme fatigas, y fatigas pasaré, y mandarásme condenaciones, y en menos que lo digas, condenado has de verme y muy a gusto.

—Eso dices ahora...

—Y siempre. ¡Mala centella me coma si no me dejo hacer pedazos por una voluntad tuya!

—Ya alcanzas que yo no te mandaré judiadas.

—Pues de eso viviré.

—¡Buen amigo eres, Chanín!

Chanín se atragantó otra vez...

—Soilo y a prueba.

Callaron de nuevo. La moza, viendo que no llegaba aquella confesión de amor que presentía, temió engañarse presuntuosamente y por pudor no insistió, aunque tal estaba su corazón, de agradecido y de revoltoso, que en el pecho no le cabía...

—Entonces... buenas noches...

—Buenas noches, Roxiña.

Y ella fuése y él quedóse inmóvil, y de lejos vió cómo llamaba a la puerta de la casa y cómo abrían y cómo entraba y cómo, de golpe, cayó la noche sobre la noche y se oscureció el ánimo del héroe en las sombras de la soledad...

Pasó un breve rato; una de las ventanas se iluminó con una movible luz, que temblaba al paso de quien la conducía... Después se vió una silueta, gentil y airosamente recortada, extender los brazos, adelantando el busto, y cerrar las contras, sumiendo el hueco en su anterior obscuridad.

Y el semidiós, agobiado por el peso de su grandeza, y pensando quizás en que son más logradores los hombres que los héroes, tuvo un instante de amargura, y sus labios sintieron el sabor de la hiel, pero venció al cabo su alma rectilínea y pura, dando lo hecho por bien hecho y lo no logrado por bien perdido.

Y entonces, sintiendo por todo su cuerpo la inefable serenidad de una acción honesta, renació en el héroe su infantil alegría, y encarándose con la ventana, en donde momentos antes brillara la luz y destacárase la silueta adorada, como si fuera un canto de triunfo, después de una declaración de amor piadosamente acogida, con todo el vigor de sus potentes pulmones de gigante lanzó al viento el clásico y sonoro aturuxo...

—¡¡Roxiña... o... u... u... u!!

Y una mano, de mujer que se persignaba en aquel momento para decir la oración al acostarse, tembló al oirlo...

Pero no de espanto, que los ojos reidores y los burlones labios desmentían al miedo...

COMENTARIOS

Le decían a Elpidio:
— Don Marcelo
alzó otra vez el vuelo.
La fatiga resiste
de un modo extraordinario. Es una suerte
que sea don Marcelo hombre tan fuerte.
No se cansa jamás.
Y, con voz triste,
Elpidio respondió:
— El cansado soy yo.

* * *



— Felipe es un latero
que aburre al mundo entero.
Es algo insoportable.
que hace, al más cachaciento, estar en vilo.
Pero él no se da cuenta y, muy tranquilo,
piensa que es ingenioso y agradable.
— Tal cosa no me llama la atención.
Los lateros ignoran que lo son.

* * *

— Va a abrir sus puertas el comité.
— ¡Qué alborotada se halla la gente!
— Yo tengo miedo no sé por qué.
— Traigan mangueras. Es lo prudente.

* * *



— ¡Qué loro tan singular!
¡Qué lenguaje tan correcto!
¡Qué modo de perorar!
— Va a ser un loro perfecto.
Ahora le enseño a callar.

* * *

A doña Juana Merlo de Garabito
todo lo que sucede le importa un pito.
Todo, menos la renta que le ha dejado
su esposo que era un hombre muy arreglado.
A veces doña Juana, siempre calmosa,
le dice a su sobrina, que es horrorosa:
— Espera lo que ocurra sin impaciencia
Serás feliz si imitas mi indiferencia.
No sufras ni te afanes, porque eso es tonto.
Búscate un Garabito que muera pronto.

* * *

— Uno fué el Renovador.
Otro ha sido el Triunfador.
— ¿Y Cantilo que será?
— A ese se le llamará
el Frigorificador.

* * *

— A pesar de que estamos en invierno,
continúa como antes el gobierno.
Es cosa de asombrarse,
pues, como puede verse,
Matienzo sigue igual, sin enojarse,
y Loza sin romperse.
— ¿A qué temperaturas
enormes deberían someterse
para que hubiese enojos y roturas?

* * *

Un propietario embrollón
con entusiasmo decía:
— La radiotelefonía
constituye mi pasión.
Pronto toda la ciudad
me oirá decir, anhelante:
«Se acerca el supremo instante.
Septiembre llega. Temblad».

* * *

Un buen concejal nos declara:
— Estamos a todo dispuestos.
La vida actualmente es muy cara.
Habrá que aumentar los impuestos.

* * *



El vate que por la gloria
lucha sin temor a nada,
refiriéndole su historia
le dice, así, a su adorada:
— No hay ninguno que sospeche
lo que he llegado a sufrir.
Sin ti y sin café con leche
me es imposible vivir.

MONOS DE REDONDO.

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Palabras bajo el Alba Roja, por **Arturo Capdevila.** La Quinta Sinfonía, por **Samuel Glusberg.** Gratitud de mercaderes, por **Carlos Ernesto Mangudo.** Una reunión memorable, por **Joaquín Castellanos.** Antífona profana del amor ardiente y fugitivo, por **José Martínez Jerez.** La china María y la Encarna, por **Protasio Lucero.** El reloj de la Selva Negra, por **Edgardo Garrido Merino.** La danza de las sombras, por **Eric Maschwitz.** Más a prisa, por **Juan Papini.** Hastrman, el Coco, por **Jan Neruda.** Melones, por **Rafael Altamira.** La diligencia que llegó a las puertas de la muerte, por **Gabriel de Lautrec.** Ella..., por **Emilio Fernández Vaamonde.** La voz de la playa, por **Federico Oliva.** La invernada de los animales, por **Afanasiev.** El brillante, por **Antonia Opisso.** Hombres célebres: Rembrandt, por **E. del Saz.**